



3 1761 05104516 9

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

I

PASIÓN LUNÁTICA

H



G. Martínez Sierra

PASIÓN LUNÁTICA

ILUSTRACIONES

DE

F. NÚÑEZ MILLÓN



PARÍS

GARNIER HERMANOS, EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

363316
23.2.39
UNIVERSITY OF TORONTO
ALICIA

14



PASIÓN LUNÁTICA



PASION LUNÁTICA

I

... Cada mujer es indudablemente como una flor. No hablemos de las azucenas prerrafaelitas ni de los claveles gitanos : en la infinita escala intermedia entre la suma espiritualidad de aquellas rubias y el aroma á clavo de aquellas morenas, ¿podremos negar que está toda la gloria florecida de algunos cuerpos femeninos en la pompa matinal de las rosas, ó que la fragancia tan fresca y la línea tan grácil de las primaverales ramas de lilas son como el charlar y el moverse de tantas muchachitas de ojos azules, ó las malvas reales como doncellas campesinas, ó que hay otras mujeres cuyas palabras bien compuestas son como aroma de jazmines?

Pienso, cuando veo la fronda opulenta de los castaños, con las flores blancas teñidas de san-

gre entre el verde profundo de las hojas, en el manto de una reina cruel que fuera pisoteando corazones; y cuando miro la parra pomposa que tiende al sol el raso de las pámpanas, brochado por el apenas blanco de sus flores que huelen á misterio, pienso que veo á una dulce princesa vestida de gala y marchando á la fiesta de sus bodas; de las amapolas que nacen en los campos de trigo y de las margaritas que nievan y doran los ribazos, ¿quién no ha pensado que son un coro de bocas rojas y de corazones ingenuos que se ofrecen al que pasa y mira? ¿Quién no ha soñado que sentía, oliendo violetas, un amor de mujer que se estaba acercando?

Todo esto es para decir que siendo Ana María la más florida ilusión de mujer que ha regocijado las horas de mis días, he pasado muchos sin hallar á qué flor de campo ó de jardín corresponden la flor de su cuerpo, la gracia fresca de su palabra y el aroma de su corazón; pensé en orquídeas por el raso y el rosa violado y el terciopelo; pero la risa de Ana María destruyó el paralelo — por frescamente natural y gozosa — con la artificialidad de la flor; pensé en las rosas rojas que tan á menudo se prende ella en los rizos; pero el perfume de su espiritualidad refinada quebró también la comparación, porque las rosas huelen con demasiado

vulgar aroma; pensé en los jazmines, pero la hermosura exterior de ella está cortada en líneas más graciosas, y en su blancura hay como un tenue refinamiento de marfil; recordé la majestad de los lirios, pero la majestad de Ana María se burla de toda rigidez; pensé, por ondulante y cariciosa, en la glicina que tiende sus racimos azules de olmo á olmo, pero en Ana María no existen ni asomos de languidez, y la glicina parece que se va desmayando en el aire.

Necesito para cifra de ella — decía yo — una flor blanca y marfileña, de aroma á un tiempo refinado y fresco, de línea natural, movida y elegante; flor de campo, de sol y de aire libre, pero que sepa guardar su puesto soberanamente en los ceremoniosos jardines; flor de juventud y de sabiduría; yo sé que existe, pero la he olvidado.

Salía de su casa anoche un poco triste... como siempre. — El jardín estaba quieto, solo y sombrío; aún no había salido la luna, y las estrellas centelleaban maravillosamente bajo el aterciopelado y obscuro azul. Ana María me ha enseñado que aquella blanca, blanca, se llama Sirio; que aquellas tres doradas que suben de Oriente forman el tahalí de Orión; que este gran grupo que de Sur á Norte se desparrama, simboliza la fábula de Andrómeda y Perseo :

quedéme un rato leyendo en las estrellas estas y otras historias de amores y mitologías; un vientecito suave movía las hojas; pasó, casi rozándome la cara, un murciélago; de seguro en la fuente se estaba desvelando algún misterio, porque el agua del surtidor tenía una fosforescencia extraña y sonaba con inusitada melodía; supongo que cantaba un ruiseñor, porque del recuerdo de aquella hora me ha quedado una música en el pensamiento.

Cuando quise marcharme era tan tarde, que ya la puerta estaba cerrada, y no queriendo despertar al portero, decidí saltar la tapia por un sitio donde unos cuantos ladrillos desprendidos facilitan la hazaña; está el muro todo cubierto de plantas trepadoras; yo iba siguiéndole y dejando que las hojas menudas me acariciasen rostro y cabeza; es una delicia cerrar los ojos y sentir la frescura sobre los párpados; de pronto, entre todos los aromas acres y suaves de la hojarasca, uno nuevo me atravesó el sentido como un puñal; olía á miel, á búcaro, á rocío de noche, á campo, á carne y alma de mujer bonita, á sueño, á agua que corre, á verso, á quietud y á inquietud; era un aroma con sabor para el gusto y para la ilusión... Era sencillamente que una madreSelva acababa de abrir en la noche sus copas de marfil, y que la

madreselva es la flor que tenía olvidada; casi lloré de gozo. Por ventura estaban las atrevidas y pomposas ramas llenas de flores y capullos; hice un botín extravagante, un ramo que era casi una selva, y con él tuve para toda la noche y todo el corazón. ¿Alguien ha visto en otra flor la gracia de estas flores, el atrevido salto de las corolas que parecen querer escaparse de los cálices, la fragilidad viva de los tallos, la inusitada forma de las hojas; todo el desgaire campesino junto con la armonía más bien compuesta; la corola de una sola pieza, como buena estrofa; llena de aroma, como están los versos que la forman llenos de espíritu; y todos los perfumes en uno, con toda la frescura y toda la suprema distinción que hacen de él un perfecto ideal de fragancia?

Como pasé la noche con la cabeza hundida en la gloria de ramas, zarcillos, corolas y hojarasca, y como todo esto es el símbolo de ella, bien puedo decir que sus brazos se han ceñido á mi cuello, y como una por una he bebido el perfume de todas las corolas y aun las gotas de agua que en muchas de ellas pusiera la noche, bien puedo sin mentir jurar que sé á qué saben sus divinos labios. ¡ Bendito sea el verano en Castilla, puesto que hace brotar madreselvas para consuelo y gloria de algunos corazones !

II

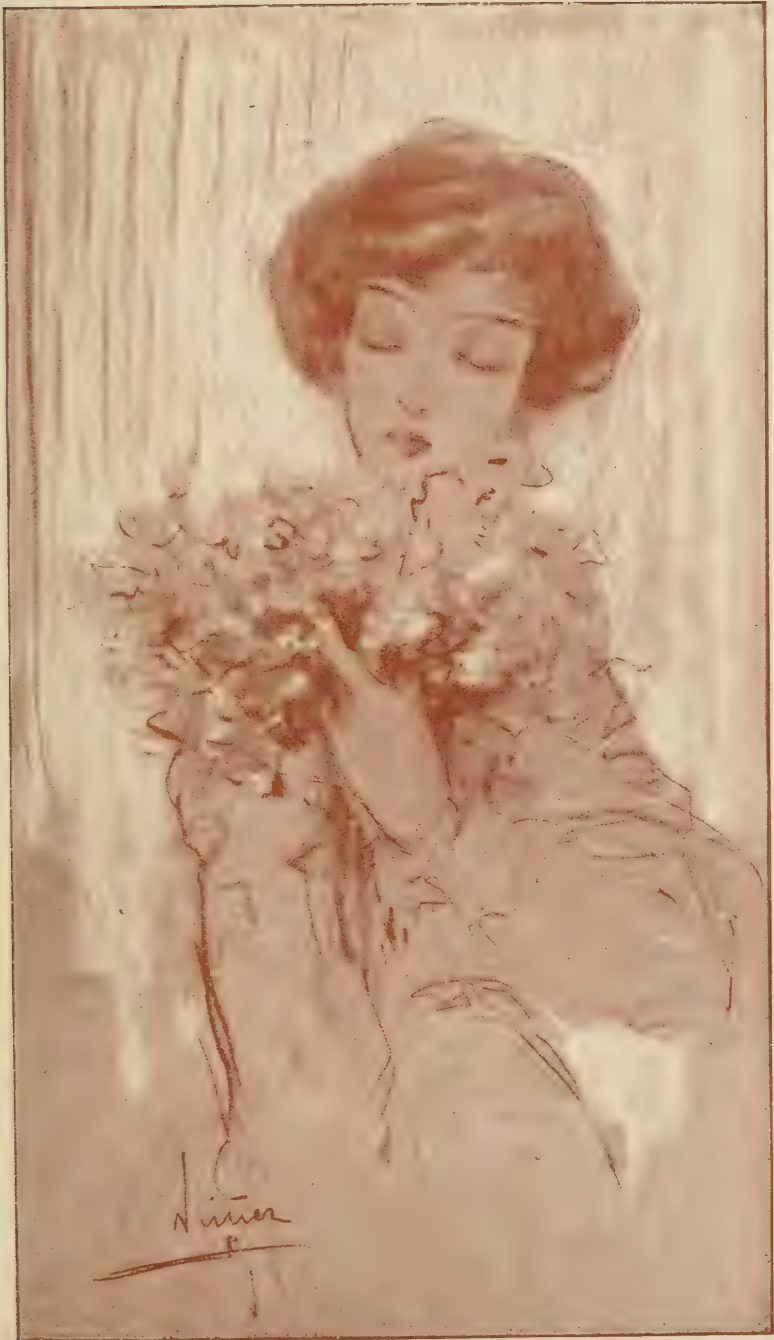
... Mirándome al espejo, descubro la leve cicatriz que me ha dejado la homérica pelea con Agustín de Aldana: el derramamiento de sangre es eficaz para apagar insanas fermentaciones : recuerdo que mientras miraba correr la mía y perderse en el agua del arroyo, sentía disiparse á toda prisa la antipatía imperiosa, casi el odio pudiera decir, que venía inspirándome el pobre muchacho. Sin embargo, y aunque el odio pasó, no me arrepiento de los puñetazos : bueno es siempre haber hecho constar que el amor poético, melancólico y desesperanzado, tiene su fuerza material correspondiente, y es capaz de llegar, cuando el caso lo pide, y aunque no lo pida, á algo más que inofensivos suspiros; después de haberle roto la cabeza, efectiva é indudablemente, á mi afortunado rival, parece que puedo suspirar más á gusto... y con mejor derecho.

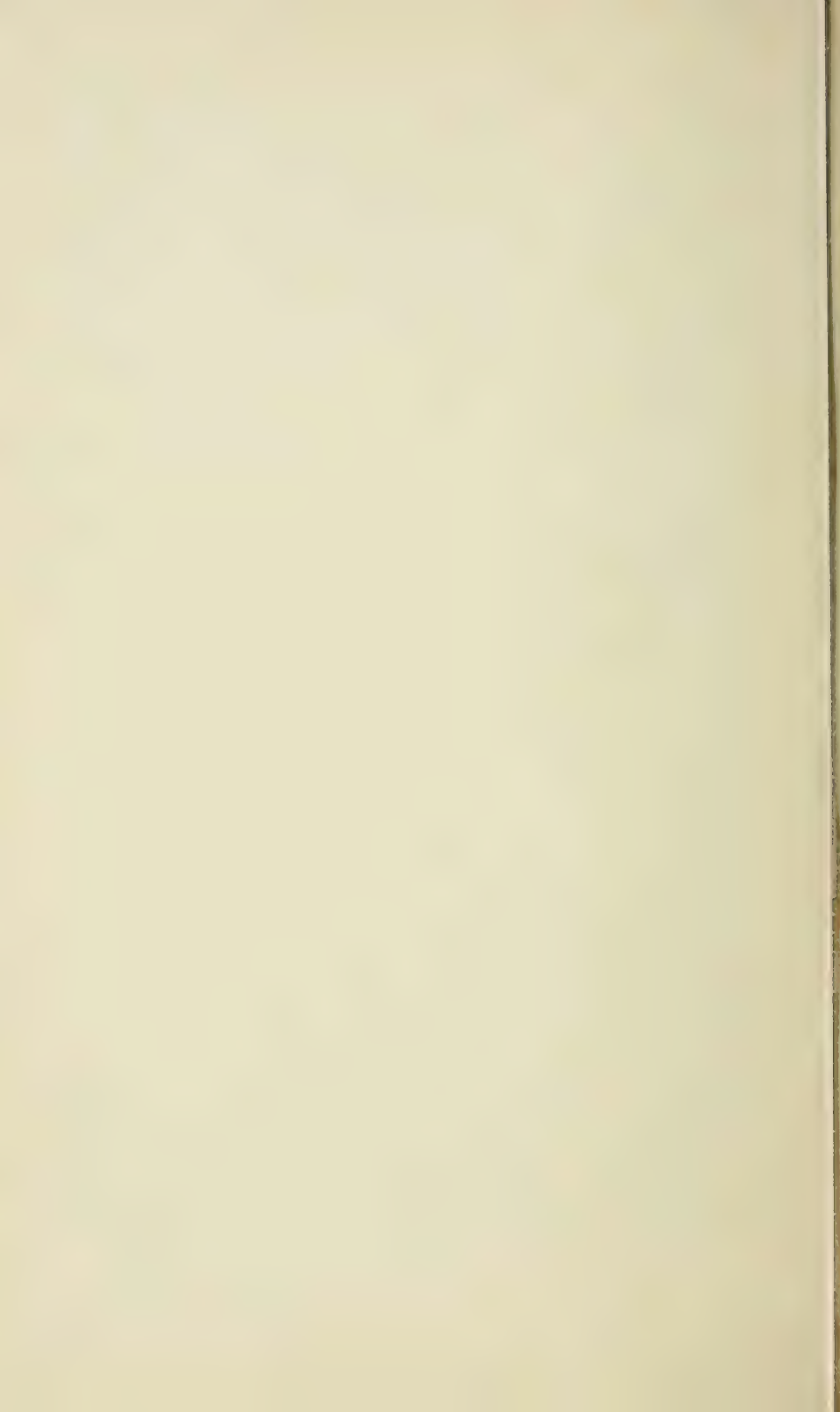
Desde que él vino, no me había atrevido á parecer por la casa — tan cobarde es el corazón; — desde aquella tarde, ó mejor dicho, desde que la cicatriz cubrió de un modo decoroso las huellas del combate, he vuelto á ir á menudo... y la sangre vertida me preserva ante mi opinión propia — que después de todo es la más importante para mí — de toda sombra de ridículo; esta es una ventaja de la poesía; los poetas podemos amar sin esperanza... y no hacer mal papel, y podemos decir nuestras cuitas á voz en grito, que con tal de que vayan en buen verso, no ha de haber en lo presente ni en lo futuro quien se atreva á reirse de ellas; creo que las mías gozarán por los siglos de los siglos una decorosa inmortalidad.

Á ella el amor la pone guapísima; él — ¿por qué no decirlo? — es buen mozo también; yo no lo soy; sin embargo... ayer, leyendo versos que yo he escrito y que dicen amor, á ella se le llenaron los ojos de lágrimas; yo bien sé que el amor en cuya remembranza brotaron es para el otro; pero los versos eran míos, ¿y si algún día, en hora de emoción, llegan á llorar juntos y brota la inefable flor de un beso de una de mis páginas? Silencio, corazón; tú y yo debemos sonreir de orgullo, no vayan á pensar que lloremos de pena.

... Ayer hice un ramo de las flores suyas y le llené de hermosas palabras; luego se lo di; cuando llegó á sus manos, debía ir sonoro como una canción; ella me dió las gracias antes de mirarle; cuando por fin le vió, tuvo un grito de gozo : « ¡ Pero han florecido ya las madre selvas ! — Sí, señora, en la tapia del jardín, junto al portillo. — Hace más de una semana que no voy por allí. » Naturalmente, puesto que el pabellón donde pasa la vida jugando á ser musa del otro, está al extremo opuesto del jardín; yo entonces le expliqué toda la gloria del florecimiento : cómo la planta trepa y se desmelenasobre la tapia, cómo está cuajada de flor, cómo huele en la noche. « Es verdad » dijo ella, é hizo á su vez un exaltado panegírico de la planta silvestre, graciosa, fresca, señoril, aromada, que es como un incensario, como un fleco fragante, como una red bordada de seda blanca. « ¿ La ha visto usted trepando algunas veces por las peñas, y otras sobre las cercas de los huertos, junto á las zarzas, más desmelenada que las zarzas? ¡ Qué ramos tengo cogidos de ella cuando era chiquilla ! »

Todo esto lo decía arreglando el que yo le traje en un hondo cacharro de cristal : hablaba de prisa, como embriagada por el buen olor y acaso por todas las palabras que había yo puesto entre flores y hojas.





— ¿Y se ha fijado usted en que en lo muy hondo, aquí junto al cáliz, tienen una gotita de miel?

Mordió una y me alargó otra; en efecto, tienen una gota de miel tan escondida...

— Por eso hay que tener cuidado al cogerlas, porque puede haber una abeja dentro.

Sacudió el ramo, y una abeja revoloteó por el cuarto y se escapó al jardín por la ventana abierta.

— No puede usted figurarse lo que le agradezco estas flores; tienen para mí, dentro, todo un pedazo de alegre vida. — Entró Agustín. — Mira qué madreselvas me ha traído Francisco — dijo ella; — son las primeras que veo este año. ¡Cuántas hemos cogido en las peñas del río!... ¿te acuerdas, Agustín?

Agustín dijo que se acordaba, y yo me fuí á vagar por el monte, que olía á tomillo. Tendíme en el suelo al pie de una encina, y dejé que su buena sombra sirviese de toldo á mis desvariados pensamientos. Es curioso que yo haya venido á este pueblo precisamente en el momento en que todo un amor de mujer va á hundirse en las vulgares aguas del matrimonio; es curioso y providencial. Ella es una exaltada sentimental en las cosas externas de la vida; le he visto llenársele los ojos de lágrimas, como á un poeta,

delante de una puesta de sol ó de un juego de luz en el agua ó mirando una flor ó escuchando una música. No hablemos de los versos; se la ve sufrir, tal es la intensidad del gozo, cuando acierta á leer unos perfectos, aunque no sean muy emocionados...

En amor, yo no sé cómo será : poetas y mujeres somos malos bichos y acostumbramos á entendernos; pero ésta tiene siete llaves sobre la puerta de su corazón. Él, Agustín, parece que es bastante impulsivo y también un mucho prosaico; cosa natural; no hay como el ejercicio de las artes plásticas para cortar vuelos á la poesía; por esto digo — perdóneme el amor la presunción, que bien puede que sea únicamente un modo como otro cualquiera de consolarme en mi malaventura, — por esto digo que es providencial mi venida á este pueblo y á esta hora; toda la vibración que yo pongo en quererla, no puede menos de vibrar en el alma de Ana María, si no por amorosa, por poética, puesto que ella es sensible á toda manifestación de poesía. Si él es, como supongo, amador vulgar, todo el perfume misterioso de estos amores vendrá de ella, y estará, sin ella comprenderlo, suscitado por mí. Y así, yo me quedaré en su corazón para toda la vida, con el recuerdo de estos días felices. Y en muchos atardeceres melodiosos,

cuando acaso crea sonreír conmovida al recuerdo de su amor, sonreirá al perfume de estas pocas flores que yo ahora estoy sembrando en su camino.

... Ayer le he pedido que acepte para suyas todas las que me han nacido en el corazón durante la divina primavera y este amanecer del verano; hablando en prosa, que me deje poner su nombre al principio del libro de versos que pienso publicar en otoño; ella, graciosamente, me ha otorgado el favor y hasta se ha permitido sonreír, cuando, animado por su benevolencia, he intentado darle á entender que con los versos le hago donación de un pedazo de alma, todo iluminado por la gloria del sol de su presencia. Es prodigiosa la naturalidad absoluta con que las mujeres inteligentes aceptan el hecho de que un hombre sea desdichado por su culpa.

— Por su causa — ha rectificado ella cuando le he hecho la observación.

— Culpa ó causa — he dicho yo, — ¿qué más da?

— No es lo mismo : ya sabe usted que el único valor moral de los actos está en la responsabilidad; si una mujer supone que un hombre es desdichado sólo por su causa, no tiene por qué dolerse de ello; si es por su culpa, como usted dice, ya el remordimiento está en su lugar.

— Mucho le importa á usted librarse del peso de esa responsabilidad.

— Á mí no — dijo ella, echándose á reir; — hablo en general... y por mera justicia.

— Es que podríamos particularizar un poco. Ella se quedó mirándome muy seria.

— ¿Usted está en ese caso? — preguntó con frialdad aterradora.

— Suponga usted que sí.

Ni apartó los ojos, ni volvió la cara, ni dió señal de pena ni de gloria.

— Por supuesto — dijo, — y hablemos de otra cosa.

¡ Qué remedio sino hablar de otra cosa ! Aquí quedó el coloquio roto para siempre y sin posibilidad de nuevo engarce; tales puñaladas da el amor á traición. Yo, que la quería poéticamente, creo que desde ayer la adoro humanamente, por la crueldad con que ha cortado el vuelo de mis confidencias sentimentales, en cuanto he intentado hacérselas en prosa y cara á cara; sin embargo, en verso le he dicho muchas veces mucho más, y con harta elocuencia; y en conversaciones y divagaciones sobre las estrellas y sobre la noche, y la melancolía del atardecer, y el plata y violeta del aire, también creo haber puesto significativa puntuación de mira-

das, silencios y suspiros; pero ellas, que en el fondo de su corazón creo yo que creen en la sinceridad de versos y melancolías, se permiten el lujo de creer que no creen, y tomándolos como mero desahogo poético, los dejan pasar por su vida con la más inocente sonrisa del mundo, y se los prenden en el pecho como una flor, y se miran en ellos la cara, sonriendo, como en un espejo, y les parece natural y perfectamente licito dejarse conmover por ellos como por una música... y olvidarlos después, ó lo que es aún peor, recordarlos para sazonar con la sal de emoción que despertaron, sus amores en prosa. Así yo he estado cortando para esta chiquilla un manojo de mis rosas mejores, y ella se ha estado adornando con ellas para poetizar su propio amor; mientras me oía á mí, pensaba en él; y hoy, puesta frente á frente de la verdad inevitable, no ha querido saberla por evitarse la posibilidad de remordimiento..., acaso también por no verse obligada á apartar absolutamente de su camino esta voz y estos versos y estas flores, que le están ayudando á soñar.

Sí, señora mía, tal vez sea usted más poeta que yo; desde luego más sabia, puesto que sabe usted chupar la gota de miel, evitando la abeja. Tienes razón : ama por tu sendero, que yo te cantaré, no sé si epitalamios ó elegías, y aun

muchas veces bendeciré tu nombre, si por la melancolía de tu desamor acierto á escribir versos que me paguen en gloria tus desdenes.

III

Vestida de negro parece otra mujer y otra flor, ó acaso la misma, trasplantada á jardines de más sutil idealidad, como si la corola se hubiera hecho inmortal sin perder su frescura, como si al vivo aroma se hubieran mezclado ráfagas de ese suave olor que tiene el marfi viejo. Está más pálida y debe haber llorado mucho. El dolor, cosa peregrina, la rejuvenece, tal vez porque las lágrimas han dulcificado la fiera acometividad de sus ojos, y porque las líneas de su boca pierden, en la expresión melancólica, aquella firmeza reveladora de la serenidad de espíritu. Ahora, por todo el rostro hay un implorante matiz de desamparo que sugiere ideas de niños perdidos en un bosque, como en los cuentos. Deseos dan de cogerle la mano para, suavemente, como á una criatura, atraerla á

regiones de serenidad, ó de contarle historias descabelladas ó cantarle canciones incoherentes, ó de cerrarle los ojos con una caricia, diciéndole, como la madre á su chiquillo : Duerme.

Ayer he pasado una hora con ella : era por la mañana, casi ya á medio día. Todos se habían ido al cementerio, menos algunas mujerucas que se obstinaron en acompañarla. La muerta iba tan sonriente entre sus flores, que el cortejo, bajo el sol meridiano, parecía una fiesta. Ana María, dejando á las mujeres, se entró en la habitación donde yo estaba, pensando hallarla sola.

— ¿No ha ido usted al camposanto? — me dijo.

Yo le murmuré á medias una disculpa, y quise marcharme.

— No se vaya usted — dijo. — Yo quería haber ido con ella, pero á última hora me ha faltado valor, y además tengo la cabeza loca.

Se sentó y se quedó mirando al suelo. Yo, pasando por la habitación, la miraba á ella. No hemos vuelto, uno ni otro, á pronunciar palabra, y esta ha sido mi visita de pésame. Volvieron todos. Agustín, acercándose á ella, le cogió la mano, pero no dijo nada. — Ella preguntó :

— ¿Echasteis las flores sobre la caja?



— Todas — respondió él.

— Así — explicó ella mirándome — no le pesará tanto la tierra.

Pedro, al oirla, rompió á llorar.

IV

¶ Son curiosos los distintos efectos que producen en las distintas almas la felicidad y el dolor. Hablemos de ella. Recuerdo algunos de sus días muy alegres. Yendo por el monte, llegando á un manantial, ¿habéis alguna vez cogido en una copa de cristal el agua que mana entre las peñas? Violenta, pero armoniosamente, choca con el fondo del vaso; sube á la superficie una alegre columna de burbujas; desbórdase en lo alto con espuma y ruido la clara linfa; limpio el cristal, parece que se pierde en el agua limpia, y cuando llevamos la copa á los labios, parece que lleva en ella todo el generoso caudal de la fuente. Así, el corazón de Ana María en las horas felices se desborda como vaso lleno, y hay alegría para todos. Charla y se ríe generosamente; parece comprenderlo y amarlo todo. Sus ojos van buscando todos los ojos que tienen cerca para

cambiar con todos una sonrisa y dejar en ellos una limosna de su alegría.

Á veces, un poco despechado por no ser yo la causa de su gozo, recuerdo haber recibido con displicencia casi descortés algunas de estas regocijadas sonrisas que han venido á buscarme; ahora me acuso de ello ante mi conciencia de poeta, porque creo que es crimen de lesa poesía cerrar los ojos á cualquiera flor que se abre á nuestro paso; y sus labios tan frescos y sus dientes tan blancos, más las chispas de oro que la alegría suele encenderle en el mirar, son ciertamente flor entre flores y bien valen un alegre saludo de bienvenida de todo agradecido corazón.

En el dolor pierden este mirar, y esta voz, y esta alma toda su amable comunicatividad. — Mis penas son mías — parece afirmar su obstinado silencio. Sus ojos dicen que han llorado, pero no lloran delante de nadie. Va vestida de negro por la casa, y el silencio va naciendo á su paso. Acostumbrada como está su boca á sonreír, siempre que se encuentra con alguien esboza una sonrisa; pero desmienten á los labios los ojos, en cuyo negro terciopelo no quieren encenderse las chispas de oro.

Yo quisiera decirle muchas veces : — Llore usted, criatura, — y ayer, después de largo rato

de silencio en que la peculiar expresión desamparada de su no mirar parecía ir llenando la estancia de insoportable angustia, me atreví á preguntarle :

— ¿Por qué no habla usted de su pena?

— ¿Para qué? — dijo ella, suave, pero implacablemente.

Agustín, que también la estaba mirando, respondió lo que yo hubiera querido responder :

— Para que podamos hacerte compañía.

Ella entonces le miró con cierta hostilidad y dijo :

— Después de todo, siempre está uno solo.

Extraña mirada y extraña respuesta; fué como si el aire se hubiera convertido en hielo. Agustín me miró, creo que por primera vez, con algo que pudiera llamarse compañerismo; verdaderamente los dos habíamos llamado á la puerta de su corazón, y la puerta se había cerrado de golpe.

« Después de todo, siempre está uno solo. »
Acaso es verdad; tremenda y desconsoladora verdad. Acaso las almas van por la vida dentro de una armadura impenetrable, y todas las comunicaciones simpáticas, amor, amistad, simpatía, no son más que ilusiones ó visiones con que nos empeñamos en consolar nuestra sole-

dad. Verdad es que los ojos sonríen, que las manos tiemblan al unirse, que se entreabren los labios como si quisieran dejar salir al corazón; pero ese mismo corazón guarda obstinadamente su secreto, aun en el instante en que parece abrirse y florecer en besos ó en palabras maravillosas.

¡ Sólus ! Hay para volverse insensato con este pensamiento. Cuando se considera que acaso estamos solos irrevocablemente, ¡ qué ridículamente tristes parecen los encerramientos de ciertas almas en torres de marfil ! Es como un prisionero que pretendiera hacernos creer que su cárcel es una fortaleza voluntariamente levantada.

Ya que acaso es sentencia nuestra soledad, abramos el alma á toda simpatía, rompamos el muro, tomemos por asalto la fortaleza ajena y abramos generosamente por nuestra parte puertas y rastrillos; lancemos la verdad de nuestro corazón como una flecha en busca de una quiebra en la coraza, y llevemos el pecho desnudo; tal vez hay una herida misteriosa que abre el camino de los corazones; para lograrla, hiramos y dejémonos herir. Bien venido el más fiero dolor si nos trae, siquiera sea sólo un instante, la seguridad de que hemos dejado de estar solos.

Admirome de cómo ha llegado ella á tan desolado convencimiento, en medio de la grande alegría de su amor; estaba luminosa y melódicamente enamorada; sus palabras eran como rapsodias; sus miradas como rayos de triunfante serenidad; y toda aquella luz y aquella música se han hundido en obscuridad y en silencio por la muerte tan prevista y tan poco dolorosa de la viejecita. Es incomprensible este fenómeno que contradice á cuanto se ha afirmado en todos los siglos sobre el egoísmo del amor. Parece que toda la alegría del mundo ha desaparecido para ella : hasta la alegría de amar.

Estamos en verano; los días son tan largos que parece que la luz se mantiene, horas y horas, inmóvil; escasamente puede florecer una emoción en la monotonía de la luz, en la quietud del aire, en la inmovilidad del ramaje, en la unanimidad azul del cielo; hace un calor intenso sin tormentas. Por un poco de viento, por un chaparrón, daría un buen pedazo de vida; ella, que tan honda y dócilmente vibra con todas las vibraciones de la naturaleza, acaso saldría de esta inmovilidad, dè este silencio que es sin duda como una pesadilla de dolor; acaso llorara; acaso pidiera auxilio, ó simpatía. ¿Qué me importa si yo no habría de ser el llamado á prestárselos? Sin embargo, quisiera lágrimas para

sus ojos, y que una mano amiga, cualquiera que ella sea, lograrse el soberano derecho de posarse sobre sus ojos tristes, y decirle ese « duerme » ó ese « llora » que yo no le puedo decir.

V

Por otra parte, el viejecillo, músico de cámara de la señora, llora su muerte con todas sus lágrimas y se lamenta como una criatura; no son ciertamente palabras lo que faltan en este dolor; el pobre hombre habla con todo el que encuentra al paso, de la muerta; consigo mismo cuando le falta complaciente interlocutor. Es una viva crónica que no recuerda más que virtudes, y sus balbucientes incoherencias son un panegírico que haría honor á la memoria de la más empin-gorotada princesa de leyenda; sin darse cuenta de ello, el infeliz hace poesía y encuentra palabras exquisitas para hablar de su buena amiga. El piano está mudo, y realmente parece que ha huído el alma del salón al apagarse el son de aquellas sonatas que al atardecer solían, no sé si alegrarle ó entristecerle; ahora, á la misma hora, óyese allí el ronroneo de voces femeninas que rezan el Rosario; es costumbre de pueblo



venir durante nueve días á murmurar preces en la casa que ha sido visitada por la muerte; las mujeres, vestidas de negro, más tiesas que momias, ensartan Padrenuestros y Avemarías, con la cara más indiferente del mundo; terminado el rezo, suspiran como quien acaba de librarse del peso de un deber tedioso, y comienzan á charlotear : ¡ buen mentidero es un velatorio !

Ana María sufre el rezo y la charla con paciencia heroica. Supongo yo que ella tendrá una peculiar y exquisita manera de hacer oración, acaso sin palabras, abriendo las alas del alma como las abren algunas veces las palomas cuando parecen estarse completamente quietas en el aire; acaso sus risas, cuando está muy contenta, son oraciones; tal vez son oraciones las doradas centellas de sus ojos, porque su gozo, con ser tan generosamente comunicativo, tiene una quietud como de éxtasis, testimonio de un firme equilibrio interior.

¿Y cómo rezará ahora que está triste? Mientras las mujerucas, en derredor suyo, murmuran Padrenuestros, yo no la he visto mover los labios; cuando á la letanía se arrodillan, hace ella siempre un gesto de sorpresa, como si volviese de otro mundo; cuando termina el rezo, hace la señal de la cruz tan lentamente como si

la voluntad que ordena el movimiento necesitase recorrer espacios infinitos del cerebro á la mano. ¡Espacios infinitos! ¿Dónde está? ¿Dónde vive? ¿Por cuál jardín — ha de ser un jardín, estoy seguro de ello — vaga su espíritu tan misteriosamente atormentado? ¿Habrá cipreses en sus avenidas, ó eucaliptos de desmayadas hojas? ¿ó de esos pinos casi negros al anochecer, que se retuercen en curvas fantásticas? ¿Ó bojes como cuerpos de monstruos, de esos que á la luz de la luna tienden sombras de miedo sobre la arena de las sendas?

Huerto, jardín, cipreses negros, pinos de sombra, disciplinados eucaliptos : ahí va un clavel rojo para vuestras ramas; cuando desconsolada pase junto á vosotros, dejadle caer sobre el sendero, y que un pájaro cante en la más alta rama para decirle á mi corazón, si es que á tanto llega mi buena ventura, que ella se ha inclinado á recogerle.

VI

He tenido contienda con un ruiseñor : esto quiere decir que en la noche profunda, fresca y misteriosamente perfumada, habiéndome puesto á pensar con la ventana abierta — la ventana que da sobre el monte y desde la cual una tardecita vi volar á lo lejos un velo verde, — el canto de ese pájaro vino á quebrar el hilo de mis pensamientos. Iban ellos por esa región donde ya no se sabe si las ideas se han convertido en sueños y las melancolías en gozos; parecíame mi divagar mucho más melodioso y armonioso que el canto de todos los pájaros del mundo, por lo cual tuve contra los trinos del ruiseñor un movimiento de desdeñosa impaciencia, y, decidido á no escucharle, anudé el hilo de la rota sarta y continué enfilando mis perlas; pero he aquí que el pájaro cantor — sin duda tan convencido como yo de la excelencia de sus lirismos — con voz aguda se obstinaba en quebrar el silencio y en lanzar á los aires estrofas sin sentido, con

lo cual mis visiones se disiparon por segunda vez en el sortilegio de la música.

Como soy tenaz, volví á suscitarlas, y para su defensa dime á levantar en torno suyo un maravilloso palacio; recuerdo que los muros eran de esmeralda y las puertas, de plata forjada á martillo. ¿Habrá quién crea que la dureza de piedras y metales pueda ablandarse y rendirse al son de una flauta? Así fué : al son de la flauta del ruiseñor, hundiéronse los muros y fallaron las puertas; mi palacio fué pronto una ruina sobre la cual flotaba el trino terco.

Terco también mi pensamiento, llamando en su auxilio á aquello que más ama, deseó modelar la visión suprema, tomando por barro la forma de tu cuerpo y por alma lo que de la tuya dejan adivinar tus risas, tus buenas palabras y el placido mirar de tus ojos. Orgullosamente levanté la estatua, pensando haber vencido; pero la voz del pájaro la deshizo también; sonaba en la noche con diafanidad imperiosa, como cristal de fuente, como agua de Mayo, como si la luz de la luna se hubiese puesto á cantar, y así, por vez primera desde que te conozco, ha vencido á tu imagen en mi pensamiento una fuerza exterior, y como el pájaro ha seguido cantando, yo le he estado oyendo sin pensar en nada, sin pensar en ti, y así, esta noche te has quedado sola.

VII

He entrado en el estudio de Agustín. En estos días, como desterrados del mismo paraíso, yo por él, él por la tristeza, hemos olvidado los mutuos rencores y hemos llegado á ser casi amigos.

Mirado sin pasión, es buen muchacho, y Ana María será feliz con él; verdad es que las mujeres tienen un don especial de adaptación, que les permite ser felices con poca cosa, y que les hace encontrar la dicha ó la ilusión de la dicha en las situaciones más distintas ó por los caminos más opuestos. Aman á un grande hombre y no sienten molestia por la humillación : unas, las más inteligentes, se divierten quemando ante él los granos de incienso ; otras, se consideran dichosas sentándose en el pedestal y dejándose ahumar con toda calma por el incienso que en honor del marido queman otros; de cualquier modo les va perfectamente; y estas mismas, casadas

con un infeliz incapaz de juntar dos ideas con mediano sentido, son también dichosas, porque se dan el gusto de envolver al cuitado en una especie de protección maternal, que les divierte tanto y cuanto; mientras el marido tenga buen carácter, la felicidad doméstica está asegurada, sea sabio ó necio y sea la mujer necia ó inteligente.

Y digo el marido, porque he observado que las hembras tienen el corazón hecho á medida de la legalidad, y no se consideran obligadas á interesarse por la vida espiritual y social de un hombre, por mucho que le crean amar, mientras la comunidad de intereses no está sancionada por las bendiciones. Novias amables, deliciosas amantes, jamás se preocupan del infeliz que tiene la dulce debilidad de amarlas, más que en relación con su propia é interesante personilla; con tal que él sepa decirles « amor » sin desentonar demasiado y tenga la generosidad frecuente de ofrecer flores á las unas y joyas á las otras, todo va bien; ni unas ni otras han de preguntarle por sus sueños ó sus pensamientos, ni han de dolerse de que sea necio, ni han de regocijarse porque sea un prodigio de inteligencia. Todo novio es bueno, puesto que puede llegar á ser marido; todo marido es soportable, puesto que tan feliz puede ser una esposa domi-

nando como dejándose dominar. ¡Dios las bendiga por su resignación!... Y á mí perdónenme ellas si les hago injusticia. Corazones tiernos y cabecitas bien equilibradas, que tan fácilmente sabéis llorar y tan difícilmente os dejáis convencer; que nunca os entregáis definitivamente; que casi nunca cerráis los ojos cuando dáis un beso, librenos el amor de vuestras suaves garras.

Una niña que sale del colegio tiene un novio y le adora, tiene el segundo y le vuelve á adorar; no es menos fervorosamente amado el tercero; para todos habrá cartas y risas, pero por ninguno de los tres — y lo mismo pudieran ser cinco, siempre ordenada y sucesivamente por supuesto — será la ingenua capaz de una locura. ¿Cuál es el elegido del corazón? Lo esencial es que, casada al fin con uno de los cinco, será ejemplar y felicísima esposa, y jurará, por todos los dioses más uno, que aquél posee y ha poseído siempre todo su amor; y acaso no mienta.

Todo esto es para decir que Ana María, casada con su primo, será dichosa; él tiene la suerte de realzar su escasa potencia de intelecto con la habilidad más ó menos manual de hacer buenas estatuas. Al cabo es un artista — puede pensar ella; — como hombre sencillo, se deja conmover fácilmente; mientras él trabaje, Ana

María soñará á su lado, y soñando qué sueñan los dos, pasará la vida sin añoranzas.

Permíteme pensar que juntos hubiéramos soñado mejor; llegué tarde; las mujeres como Ana María tienen — entre otras pruebas de insensibilidad — la inequívoca de una fidelidad á toda prueba. Por muchas emocionadas vibraciones que pasen á su lado, ella no ha de dignarse vibrar más que para el amor que se ha elegido; irá por el mundo con los ojos abiertos y el corazón cerrado á piedra y lodo; llorará con todos nuestros bellos versos; y para calmar la emoción que hayamos suscitado, le dará virtuosísimamente un beso más á su marido. ¡Triste destino el de nosotros los poetas! Acaso nuestras más fragantes flores de emoción sean responsables ante la humanidad de la venida al mundo de no pocos rollizos y legítimos bebés, que andando los tiempos serán los más obtusos burgueses de la tierra y abominarán de la poesía.

Si Ana María llega á tener un hijo y acierta á ser rubio como su probable papá, quemó todos mis versos y me hago profesor de Gramática, ¡lo juro! »

VIII

La luna es admirable consoladora. ¿Hay nada más triste que la tristeza bajo la luz del sol? ¿Hay nada más pobre que la pobreza en estos medio días de Julio, cuando la claridad implacable descubre hasta la última arruga en el rostro, hasta la última hilacha en los harapos? Los caminantes van por las carreteras y el sol es un peso añadido á su carga; sobre la carga de la vida, el sol pesa en los días desconsolados como una maldición; pero la luna es misericordiosa. Ved cómo su luz pone una caricia de silencio sobre todos los males; el sol, brutalmente, puede secar las lágrimas, pero la luna las hace deslizarse con tal suavidad, que son casi un gozo. ¿Qué no daría yo de lo que me pidiesen por la luna?

Hoy nació bermeja á prima noche tras los retorcidos chaparros del monte; fué subiendo, subiendo, y á medida que cielo arriba andaba su

camino, fué cambiando su sangre en plata. Vertiendo sangre ha de estar el dolor y se torna de plata; es decir, se convierte en nostalgia apenas melancólica, mientras se está mirando subir la luna. La claridad se desparrama por el monte, caudalosa y callada; es de ver en las grietas de la roca cómo se aterciopelan en azul las que debieran ser sombras negras; toda la crestería de la sierra refulge; pero no con fulgor del que deslumbra, sino con apacible refulgencia de la que aquieta el corazón : ¿quién no puede pensar que la luz de la luna brota de su alma misma y va á desparramarse de allí al mundo, tanto parece una luz interior, tal armonía guarda con los callados pensamientos? La luna sueña dentro de mí, la luna me dice sus propios versos; *Pálida como la luna...* es el principio de un cantar; pálida estaba ella esta tarde, y su mirar era como luz de luna en la insolente fiesta de rojos y oros con que el sol al ponerse incendiaba la tarde. Ahora la luna se ha quedado quieta sobre la torre, y desde lo alto mira dormir al pueblo. Los perros aúllan á tu piadoso resplandor; pero el agua del río te refleja, y yo te estoy rezando.

IX

... Puesto que ella se ha ido, ¿qué remedio nos queda, corazón, sino vagar por el jardín que fué suyo, é ir escuchando una por una las voces que le fueron familiares, por si en alguna de ellas ha quedado un mensaje para nosotros? Si le habrá; no es posible que nuestra apasionada devoción, vibrando tantas veces á su lado, en estos lugares, haya dejado de despertar en ella más de una vibración simpática. ¡Hay tantas cosas en este jardín que hemos aprendido juntos, su maestro yo, y ella mi maestra, otras veces discípulos los dos de la misma inmortal aleccionadora!

Ella me dijo el nombre de las estrellas, y me descubrió muchas flores que yo, en mi vida de ciudad, no había conocido nunca; yo le enseñé palabras desconocidas y ritmos nuevos; juntos aprendimos que la sombra de cada árbol tiene un matiz distinto, que en el ramaje de cada uno

de ellos levanta el aire distinto son, y descubrimos el color de los ojos de los cisnes, y contamos cuántos son los círculos que forma una piedra al caer en el agua, y cuántas son las chispas que saltan cada vez que se hiere un pedernal, y cuántas vueltas da una hoja de rosa, desde que se desprende del rosal trepador en lo alto de la tapia hasta que da en el suelo.

Toda esta ciencia maravillosa nos une como una iniciación; somos sacerdotes del mismo culto, y por mucho que en el mundo sentimental se alejen uno de otro nuestros corazones, á la hora del sacrificio, siempre nuestras miradas se encontrarán sobre el altar; y sucede que el altar es el mundo, porque todo el mundo está en un jardín », como puede estarlo en un corazón — dice la antigua fórmula mística del círculo inscrito en el triángulo — sin alcanzarlo á llenar. »

Sí, señora; por dondequiera que vayáis, orgullosa de vuestro amor triunfante, hallaréis niños que están tirando piedras al agua, rosas que se deshojan en lo alto de los muros, sol que echa al suelo sombras, y viento que suena entre las ramas, y, mal que os pese, tendréis entonces que acordaros de mí, así como cuando el galope de un caballo arranque chispas á las piedras, y cuando pase un cisne por un canal, y cuando en la noche, despierta vos y el amor dormido, mi-



réis por la ventana... porque siempre hay estrellas en el cielo, y vos sabéis su nombre, y yo no le sabía. Y así me seréis fiel, aunque, á la voz de todas estas evocaciones, vuestros ojos hagan un guiño de burla, y digan vuestros labios con ironía compasiva : — ¡ Poeta loco !

Este es el mensaje que me ha dado el jardín : bien vale una estrofa.

X

Entré en la casa por las terrazas. Voy muchas tardes; los criados me reciben como á persona de la familia, y me dejan vagar á mi placer por las habitaciones solitarias. Han enfundado algunos muebles, han recogido los cacharros menudos, han sacado al jardín ó han encerrado en las estufas todas las floridas macetas que antes estaban en el salón. No hay cosa más triste que un florero sin flores : así están ahora todos los que antes rebosaban de rosas y claveles.

Yo he intentado explicar á Manuela cómo en los rincones familiares, sobre la chimenea del salón, en el cuarto de ella, entre las dos ventanas del comedor, son de absoluta necesidad las flores que tantos años han alegrado el alma de la abuela, y que han aromado y perfumado para siempre el espíritu de la nieta. Naturalmente, no me ha entendido, y todos mis esfuerzos han resultado inútiles, aunque Pedro, por una con-

fusa percepción sentimental, se ha puesto de mi parte.

— Tiene usted razón, señorito.

Manuela ha refunfuñado no sé qué explicaciones; las flores dan tanto que hacer, y para que no las disfrute nadie !...

Yo le he hablado del amor que les tuvo doña Margarita.

— Á la señora se le llevan al cementerio, como mandó la señorita Ana María.

Yo le he dicho que el alma de los muertos no gusta de los cementerios, donde el cuerpo, al cabo tan amado, sufre corrupción, sino que viene á visitar las moradas donde fué feliz, donde están sus buenos recuerdos; el eco de las voces queridas, de las músicas que les deleitaron; el alma, que no muere, viene á buscar las huellas de la vida donde vivió, y no al desconocido rincón en que la podredumbre vence á la carne.

— Así, pues, si quiere usted alegrar los ojos del alma de su señora con las flores que fueron sus preferidas, póngalas usted aquí, sobre esta chimenea junto á la cual pasó tantas horas, sobre ese piano, en esa ventana; y ponga usted también unas cuantas en este jarro de cristal, junto al cestillo de labor de Ana María, por si también su espíritu se pierde, alguna de estas tardes, camino de su casa.

La vieja salió sin responder; es testaruda y piensa sin duda que todo esto son extravagancias; yo salí al jardín, corté un buen manojo de rosas blancas y las puse en el jarro de cristal. Pedro fué á buscar agua fresca, con gran solitud.

— Ya se ve — dijo mientras me ayudaba — que el señorito sabe de cosas hondas.

— Un poco, Pedro.

— Todo eso que usted ha dicho parece que uno lo tenía dentro, pero no lo sabía pensar : ustedes son felices que saben pensar todo lo que sienten.

— Crea usted que lo esencial es sentirlo.

— Eso digo yo; pero las mujeres, sin agraviar á nadie, son, fuera del alma, un pedazo de piedra. Usted dice que la señora, que esté en gloria, vendrá de cuando en cuando á su casa; es natural. Usted dice que le gustará ver sus flores : ¿ no cree usted que de cuando en cuando le gustaría también oír su música? Pues anoche me puse á tocar para ella, y Manuela se enfureció conmigo, porque dice que es una irreverencia alegrarse cuando hay luto en casa. ¡ Ya ve usted, alegrarse le llama ella á tocar el piano ! ¡ Todo sea por Dios !

Yo le tranquilicé, asegurándole que sus sonatas son tan piadosas como el más devoto res-

ponso; apoyado en mi autoridad moral de *hombre leído*, supongo que, siquiera á la sordina, había desde esta noche música en el palacio; desde que el pobre hombre había dejado de tocar, se pasaba las horas besando las teclas, entre lágrimas y suspiros.

— ¿Cree usted, señorito, que en el cielo, los que ya no estamos en edad de ser ángeles, tendremos entrada en los coros de música?

El pobre viejo está lo que nosotros, que nos creemos razonables, llamamos con evidente presunción « medio loco »; pero su locura melodiosa, hecha de cariño, de recuerdos y de buena música, es sin duda ofrenda bien grata para la que fué tantos años su señora y su amiga.

XI

Una de las cosas más tristes en las casas desiertas son las ventanas. Cerradas de día, dan impresión de muerte, de algo que debe estarse ahogando dentro de las oscuras habitaciones; abiertas, son como grandes órbitas de ojos que se hubiesen quedado ciegos; porque una ventana no vive más que por la promesa del rostro que se puede asomar á ella; mirada desde fuera, es como un marco, que está siempre esperando su pintura: ahora están los marcos vacíos, y ni el recuerdo de una buena sonrisa consiente en asomarse á ellos. ¿Quién no sueña mirando á una ventana? Si conocida, dentro está el tesoro; si desconocidas, dentro está la ilusión.

De día, vagando por las ciudades, se oyen algunas voces salir por ellas, voces de niños, risas, el son de un piano; á veces la ventana es balcón, y hay en él un enjambre de muchachitas

que charlan y sonrien; á veces hay, entre las persianas á medio abrir, la visión de una mujer que lee ó que está triste; á veces, está la habitación solitaria, y en la pared del fondo hay un espejo, y en el cristal se pintan las ramas de los árboles que hay fuera, y la figura alegre de una chiquilla, que acierta á pasar por la calle, con un cesto de frutas en la cabeza.

De noche, las lanzas de luz caen de las ventanas sobre los jardines, hiriendo á la noche; y, con las lanzas de luz, las sombras, acaso queridas, y risas y músicas también; y á veces el silencio. Se ve la sombra de una viejecita sentada en su sillón, ó la de un hombre que está leyendo, los codos en la mesa y la frente apoyada en las manos; la de unos cuantos niños, que, también apoyados en la mesa, juegan, ó la de una madre joven que duerme á un bebé. En las ventanas altas, sólo la luz; alguna tan alegre que parece desafiar toda melancolía y todo misterio, alguna amarillenta, alguna apenas roja. Cuando se va por una calle triste, y en una ventana se apaga una luz, es como si, de golpe, se nos muriese una ilusión. Recuerdo una ventana, un negro anochecer de noviembre: la habitación estaba obscura y sola; pero había lumbre en la chimenea, y un gran gato blanco junto al hogar.

Pasando de noche por algunas ciudades desconocidas, cruza el tren sobre un puente, y hay en la sombra grandes edificios con todas las ventanas iluminadas, como ascuas de oro, y la luz de todas cae sobre el agua negra del río, y hace una gran fiesta para los ojos, en la obscuridad de la noche...

He mirado de lejos la luz de su ventana, todas las noches de este verano : ahora no hay luz, y la ventana, antes vestida de muselinas blancas, está desnuda, cerrados casi siempre los postigos, abierta algunas veces de par en par, negra como boca de lobo, y dejando asomar la odiosa funda gris con la cual han cubierto el espejo que está sobre la chimenea : ¿por qué habrán condenado al pobre espejo á no reflejar la copa de la acacia que era su amiga? Preciso será que escriba yo á la dueña del espejo y de la acacia, para contarle este y todos los desmanes que se cometen aquí en su ausencia, y para decirle cómo en la fuente han hecho callar el surtidor. ¿Habrá una fuente en el jardín sobre el que ahora se estén posando sus ojos?

XII

Recibo una tarjeta postal sin fecha : la ilustración es un rincón de costa brava, donde el mar se divierte haciendo espuma. Hay una leyenda que dice así : « Desde la orillita del mar, con toda simpatía », y su nombre.

Es extraño lo muy *á ella* que suenan estas pocas palabras; puedo asegurar que no las leí en el papel, sino que las vi desgranarse en el aire, cuando pasé los ojos por la tarjeta. Hay así quien — y especialmente las mujeres, — quien acierta, digo, á poner el ritmo vivo de su hablar en todo lo que escribe : hay cartas sonoras y evocadoras, que son como la charla misma de quien las escribió; nunca he leído cartas de Ana María, pero juzgo por esta sola frase que me llega de ella, que deben ser así. « Desde la orillita del mar... » Veo las centellas que debieron saltar de sus ojos al decir esas pocas palabras, y veo toda la hermosura del agua y de las rocas,

reflejada en la entusiasta exaltación de su rostro; de seguro echó atrás la cabeza y sonrió un poquito y pestañeó levemente como acostumbra á hacerlo cuando mira ó recuerda algo que le parece muy hermoso; yo no sé si estaría frente al mar cuando las escribió; tal vez sí; tal vez sentada en una galería de casino, de esas que están sobre las playas, con todo el sol de mediodía cayendo en la arena, con el aire fresco jugándole en los rizos, tal vez estaba sola. Tal vez el agua verde-azul tenía nacarinas crestas de espuma, tal vez ella sintió que le faltaban fuerzas al corazón para gozar la soberana hermosura, y volviéndose á buscar apoyo, pensó en mí, y dijo : — ¡ con toda simpatía ! — Palabra casi helada, « simpatía; » pero ella tiene una entusiasta y caurosa manera de decirla, que casi la obliga á sonar á cariño... « Desde la orillita del mar... »

Bajo el nombre de ella viene escrito otro nombre : « Agustín. » El marido, magnánimamente, se digna autorizar este intercambio de naderías emocionales; ¡ más vale así ! Verdad es que nos tenemos prometida amistad leal, desde el día en que ellos, ya irremediabilmente atados por las bendiciones, tomaron el tren, camino del mundo.

¡ Qué guapa estaba ella la mañana de su boda ! Nunca la había visto yo de mantilla; llevaba,

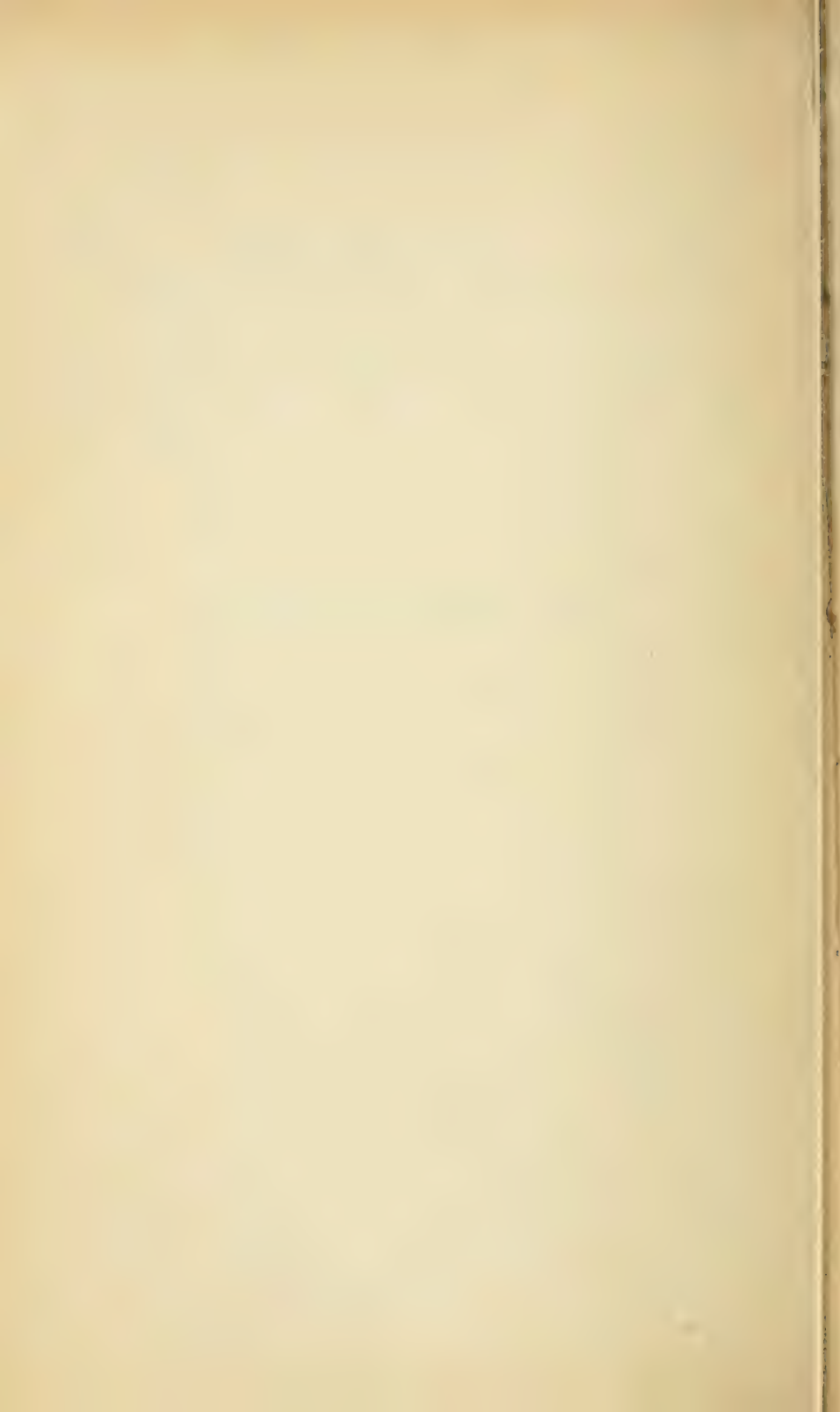
contra su costumbre, el peinado muy alto, y el encaje, aún más negro que los rizos, aún más negro que los negros ojos, le envolvía la cara en leves, movedizas sombras. Alegre ella como un cascabel, la mañana clara, el huerto risueño; bajo la parra, servido á la rústica, el siempre rústico chocolate.

Bien estaría decir aquí que el corazón se me partió de pena; y sin embargo, no quiero decirlo, porque no es verdad. Era tan contagiosa la segura felicidad de ella, que nos obligó á todos á ser felices. Entró en la vida nueva con la tranquilidad más perfecta: ni un temblor en la voz, ni una niebla en la risa; para todos le sobró cariño y fervor de amabilidad; todos reímos —yo como todos, olvidando por qué — al ver como ella sonreía. ¡Qué generosos pueden ser los felices!

Y ahora, recordando cómo sus ojos iban, en aquella mañana, cambiando afectuosas miradas con todos los nuestros, pienso que el favor de esta pobre tarjeta, que viene á buscarme, es harto impersonal; por su propia felicidad y no por mi recuerdo, tiemblan de gozosa emoción las palabras que ha querido decirme, al encontrar su mirada sobre el mar la evocación de la mía. Ha sonreído con cariño, « con toda simpatía », como ella dice, no por la evocación, sino

porque su gozo rompe en chispas amables á cualquier choque; y su gozo es su amor; y su risa es la voz de su amor; y su sonreír es la luz de su amor. Bien defendido está su corazón con el escudo de su alegría..., y razón que le sobra, tiene el afortunado de su marido para darnos la mano con absoluta tranquilidad mientras á ella la oiga reír.

LA SELVA MUDA



LA SELVA MUDA

I

ANISUYA

¡Extraña noche, extraña inquietud! Toda la palpitación de la selva vibra dentro de mí, pero no como tantas otras veces á ritmo igual y á compás único con la palpitación de mi sangre : parece que por primera vez la tierra y yo somos de distinta substancia, y que se ha roto la inacabable fraternidad, y que ó la selva no me quiere por hija ó que á mí se me haya olvidado la voz de mi madre. Pasa el viento, pero yo que le siento pasar, hoy no entiendo su voz, y suspiran los árboles, movidos por él, pero yo esta noche no sé interpretar el suspiro, ni sé leer la cifra que la lentitud musical de los

astros va escribiendo en el cielo... Sin duda los dioses se han quedado mudos : sin embargo, los sacerdotes dicen que han hablado, y hasta imperiosamente, y que exigen de mí el sacrificio de cuanto amé hasta ahora. ¿Es posible, selva mía, altar de mi culto y nido de mi corazón, es posible que tú hayas prestado voces al Destino que quiere alejarme de ti? ¡ Qué han hablado los dioses ! ¡ Qué han hablado contra mi corazón ! Sin duda por eso no los sé entender, no los quiero entender... ¡ No los quiero entender ! ¡ Perdón, inmortales, por esta tentación de blasfemia ! Pero, háblame, selva, háblame tú. ¿ Acaso no soy tan tu hija como tus sacerdotes ? ¿ Acaso no me has hablado siempre ? ¡ Dime que es cierto ó dime que es mentira ! Dime que tengo la raíz de mi carne prendida en tu suelo, que si de aquí la arranco moriré, ó dime que mi vida es sólo mía, que en todas partes es posible vivir, y que es preciso que vaya yo, por amor á mi pueblo, á vivir á otras tierras como pájaro extraño, á aprender otras lenguas, á oír otras palabras, á hablar con otros dioses...

LAS VOCES DE LA SELVA

Tu corazón es nuestro corazón, y en cada una de mis ramas está una fibra de tu carne.

OTRAS VOCES

Dentro de mí naciste y tu madre murió al darte á luz.

OTRAS VOCES

Y ya tu padre había muerto á mano de enemigos cuando viniste al mundo.

OTRAS VOCES

Y por eso tu nacimiento fué esperado como la salida del sol, y naciste reina...

ANISUYA

Lo sé, lo sé, pero no es eso. Dime si me debo marchar, si me puedo marchar... ¡ si es preciso que me deje aquí el alma y que me vaya... !

VOCES DE LA SELVA

Nuestras ramas columpiaron tu cuna.

OTRAS VOCES

Y nuestra sombra abrigó tu sueño.

OTRAS VOCES

Y con nuestro aroma se te perfumó el corazón.

OTRAS VOCES

Y por eso tu cuerpo tiene vaivén de junco y de palma.

OTRAS VOCES

Y por tu pensamiento pasa la sombra de lo inefable.

OTRAS VOCES

Y tus palabras llevan perfume de misericordia.

ANISUYA

¡Selva, selva mía, por ese abrigo que me diste, por esa canción que me cantaste, por esa sombra, por ese perfume, dime la verdad, dímelas aunque el deseo no la quiera oír!

La selva no responde, pero extrema su halago, y el viento y la tibieza y el perfume son como abrazo inacabable : el cuerpo de Anisuya se rinde á la caricia : parécele que el aire se hace carne junto á ella y que una mano de amante sostiene

su cabeza en la nuca, á tiempo que una boca busca su boca.

ANISUYA

¡ Ay de mí !

La selva repite lentamente el suspiro.

— ¡ Ay de mí !

La selva tiembla como de amor.

— ¡ Ay de mí !

La selva calla intensa y temerosamente. Anisuya cae en hondo desmayo cordial : la tierra la recibe con amor y la selva la guarda; diríase que la fragancia de las flores se ha hecho venenosa, y que toda la noche es como una boca que besase ahogando, con los labios mojados en veneno también, y que hay un dardo en cada luz de estrella, con ponzoña en la punta para la herida, y un atosigante filtro en cada soplo de aire. Así la selva defiende á la reina desmayada, que es su hija y su sacerdotisa, y que sabe leer en sus signos y escuchar sus voces, y que ha aprendido sin maestro el nombre de cuantos pájaros y de cuantos insectos y de cuantas fieras hay de noche y de día despiertos y dormidos á su sombra, y beben el agua de sus fuentes ! ¡ El agua de sus fuentes ! También los secretos del agua sabe la reina, y también en la ciencia de la voz cristalina es maestra, y sabe

leer en el espejo mágico sentencias del Destino, y el agua ama á la reina como la reina ama á las fuentes, y cuando se mira en los arroyos, hay tal caricia de lisonja en la imagen del agua, que Anisuya se sonrie á sí misma, y á días de sí misma se enamora : y ha sucedido, no pocas mañanas, que después de mirarse se ha puesto á cantar como loca, y ella creía que cantaba en su voz el espíritu del agua, y no era tal espíritu, sino su gozo de mujer al saberse linda.

Agua mimosa, como el musgo sobre el que tantas horas acarició la reina sus sueños : la reina ha vivido hasta esta noche completamente loca de felicidad, y por eso entendía á los dioses, y por eso era humilde y creyente, y ofrecía con seguridad de corazón el incienso y las buenas palabras litúrgicas, que son como un collar de perlas iguales, monótonas, preciosas, indiferentes, en las cuales el sol de la buena dicha pone el iris de todas las devociones y exaltaciones ; pero he aquí que la vida se ha hecho laberinto para el reino feliz de Anisuya, que, como su reina, hasta aquí no supo sino de sí mismo, y como tuvo sol y pan y vivió ignorado, pudo soñar siglos enteros una fragante, suave, y tremenda mitología, y pudo cantar regocijadamente, y escuchar el eco de sus canciones, y afirmar oyéndole con toda inge-

nuidad, que el eco era la voz de los dioses que decía que sí, siempre que sí...

Hoy han venido gentes de Europa y han descubierto el paraíso : y acontece que en el paraíso hay oro escondido, y en la selva santa todas esas fragancias, que si á espíritus primitivos pueden parecer aroma de flores, á espíritus prácticos los afirman la existencia de maderas preciosas y drogas altamente cotizables en los buenos mercados : y sonriendo codiciosos, los europeos han ofrecido á cambio de las flores de la selva los frutos de la civilización, y han hablado con los sacerdotes del pueblo feliz, que al cabo son las gentes que tienen el secreto de la vida, y los sacerdotes han hablado á los dioses de la selva, y los dioses, soñadores al fin, no han sabido defenderse los pobres, y han seguido diciendo que sí : han dicho que sí al deseo de los sacerdotes y de los europeos, y han decretado que es buena cosa la civilización, y que al buen pueblo hecho á vivir despacio le están haciendo mucha falta hierros y alambres para llegar deprisa : ya están, pues, los felices súbditos de Anisuya en postura de olvidar que la vida es una selva ó un jardín, para aprender que es un camino : esto lo afirman los europeos, librándose muy bien de añadir que ellos van sospechando que el tal camino es inútil, puesto que no

lleva á ninguna parte, y á ninguna parte importa llegar. Los sacerdotes creen ya en el camino : de esa creencia surgirá pronto la sospecha de que algo debe haber hacia donde ir caminando, y la inquietud de preguntarse : « ¿qué será? » y « ¿dónde estará? » víboras que hacen nido en los corazones. Por eso la selva esta noche está envenenada, y Anisuya triste, porque europeos y sacerdotes piensan, que si ella ha de guiar los pasos de su pueblo por el susodicho camino de civilización, preciso es que la vaya á aprender á las tierras donde se cría ; y ante la desolada negativa de ella, que, panteísta incorregible, amándose á sí misma, ama á su tierra, han vuelto á consultar á los dioses, y los dioses, como es razón, han vuelto á decir que sí !

¡ Oh, noche ! ¿por qué tanta fragancia atosigante y tanta emponzoñada saeta para defender á tu reina, que así desfallece ante la inevitable melancolía de su destino? ¿No fuera mejor que volvieras contra ella dardos y tósigos, y que besándola de una vez para siempre, truncases en su corazón el latir doloroso ya? Te digo yo que más valiera, noche, y á ti también, selva, porque si dices que amas como hija á la que sin padre naciera, y matando á su madre vino al mundo, estás obligada á tener para ella entrañas maternales, y puesto que sabes que ha de



obedecer á la suerte, y que en la suerte está el dolor, ¿por qué, ahora que duerme y acaso sueña, no le has de arrebatar el miserable don de la vida?

El viento ha pasado sobre las frondas, y se oye un extraño rumor : es la selva entera que protesta contra la impiedad del comentarista. Es preciso respetar ante todo la vida, y no hay amor ni maternidad que autoricen á truncar el ritmo de un corazón que vive. La vida, la vida, la vida : esa es la única voz, la única ley, el único sentido : es preciso vivir para vivir : el sufrir ó el gozar, ¿qué importa? ¿ni quién los distingue? Nuestra reina es niña, y como niña llora : el dolor futuro es una ficción suya; hasta aquí se sirvió á sí misma de juguete, y ahora teme, en un mundo que desconoce, perderse á sí misma, y clama diciendo que pierde su amor... y llora, ¡ella reirá! ¿No sabes que las lágrimas se cansan de sí mismas y á sí mismas se agotan como fuentes que secó el verano? Y en todas las tragedias suena una risa : y no la ríe el siervo, ni el villano, ni el juglar, ni el loco; la ríe el héroe, el señor, el dolido, el enamorado, el que lleva el pecho abierto y la herida sangrando : y la ríe de buena fe, porque en medio de su dolor vino el cansancio de sufrir, y la vida recobró sus derechos é hizo encontrar motivo

de alegría donde si se quiere jamás le hubo ; pero acaso era primavera, y el cuerpo, olvidando un instante los males del alma, se acordó de su fraternidad con la tierra, y se abrió como ella, y dió una flor...

Esto dice la noche, esto afirma la selva : acaso la noche y la selva están en lo cierto. Ello es que la noche pasa dulcemente, y que al amanecer despierta la selva con toda su algarabía de pájaros, con todo su rumor de fuentes, con toda su risa de frondas al sol, y Anisuya despierta con el día, y sonríe como flor que se abre, porque sus penas, penas de niña, han sido de las que se deshacen con el sueño, y aun la vida no le ha hecho perder la costumbre de sonreír al despertar. Se ha lavado la cara en el arroyo, y está más bonita que nunca : todas las lágrimas lloradas en la noche han sido lustre para la lozanía de su rostro, y los ojos le brillan con clara luz. Hay que ver con qué gracia voraz de animalejo, va mordiendo las frutas que al paso va ofreciéndole la selva madre. Luego canta : una extraña canción en que todo son bendiciones sin sentido. Anisuya bendice familiarmente á seres extraños á quienes nunca viera : animales fantásticos, montañas lejanas, paraísos que acaso no existen, dioses que tampoco existieron jamás : al llegar á estos dioses en la serie de sus invocaciones,

Anisuya recuerda sus penas de la noche. ¡Bah! ¿quién se acuerda de tener penas ahora?... de todos modos consultemos de nuevo á los inmortales : de mañana, los inmortales tienen la voz más clara. Anisuya oye la respuesta con gran atención : — Sí, es preciso partir, es preciso visitar tierras nuevas, es preciso aprender otras lenguas, morder otras frutas, dormirse y despertar bajo otros cielos... es preciso... ¿luego, es preciso volver á entristecerse? ¡No, no, no! Harto son las lágrimas lloradas una noche : ahora hace sol : después de todo, el mundo entero es obra de los dioses... y en todas las patrias habrá una selva, y en todas saldrá el sol por las mañanas : además, Anisuya decide llevarse á todas sus amigas, y á sus pájaros favoritos, y sus sartas de perlas, y sus collares de oro, y sus libros sagrados donde está el destino de todo lo nacido y por nacer... y además, volverá... ¿Y si no vuelve? Volverá, y si no vuelve, será que en las tierras remotas haya una flor más suave al corazón, que las flores mismas de su selva. Aquí está la sierpe de la curiosidad mordiendo el corazón de la reina niña. Sí, sí; es preciso obedecer á los dioses... Irá en un navío con velas rojas, y así á la tarde, cuando se ponga el sol, parecerá ella la reina del fuego, y si acaso pasa cerca de alguna costa, la

aclamarán como sueño y milagro. Será largo el viaje : y se parará á descansar en los países por donde vaya pasando, y en todos habrá músicas para recibirla, y los príncipes de aquellas tierras vendrán á rendirle homenaje : y unos serán como ella color de canela, y otros blancos y rubios como los europeos que han descubierto el reino feliz — ¡ extraña cosa, hombres que traen en el cabello como un rayo de pálido sol ! — y hablarán lenguas nuevas y musicales, que ella entenderá, ¡ ya lo creo ! para eso es hija de los dioses y ha nacido en la selva, y no han de ser lenguas de hombres nacidos más extrañas que las voces del agua, y de los pájaros, y del viento en las ramas, que ella desde la infancia ha sabido entender é interpretar... sí, sí, preciso es marchar aunque cueste pena... ¡ Qué palabra tan rara : « pena », cuando se ha dejado de sentir !

Anisuya sale de la selva y vuelve á su palacio ; tan de mañana es, que aún todos duermen en la morada real, pero despiertan las siervas al sentirla entrar en la cámara, y se quedan mirándola con respeto. ¡ La reina ha pasado la noche en la selva sagrada, y viene de consultar con los dioses ! Anisuya, perezosamente, se deja ungir, aderezar. Diviértese mientras le perfuman y trenzan los cabellos, ¡ tan negros ! en jugar con sus pájaros amaestrados. Ya está resplande-



ciente como jaspe bruñido al sol; ya tiene los pies presos en sandalias bordadas con vivos colores; ya los dedos cubiertos de anillos; ya el cabello trenzado con cintas de oro; ya en su pecho resplandecen rubíes, y en su cuello centellean siniestramente esmeraldas, como ojos de serpiente.

— Reúnanse — dice la reina — ministros y grandes sacerdotes. ¡ Quiero hablar á mi pueblo !

Así se hace : y teniéndoles á todos reunidos, ella sube á su trono y, después de inclinarse graciosamente con las manos cruzadas sobre el pecho, habla :


ANISUYA

Quiero hablar á mi pueblo en vosotros, ministros y sacerdotes, que sois como su brazo y su cabeza : yo soy su corazón, y en mí deben clavar las saetas que el Destino quiera clavar en él. Pueblo mío : hasta hoy hemos sido felices, y no lo sabíamos : han venido gentes y nos han hablado de una nueva y más perfecta felicidad : es preciso, mi pueblo, que tú que fuiste niño, seas hombre y aprendas la sabiduría de otras gentes : yo, que siendo tu hija, soy tu madre, tengo el deber de amamantarte á mis pechos y de ponerte en la boca la sal de todo conoci-

miento ; pero soy ignorante como tú de las cosas nuevas que estos hombres afirman ser mejores, y he de irías á aprender : los dioses, nuestros dioses, declaran que esa es su voluntad, y yo, mal que me pese, obedezco á los míos.

La reina no sabe que miente : las palabras son tan traidoras, que en cuanto con ellas se nombra el dolor, asoman á los ojos las lágrimas. Anisuya tiene los ojos húmedos al hablar de su sacrificio, y el corazón le late apresuradamente : sin embargo, el dolor está lejos ; quedóse dormido en la selva, y ahora en el corazón de la reina se ha despertado la curiosidad ; pero esta palabra « sacrificio » es buena golosina para el espíritu, y los labios que ayer la pronunciaron de buena fe, hoy ya no saben separarse de ella. Los ministros y sacerdotes lanzan una formidable aclamación : ¡ Viva la reina que ha oído la voz de los dioses ! Y los europeos sonríen diplomáticamente. Cuando esta reina vuelva de nuestras tierras civilizadas, nos venderá el reino por un traje de Worth. Y en el reino hay tesoros. La reina vuelve á saludar inclinándose.

Todo está pronto para el viaje : es un atardecer como Anisuya le soñara, todo de grana, todo de fuego : nunca ha estado el mar tan azul : el sol parece levantar sobre el agua todo un florecimiento de corolas de oro : el aire huele intensa-

mente : Ya está la nave aguardando á la reina, cabeceando en su impaciencia como un corcel : las velas son rojas, la reina lo quiso : por la costa hierve la multitud que ha venido á despedir á la soberana : los viejos mueven la cabeza dubitativamente. — Ella misma lo dijo : Hasta aquí hemos sido felices y no lo sabíamos : ¿qué falta hace saber la propia felicidad? Y estos hombres pálidos, de cabellos de oro tienen un sonreír siniestro. De todos modos ; los dioses bendigan á la reina que da su corazón por su pueblo ! — Los jóvenes sienten un extraño movimiento cordial : sin duda es ambición : — La reina va hacia lo desconocido, y en los países que la aguardan acaso hay reinos nuevos que conquistar ; hace largos años que aquí estamos en paz, las armas se enmohecen, el valor no tiene donde manifestarse ; hay que cazar fieras como único alimento y apaciguante de la fiereza nuestra. ; Dichosos los doce guerreros que van con Anisuya á los reinos desconocidos, y que acaso tengan extrañas fortalezas que conquistar ! — Las mujeres suspiran : ¡ al cabo es siempre amable lo desconocido ! Tan sólo las enamoradas no sienten envidia de la reina que marcha hacia un ensueño : ellas tienen su ensueño en su corazón, y mirando hacia dentro, le sonríen. La despedida parece una fiesta. 

La reina ha ido á rogar á sus dioses que, en pago de la obediencia que les presta, le den ellos buen viento para la nave y regocijo para la llegada. Cuando le ha dicho adiós á la selva, los ciervos que hay en ella, como á Sakuntala cuando va á sus bodas, le muerden el borde de la túnica, queriendo retenerla, y los pájaros le cantan sus músicas más suaves : también el agua de las fuentes diríase que tiene una caricia nueva cuando ella se inclina á mirarse el rostro por última vez, y las flores agotan su fragancia queriendo impregnar de una vez para siempre hasta la última fibra de su carne y de sus vestiduras.

La reina hace las debidas inclinaciones y genuflexiones, pronuncia las palabras rituales, recibe la bendición del Gran Sacerdote, invoca el nombre de sus antepasados, besa la puerta de su palacio, corta una flor en sus jardines, da libertad á sus pájaros favoritos, entrega su sello al primer ministro que ha de ser en su ausencia regente del reino, y sube á la nave. Con ella van sus doce guerreros y sus doce siervas.

Recíbenla á bordo músicas y perfumes. Un vientecillo fresco hincha las velas. El pueblo aclama nuevamente : las rojas velas deslumbran al sol : Anisuya siente un ligero vértigo y casi cae desvanecida en brazos de sus siervas,

pero la conciencia de su real dignidad la reanima, y vuelve á erguirse para decir adiós con ademán majestuoso... Ya se aleja la costa, ya casi no se ve : las músicas de á bordo han cesado : el sol se ha hundido, Anisuya tiembla sutilmente porque del mar sale un hálito fresco y húmedo. Entonces, siente un gran desconuelo y una á modo de soledad interior, y tapándose el rostro con un velo, llora calladamente; las siervas, sentadas á sus pies, también tienen deseos de llorar, pero no se atreven por miedo á turbar la que ellas creen meditación de la reina. Los guerreros pasean despacio sobre cubierta y fruncen el ceño fieramente para ocultarse á sí mismos su propia tristeza. Anochece. — Es preciso que la reina descanse — dice uno de los hombres europeos. La reina casi se ahoga en la estrecha cámara; pero, durmiendo, la ilusión despierta, y va soñando en quimeras de desconocida felicidad : por fortuna, á la mañana, cuando despierta, hay sol, y las quimeras pueden seguir dorándose las alas á su luz optimista.

II

Ya en aguas de Europa, bien al norte. El barco navega sobre un agua verdosa, bajo un cielo gris; llueve menuda y tenazmente; es invierno. En la cámara real, Anisuya, envuelta en chales y pieles, tiembla un poco, pero se esfuerza por sonreír, aplicándose á estudiar en un libro palabras de una lengua extraña : sentado junto á ella, el más viejo de los hombres europeos que salieron con ella del reino feliz, le hace de maestro; Anisuya cierra el libro y mira al hombre, que es flaco, casi calvo, lleva lentes de oro y sonríe bondadosamente; hablan en la lengua de ella, ella apasionadamente; él despacio, correcta y fríamente, como un diccionario que hubiera roto á pronunciar palabras.

— Es difícil tu lengua, y dura y áspera...

— No por cierto.

— Sí, sí, áspera, como si nadie hubiese dicho

nunca en ella una palabra de esperanza. ¿Y tú, dónde y cuándo aprendiste la nuestra? ¿Quién te dijo siquiera que existía?

— La aprendí en libros.

— ¿En libros de mi tierra?

— De la mía.

— ¿Libros escritos en esa lengua tuya, te han podido enseñar la nuestra, que es como una canción? Pero no la sabes, tampoco la sabes. Cuando hablas nuestra lengua, hablas como si estuvieses dormido ó borracho, y se te olvidan las mejores palabras...

— Eso es que me aborreces.

— ¿Yo á ti? No puedo aborrecerte, porque no eres mi igual. Yo soy reina. ¿Eres tú rey en tu país?

— ¡No soy rey, no!

— ¿Sacerdote?

— No.

— ¿Ministro?

— Tampoco.

— ¿Esclavo, entonces?

— En mi patria no hay esclavos.

— ¿Quién sirve á los señores?

— Todos nos servimos unos á otros.

— ¿Entonces no hay nadie que sea verdaderamente libre?

— ¡ Todos podemos ser señores de nuestro propio espíritu !

— ¡ Ja, ja, ja, ja !

— ¿ De qué te ríes ?

— De que entonces vuestro espíritu será vuestro siervo. Siempre hay esclavos en el mundo, siempre los ha habido, siempre los habrá. ¡ Señor de tu espíritu ! Mándale que vaya hasta el cielo y te traiga noticias de lo que están discutiendo los dioses, y verás si va y vuelve. Mándale que baje al centro de la tierra, y te traiga noticias del fuego interior, y te diga cuándo se te ha de abrir la tumba. ¡ Señor de tu espíritu ! ¡ ja, ja, ja ! Mándale siquiera que esté alegre cuando quiere estar triste ó que te recuerde una buena palabra que olvidaste. ¡ Señor de tu espíritu ! Si tuviera yo un siervo tan rebelde ó tan inútil le mandaría azotar cien veces. ¿ En qué estás pensando ?

— En que eres una mujer bien extraña, y en que dices cosas que pocas veces se han oído en labios de mujer.

— Soy reina, y desde niña he aprendido á hablar con los dioses.

— Los dioses no hablan.

— Entonces, ¿ por qué vosotros pedisteis á mis sacerdotes que tomaran consejo de ellos para traerme á vuestra tierra ?

— Yo no : en eso estoy libre de toda culpa.

— ¿Culpa? Luego es un mal el que hacéis trayéndome.

— No es eso. Quise decir de toda responsabilidad.

— Responsabilidad no la tienen más que los dioses : nosotros nos movemos por su voluntad, y ellos responden de nuestro destino. ¿No crees tú en los dioses?

— Creo en mí mismo.

— ¿Y no te has engañado nunca?

— ¿Quién no se equivoca alguna vez?

— No te pregunto eso. Quiero decir si no te has sido nunca desleal.

— ¿Y tú?

— Yo no tengo como tú la soberbia de creerme dueña de mi destino. ¡Ay! tengo frío. Ya estamos cerca de tu tierra, ¿verdad?

— Mañana llegaremos.

— ¿Y siempre hace tanto frío como ahora, y está el cielo tan gris?

— Casi siempre.

— ¿Y sois capaces de vivir aquí habiendo tierras con tanto sol? ¿Por qué viniste tú á mi reino?

— Por aprender.

— ¿Aprender? Ya eres viejo. ¿Cuántos años tienes?

— Cincuenta.

— ¿Y cuántos más piensas vivir?

— Qué se yo : cinco, diez, acaso quince.

— ¿Y aun quieres aprender como si fueras niño?

— La curiosidad no se acaba nunca.

— ¿No has de saberlo todo cuando te mueras?

— No estoy muy seguro de sobrevivir á mi muerte, Anisuya.

— ¿Y á qué aprendes, si no ha de servirte de nada el saber, pasada esta vida que ya se está acabando para ti?

— Tienes razón, sí, tienes razón, pero ya no hay remedio : desde que nací, ó desde que me nació el pensamiento, tengo no sé si este vicio ó esta necesidad : aprender, saber más, saberlo todo, si fuera posible.

— ¿Todos los hombres en tu tierra son como tú?

— No : hay muchos que no tienen sino este otro deseo : gozar más, siempre más...

— Eso es más razonable.

— ¡ Anisuya !

— Pero es más imposible.

— ¿Qué sabes tú?

— De gozar y sufrir todo el mundo sabe. Si lo sé : cuando una tiene sed, desea el agua fresca,

que es el goce más grande de la vida : y bebe el agua, y goza, y quisiera seguir gozando, y bebe más, y ya el agua está insípida y da náuseas.

— Es porque se acabó la sed.

— ¿Qué importa el por qué? Ello es que se acaba el goce. Y se acaba siempre : la misma música, que á la mañana nos despierta el corazón, á la noche es tediosa si tenemos sueño. El olor de las flores que hoy es deleite, mañana es tormento, porque acaso nos duele la cabeza : las palabras de aquella lisonja nueva, mañana ya son viejas y repugna oirlas; las joyas cansan cuando se tienen todas, y hasta los rostros que vemos todos los días, llega á parecernos que se han quedado mudos y están cansados, tal vez porque son nuestros ojos los que se cansan de mirar.

— ¿Cuántos años tienes?

— Diez y siete; ¿por qué?

— Porque es extraño que sepas todo eso.

— Lo sé hace mil; como tú dices, desde que me nació el pensamiento.

— ¡Y sin haber sufrido!

— Para saber eso no hace falta sufrir.

— ¿Y no te ha atormentado mucho algunas veces pensar en todo esto que sabes?

— No : verdad es que no pensaba mucho en

ello : lo sabía, sí, pero cuando hace sol como en mi tierra siempre se saben las cosas, pero parece que se deshacen en el sol, no sé cómo te diga, como humo de un perfume que se está quemando : ahora pienso en todo lo que sé porque tú me estás siempre preguntando, ¡ parece que sacamos agua de un pozo ! y además, porque hace frío y llueve. ¿Dónde se van á ir los pensamientos con este cielo gris que está tan cerca de nosotros? Digo yo que poco pueden subir, y que aunque se levanten, vuelven á caer sobre nosotros y se nos entran en el corazón... y puede que atormenten, sí... ahora que me lo has dicho, lo siento, ¡ atormentan como un puñal ! ¡ no, como un gusano que estuviese royendo una fruta ! atormentan : por eso yo alguno de estos días tan cortos y tan largos he tenido como un dolor de corazón, y no me daba cuenta de lo que era, ¡ ya ves tú, eran todas esas cosas que he sabido siempre, pero que antes no me importaban !

— ¿Lloras?

— ¡ No lloro, no lloro ! Es que tengo frío : y estas necias se han dormido todas. Márchate : yo también quiero dormirme... pero aquí no se puede respirar, y huele siempre á brea, y en cuanto se mueve el barco éstas se asustan y dan gritos. ¡ Despertad ! ¡ Levantaos ! ¡ Estoy triste !

761

Pág. 77.



¿No me oís? ¿En qué estabais soñando que tenéis esos ojos de perro? Cantad, contadme un cuento. ¡Bailad! No, dormid, dormid, dormid, dormid. ¡Y dice ese hombre que no hay esclavos! Pues si vosotras no hubieseis nacido con alma de perros, es posible que no hubiera ninguna capaz de calmarme esta ansia nueva del corazón. ¡Ojalá me hubiese traído á mis pájaros! También los pájaros son desagradecidos. Á todos les hice libres al salir de mi reino, y no ha habido ninguno que haya aprovechado la libertad para libremente venirse conmigo. ¿Y mis guerreros? Han aprendido á beber aguardiente de estos hombres pálidos, y de seguro están todos borrachos y durmiendo también. ¿Se emborrachará este infeliz que se quiere morir aprendiendo? Mañana se lo he de preguntar... ¡Ja, ja, ja! ¿Qué dirán los dioses de todo esto? Ese hombre no cree en los dioses... Verdad es que si el hombre, como él dice, no sobrevive á su propia muerte, los dioses no hacen falta, porque en la vida de este mundo, ¿qué importa que sucedan las cosas de un modo ó de otro?... Pero yo les he oído hablar. ¡He hablado con ellos en la selva sagrada! Ellos me han traído... no... ellos me han dicho que viniera... pero, ¿hubiera yo podido dejar de venir contra su decreto?... queriendo... acaso... pero, he podido querer ó no

querer? Este hombre dice que puede lo que quiere, y, sin embargo, la lluvia le molesta como á mí, y no puede querer que no llueva : porque querer no es desear; el deseo no es más que un alarido del que no puede, del que no sabe : querer es hacer como quieren los dioses. ¡ Hay dioses, porque las cosas llegan y pasan; y puesto que nosotros no podemos quererlas, alguien las quiso por nosotros ! ¡ Hay dioses ! Sí, quiero dormirme sabiendo que hay dioses para poder dormir bajo unas alas, para poder descansar en el pecho de alguien que sea más que yo, que sepa más que yo..., sí, que sepa lo que yo no sé de mí misma.

III

Llegados al puerto, un triste puerto con grandes malecones de portland, agua negra, barcos negros, humo, niebla, gentes atareadas. Anisuya, su escolta, sus siervas, sus acompañantes europeos desembarcan una tarde fría. Anisuya abre mucho los ojos al poner el pie en tierra extranjera, buscando algo que no halla : entran todos en un gran andén donde se amontonan baúles, cajas, fardos... Por fin se acerca un hombre vestido de uniforme, con cruces y medallas sobre el pecho, y un impermeable sobre toda aquella quincalla oficial.

Hay una breve presentación : el europeo que ha servido á Anisuya de maestro, le explica que aquel guerrero viene enviado por el rey del país en que han desembarcado, para darle á ella, reina, la bienvenida y ponerse á sus órdenes. Anisuya hace un gesto de desilusionado asombro : el guerrero es muy joven, muy rubio, delgado, con

dulcísimos ojos azules y rostro de niña. ¡Harta mezquina representación de un rey para una reina! — piensa. — Si el rey de esta tierra ó de otra hubiese venido á mi patria, hubiera hecho fiesta para recibirle, mi pueblo todo, ¡y todas las músicas, y todos los perfumes, y todos los colores, bajo el sol, hubiesen exaltado su majestad, honrándole y honrándome á mí con la hospitalidad liberal y regocijada! ¡En toda una patria de hombres civilizados y valientes — dice mi maestro que sus compatriotas son valientes, y el terror de todas las tierras y de todos los mares, — en toda esa patria no ha podido disponer el rey más que de un hombrecillo como este para darme idea de su grandeza y rendir homenaje á la mía! ¿No ha podido venir él en persona?

La reina, ofendida, apenas se digna mirar al emisario : el emisario sí la mira á ella, turbado ante la luz de los airados ojos. ¡Son como de azabache, tales que nunca los soñara aquel hijo de tierras de bruma; desdeñosos, soberbios, y al mismo tiempo aterciopelados y acariciadores; fieros para los hombres; suaves para las cosas! La reina va mirando en derredor : el andén feo, las cajas y baúles sucios, tediosos, como fatigados también de los largos viajes, le inspiran lástima. ¡Qué feo es todo esto! Y piensa con

orgullo en el decoro y la pompa imperial de su palacio, en la maravilla de su selva, en el azul milagroso de su mar... Realmente, ella y su escolta y sus siervas, con los gayos colores de las telas que les envuelven y el perfume de extrañas, turbadoras esencias á que trascienden los cuerpos morenos, son la única nota de ideal en el gris trajinante y fatigado de aquella tierra triste. El sabio, un poco contagiado á su pesar, durante las largas horas de navegación, por la, á su parecer, desconcertante mentalidad de la reina niña, siente á su vez un poco de vergüenza de sí mismo, de su patria y aun de su civilización, y le parece que aquellos hombres y mujeres á quienes la gente mira un poco de lejos, como á salvajes ó fieras lindas, representa en aquel momento algo muy superior dentro de la jerarquía humana, nada menos que la suprema dignidad del ocio inteligente, de la pereza ensoñadora, de la sabiduría espiritual que hace ir saboreando la vida como fruto, deshojándola como flor, aspirándola como perfume, contemplándola como ave que vuela ó arroyo que pasa. — Sí, este progreso nuestro es impío, — musita con desacostumbrada indignación, — y hemos hecho un crimen de lesa patria trayendo á esta mujer feliz á mostrarle las llagas de nuestro cuerpo feo y de nuestra riqueza contrahecha.

Anisuya mira á sus siervas, que se agrupan en torno á ella como rebaño temeroso :

— Tienen frío, — dice sencillamente.

Entonces el emisario — también habla un poco la lengua del país de Anisuya, y la reina se queda mirándole con asombro, — indica que hay precisamente en la sala de al lado, un te dispuesto, en previsión del caso... si la soberana se digna...

La soberana acepta con un gesto : es una salita de espera en la estación del camino de hierro, allí en el puerto mismo : no es muy opulenta tampoco, y á Anisuya, hecha al uso exclusivo de sus tronos, sus lechos, sus hamacas, sus tiendas, le repugna harto el terciopelo de los divanes y mesas, que adivina resobados por el paso de la multitud anónima. Servido el te, con el minucioso refinamiento que á ella sigue antojándosele pobreza, del más civilizado de los países, la servidumbre se anima un tanto : al cabo en la sala de espera hay lumbre : el te, cierto que es un brebaje insípido, pero ya en el barco se han ido poco á poco acostumbrando á él, y está caliente : las golosinas adyacentes saben á frutas de la patria lejana... pasada media hora, todos hablan y ríen. La reina está más silenciosa que nunca.

— ¿Estás triste, Anisuya? — le pregunta el maestro.

— ¿Es éste uno de los palacios de tu rey? — pregunta ella sin responder.

El maestro explica : para llegar al palacio del rey, es preciso andar más camino : este es un campamento, un lugar de descanso.

— ¡Vamos pues ! — dice Anisuya, levantándose con impaciencia.

El maestro vuelve á explicar :

— No es posible marchar inmediatamente : hay que esperar á que llegue la hora de salir el tren.

— ¡Esperar ! — Anisuya casi desconoce el sentido de la palabra. ¿Esperar una reina? ¿Á qué ni para qué? El tren es la carroza que ha de conducirla al fin de su viaje, ¿y ha de esperar ella al capricho de un palafrenero?

— No es capricho, Anisuya : es ley...

— ¿Para mí?

— Para todos.

— ¿Y si viniera el rey?

— El mismo rey esperaría : este es un servicio para la nación, y ha de marchar ordenada y fielmente, porque el último súbdito tiene derecho á que en su honor se guarde la puntualidad : puede llegar á este tren un mendigo, fiado en la ley que rige su marcha invariablemente, y si la ley no se ha cumplido, puede alzar la voz y reclamar el cumplimiento del derecho...

— Luego es este tren, como tú dices, carroza para todo el mundo.

— Para todo el mundo.

— ¿Y no tuvo el rey coche propio que enviar á buscarme?

— Pensó que el viaje será así más cómodo...

— ¡Está bien : esperemos !

La reina se encierra en desabrido silencio : los diez minutos que ha de esperar se le antojan siglos. Al cabo es hora de ponerse en marcha : al subir al tren, el emisario le entrega un gran ramo de flores y sube con ella. El maestro se aparta respetuosamente.

— Sube tú también — dice la reina. — ¿Dónde van mis gentes? — pregunta luego.

El emisario le muestra los vagones dispuestos para la servidumbre.

— ¿Acaso son rebaños los míos, para ir así hacinados como en jaulas?

El emisario aclara, temblándole un poco la voz :

— Son coches de primera clase, y este en que vamos es un vagón real...

— Con poco se contentan los reyes de esta tierra.

El tren se pone en marcha. La reina se ha hundido en un sillón y muerde las flores del ramo. Pasan rápidamente las praderas verdes,

y sobre ellas los árboles desmelenados : la lluvia tenaz y menuda más parece una niebla : de lejos en lejos hay casas de campo, que parecen sumidas en soledad y desolación. Á Anisuya todas se le antojan iguales, y la extremada rapidez de la marcha casi le da sensación de inmovilidad : seguramente este verdor ondulado y húmedo no ha de acabarse nunca, y siempre ha de haber en lo alto de aquel collado una casita blanca ó gris con un pórtico y unas persianas verdes, y unas plantas mezquinas trepando á los balcones con la necia presunción de entoldarlos : ¿para qué, si no hay sol, ni parece haberlo habido nunca?... ¡ Y qué silencio !

— ¿Por qué no hablas, ya que sabes mi lengua? — dice dirigiéndose al emisario del rey.

— Señora — responde él levemente turbado, — esperaba las órdenes de Vuestra Majestad.

— Pues ya las tienes. Habla.

— Señora, ¿qué quiere Vuestra Majestad que diga?

— Necios cortesanos tiene tu rey, si no son capaces de encontrar por sí mismos la palabra que ha de halagar el oído de sus reyes. Para decirte yo lo que me gustaría oír no necesitaba pedirte que hablastes. Con escucharme á mí misma tendría bastante. Habla. ¿Te has vuelto mudo?

— Temo ofender á Vuestra Majestad.

— El que teme ofender, ya está ofendiendo con el pensamiento.

— No es eso, señora : yo no sé los usos de vuestro reino, ni cómo es preciso hablar con reyes que tienen en los ojos imperio de dioses : soy soldado, y sé pocas lisonjas.

— Ni son menester : ni á mí habían de agrardarme las tuyas, que la lisonja sólo sabe bien cuando viene de labios de alguien que nos es superior : dime la verdad de lo que estés pensando ahora mismo.

— Señora : Vuestra Majestad es incomparablemente hermosa.

— ¿Á qué has intentado compararme para poder decirlo?

— Todos tenemos algún sueño en que se realiza para nosotros la perfección de la hermosura...

— ¿Eres tú soldado ó filósofo?

— ¿Vuestra Majestad se burla de mí?

— No por cierto : cuéntame tus hazañas.

— Señora, aun las estoy esperando...

— ¿Por qué no las vas á buscar?

— Porque el primer deber de un soldado es la obediencia, y á mí la ley me manda no salir del reino, y ahora está en paz.

— ¡Ja, ja. ja! ¡Qué palabra tan divertida

habéis inventado en esta tierra para disculparlo todo ! ¡ La ley ! Sin duda es vieja y tullida esta diosa á quien así llamáis, puesto que hace esperar á todo el mundo : al mismo rey, la hora para tomar el tren, y á los soldados, la de realizar las hazañas. ¡ Ja, ja, ja, ja !

— Ahora sí que es Vuestra Majestad quien filosofa.

— ¿ Hay ley que lo prohíba ?

— Señora, aquí estamos fuera de toda ley.

— ¡ Cómo !

— Porque estamos en vuestra presencia, y toda vuestra persona, no se ofenda Vuestra Majestad por mi atrevimiento, es como cifra de soberanía. Tiene Vuestra Majestad en los ojos la llama del imperio, y en la boca la línea firme de la voluntad, y en el ademán la cifra del mando, y en el movimiento el ritmo que dirige, y en la quietud toda la majestad que crea. Yo no sé : desde niño he oído decir que Dios creó el mundo con su palabra, y nunca entendí bien cómo una palabra pudiese crear ; pero he oído á Vuestra Majestad, y he comprendido de una vez para siempre el misterio, el milagro de la voz que saca de la nada : hasta hoy he obedecido ciegamente á esa ley que á Vuestra Majestad le causa risa : hace bien Vuestra Majestad en reirse de la ley mirándome, porque desde esta

hora, lo juro por mi alma, no habrá más ley para mi vida que el fuego de esos ojos, y el gesto de esas manos, y el sonar de esa voz. ¡ Sí, Majestad, sí ! hay palabras que oímos, que pasan por nosotros, que repetimos y que no entendemos hasta que hay un minuto de revelación : así yo con la palabra : «hágase», que ahora sé que es sinónimo de vuestra voluntad... No sé si he merecido la muerte.

— ¿Por qué? Todo eso me lo han dicho mil veces mis sacerdotes, mis cortesanos, mis ministros, más lentamente que tú, y con las palabras consagradas por el uso de largos siglos. Ya sé yo que los reyes compartimos con los dioses el privilegio de la voluntad; ya sé que una palabra nuestra envía á la muerte; ya sé que un ademán perdona... ¿por qué ha de parecerme ofensa el que tú repitas estas cosas que han sido la canción de mi cuna y el incienso de mi juventud?

— ¡ Señora !

— ¿Ahora te pones triste? Yo me alegro, porque este compatriota tuyo que me ha servido de maestro para aprender tu lengua, me ha dicho muchas veces que en su país ya no es posible repetir esas cosas, y que ya nadie cree en ellas, y que no hay señores, y que no hay siervos, y que mi voluntad de reina sólo á mí misma puede servirme de mandamiento, y que

ya nadie está dispuesto á morir por un rey, y que los verdaderos reyes son los pueblos, y que nos hemos quedado mudos, y que el « ¡ quiero ! » es una paradoja, y el « ¡ hágase ! » una ilusión; en suma, toda nuestra realeza un fantasma que anda vestido con harapos reales, y la majestad un esqueleto con corona. Ahora veo que me mintió, puesto que tú me dices lo que me han dicho siempre, y me alegro, y te agradezco la primera alegría que encuentro en tu patria. ¿Qué dices de esto, tú, hombre sabio, desengañado, el que quiere saber para morir, y hasta en lo poco que sabes te engañas? ¡ Responde !

— Señora : se ha dormido...

— ¡ Despiértale ! ¿Qué es esto? ¿Por qué nos hemos quedado quietos?

— Señora, hemos llegado.

Han llegado. Es el andén de una estación, que parece un hormiguero. Anocheció ya. Tampoco aquí está el rey esperando : el emisario y el maestro explican cómo el caso sería contrario á la etiqueta : es preciso que la reina descanse, y que luego ella sea la primera en visitar al rey el día que éste tenga á bien señalar : esas son las costumbres del país. — ¡ Costumbres extrañas y descorteses ! — piensa Anisuya, pero no dice nada, porque el orgullo habla en su corazón más alto que el asombro, y no quiere dar á los que

la rodean el espectáculo de sentirse ofendida, y por tanto, humillada.

La ley, la ley : parece ser que la grandeza de los reyes está por acá en respetarla : seamos, pues, tan grande como el rey que más : ¡ respetemos silenciosamente !

Y silenciosamente sube al coche, y va á su alojamiento : no es un palacio, es un hotel. Cierto que para la soberana y su corte se ha dispuesto todo uno de los pisos, y que está fastuosamente alhajado : hay muchas flores, y hasta un pebetero en que se están quemando perfumes. Anisuya despide pronto á los acompañantes : en la estación otros dos militares han venido á ponerse á sus órdenes, y uno de ellos ha hecho que le digan que es el ministro de las Colonias. Anisuya desconoce el sentido de esta palabra, « colonias », pero no quiere hacérsela explicar : tampoco quiere hablar la lengua de aquellas gentes, aunque bastante de ella trae ya aprendida : parécele contrario á su dignidad la concesión, y aunque harto comprende lo que hablan, no responde hasta que el primer emisario le ha traducido las palabras : todas son vanas preguntas sobre si navegó con bonanza, y si llegó contenta á la patria excelsa de la excelsa civilización : ella responde invariablemente, que está contenta, pero que le molesta

que esté el cielo tan gris : y pronuncia estas palabras « cielo gris », como un insulto, medio airada, medio compadecida ante gentes que ni siquiera tienen el buen gusto de haber nacido en tierras de sol. Ya encerrada en sus habitaciones, hace callar á las siervas, que se quejan del frío y del cansancio. — Dormid, dormid y dejadme que duerma... Todas callan y la obedecen, pero ella no puede dormir : primero la tiene despierta el orgullo, luego una extraña sensación que nunca ha sentido hasta hoy : parecele que el lecho sube y baja, á compás, como el buque en que ha venido, pero sube hasta el cielo, y baja, ¡ los dioses saben hasta dónde ! hasta los negros abismos del mismo corazón de la tierra... y entonces quisiera gritar, y no puede, y pedir auxilio, y no sabe á quién, y llamar, y se espanta ante la sola idea de oír el sonido de su voz, y clamar por defensa y no sabe contra qué peligro, y el aire como que se hace sólido y la ahoga, y como que se enciende en llamas y la abrasa. ¡ Ay de mí ! Y toda su arrogancia de reina se hunde, y escondiendo la cara entre los almohadones del lecho, llora como niña que es, porque en la tierra extraña está sola y tiene mucho miedo !

IV

En el salón del trono. La más fastuosa corte de Europa. Los reyes aguardan rodeados de toda la pompa oficial. Entra á poco Anisuya, acompañada de sus guerreros. No ha querido vestirse á la europea. — Todos contemplan el cortejo con sonrisa complacida y un tanto protectora, como si asistiesen á una representación teatral. — El ayudante, puesto á las órdenes de la reina, también la acompaña y le sirve de intérprete, porque ella, que cada día estudia con más ahinco la lengua nueva, persiste en su manía orgullosa de no querer emplear más que la suya en actos oficiales. Los reyes acogen á la recién llegada con benevolencia condescendiente : ella mira en derredor serenamente, como buscando un trono en que sentarse, pero no se sorprende ante la pompa cortesana. También este salón le parece pobre, y esta pompa de corte mezquina. En

todas partes falta oro para sus ojos borrachos de sol. Hablan, después de las saluciones y presentaciones oficiales, reyes y reina : el ayudante interpreta un poco emocionado. Anisuya, que comprende á veces, se adelanta á contestar antes de oír la interpretación, porque poco á poco el corazón se le va inquietando como marea que se levanta.

EL REY

Bienvenida, reina, hija de reyes, á nuestra patria. Estamos orgullosos de que Vuestra Majestad se haya dignado elegirla como lugar de aprendizaje, y esperamos que encontrará en ella felicidad y satisfacción cumplidas.

ANISUYA

No he venido por elección, ni á buscar propias satisfacciones, ni tampoco creo que me sea menester aprender lealtad en patria ninguna : he venido fiada en la palabra de unos hombres, que dicen que son súbditos tuyos, y que me aseguraron que acá vivíais más felices que nosotros porque estabais más civilizados : yo, harto feliz era en mi reino, pero he venido al tuyo, por ver si sabéis algo que pueda aumentar el bienestar de mi pueblo.

El ayudante atenúa en la interpretación algo de la altivez de la reina.

EL REY

Ha hecho muy bien Vuestra Majestad : aquí irá aprendiendo leyes de buen gobierno y alta justicia.

ANISUYA, *sonriendo con un poco de sorna.*

Ya he tenido ocasión de ir conociendo algunas.

EL REY

¿Y qué piensa de ellas Vuestra Majestad?

ANISUYA

Los pensamientos han de madurar como los frutos. Ahora no hacen sino mirar mis ojos y escuchar mis oídos; como quien dice, voy sembrando ó cogiendo flores. Madurarán las semillas y miraré las flores con detenimiento; los días dirán.

EL REY

Vuestra Majestad es prudente.

ANISUYA

Mi pueblo no tiene más madre que yo.

LA REINA

Esas palabras honran á Vuestra Majestad.

ANISUYA, *mirando con un poco de asombro
á la reina.*

Las palabras no pueden honrar á quien las dice, ya que todo el bien que pueda haber en ellas nace del pensamiento que las formó : además, lo que he dicho es verdad, sencillamente.

EL REY

Parece que Vuestra Majestad tiene cierta hostilidad contra nosotros, y eso no está bien : todos los soberanos de la tierra somos como una gran familia, y todas las patrias hermanas : deber es de las más civilizadas ayudar é instruir á las que lo son menos. Aquí queremos recibir á Vuestra Majestad como á hija muy amada. Nuestra patria se enorgullece cumpliendo el altísimo deber de amparar, de proteger, de tender la mano y cobijar bajo su manto á sus hermanas

menores, mejor dicho, á sus hijas que le piden auxilio.

ANISUYA, *apasionadamente.*

Eso no. Mi patria no es hija ni sierva de nadie, ni yo he venido á pedir á la tuya auxilio ninguno. ¡ No necesitamos protección, ni hemos pedido amparo ! ¡ Si te lo han dicho, te han mentido ! Somos libres, y no hay más manto protector para nosotros que el cielo, que es la mirada de los dioses. No hay padres ni hijos, somos iguales. Y esto es lo que parece que Vuestra Majestad ignora, y que ignoran con ella todos los que se han acercado á mí desde que pisé el suelo de esta tierra triste. ¡ No quiero protecciones ! Me queréis recibir como á hija, y yo pido homenaje de reina : si así no es, he de vivir en paz, lejos de toda hipocresía oficial, viendo por mí misma y guardando lo que vea y oiga para mi sola lección y provecho. ¡ Ved si así os conviene ! Mi reino es mío, y si algún día Vuestras Majestades van á él, hallarán trato de iguales, con más esplendidez que la que á mí me ofrecen, porque sin duda allá somos más ricos, y sin impertinencias de gentes sabias que quieran imponerles su sabiduría.

El rey sonríe ante la arrogancia de la chiquilla

reina : piensa en su escuadra que es la más poderosa del mundo, y ya está oyendo sonar en las arcas del tesoro público el oro traído de la flamante colonia. La diplomacia tiene recursos para todo. Además, la reina es muy linda, y la indignación le pone en los ojos un brillo prodigioso. Desde luego el rey reconoce todas las pretensiones de igualdad. ¿Quién pensó nunca en decir otra cosa? Las palabras, y más cuando pasan de lengua á lengua, á veces tuercen el camino, y no dicen precisamente lo que el pensamiento quiso decir. Más vale dejar cuestiones de política, propias para tratadas en el recogimiento de un despacho, y gozar la alegría de una fiesta, toda en honor de la gentilísima soberana... El rey pide perdón por lo modesto del regocijo, aunque no es pobreza, — añade sonriendo finamente, sino filosofía, un poco amarga si se quiere, pero inevitable compañera de la extremada civilización : á los pueblos viejos nos falta ya el amor al fausto extremado, la afición juvenil á la pompa exterior, propia de las patrias más jóvenes... además, la reina tiene razón : en su tierra el cielo sereno y azul es la sonrisa de los dioses : aquí hasta los dioses se han olvidado de sonreír...

Anisuya sonríe, y dice que si la civilización, como va sospechando, es el arte de estar cada

día un poco más triste, no vale la pena de venir de tan lejos á aprenderla.

El ayudante, á medida que va traduciendo las palabras de la soberana, tiene una extraña sensación : como si se le fuera deshaciendo en la boca una desconocida golosina, con turbadoras esencias tropicales y sabor á miel, que luego destilase sobre el corazón amargo de mirra...

Fiesta íntima en un gran restaurant : salón-terraza que da sobre el río : luces discretas y muchas flores. Un príncipe, extranjero también, pero de tierras acaso más brumosas que ésta, ha querido obsequiar á Anisuya, á quien conociera en la recepción palatina, pero cuidando de advertir que esta fiesta, sin mira política de ninguna clase, es sólo en honor de sus maravillosos ojos negros. Por esta vez, la reina viste á la última moda de la vieja Europa, y está entre asustada y divertida, porque se le antoja que con el atavío desusado le ha nacido un alma nueva también. De su gente, no trajo más que la guardia indispensable y al ayudante, á quien se ha acostumbrado á considerar como un perro fiel é inevitable. El, cada día más perdido en una marea de amargo amor, se complace en componer hipérbolos al modo que se las sugiere el recuerdo de sus lecturas de la infancia, y le habla

como á reina de cuento, ponderándola sobre todo lo divino y lo humano : Anisuya se acostumbra á la música, que le sabe á necesaria lisonja cortesana, y se deja ensalzar maravillosamente, sin penetrar nunca el sentido cordial de la lisonja; sin embargo, es feliz á ratos oyendo las apasionadas palabras, y diríase que le preparan el corazón para recibir emociones nuevas, como la suave lluvia de otoño prepara los campos para la siembra. Él, á días, está desesperadamente triste, y entonces ella, que le juzga cansado del servicio junto á su real persona, le concede generosamente todo un día de libertad : por lo cual él, escarmentado, ha aprendido á fingir la alegría más desatinada á las horas de la más negra desesperación; y entonces la reina se ríe, como chiquilla que es, y transcurren algunos minutos felices.

Es al fin de la cena. Anisuya ha bebido champagne, y se ve en los espejos reflejada infinitamente : las plumas blancas de un inmenso sombrero le acarician á cada movimiento los hombros desnudos; sin darse cuenta de lo que hace, multiplica ella los movimientos por sentir la caricia. Es el primer día, desde que está en Europa, en que el lujo que la rodea le parece bastante : hay menos luz... pero hace tanto, tanto calor. Las demás mujeres que están á la

mesa tienen ya una alegría un poco ruidosa. Anisuya oye las voces como si vinieran de muy lejos y se diluyesen en la atmósfera como un perfume : seguramente no dicen nada, ni le importa. ¡ Qué calor ! el príncipe propone un paseo en barca, puesto que la noche está tibia y serena. Galantemente ofrece el brazo á Anisuya : ésta, imitando el gesto que ve hacer á las otras mujeres, le toma : entonces, él le coge la mano y apasionadamente la aprieta contra su corazón : á Anisuya toda la sangre le da un salto inesperado : allá en su tierra, defendida con reverencia de ídolo contra todo contacto, es la primera vez que una mano de hombre se atreve á llegar á la suya en gesto de intimidad. Primero, es una rebelión súbita de cosa consagrada contra el profanador ; luego, una corriente de dulzura interior que ahoga la protesta apenas nacida ; después, una extraña turbación ; luego, un hipócrita consentimiento. ¡ Usos de Europa !

Las barcas son pequeñas y muchas : saltan á ellas por parejas los invitados ; naturalmente, el príncipe extranjero no ha de ceder á nadie la honrosa compañía de la reina ; el ayudante piensa que es su deber ir también con ella, mas cuando se dispone á saltar á la barca, el príncipe, apoyando el remo en la orilla, aparta violentamente la embarcación, y el ayudante se

queda en tierra; Anisuya no ha reparado en él.

No hay luna : las estrellas centellean bajo el obscuro firmamento. Á las orillas se ven, en los jardines, que llegan hasta el agua, las luces de otros restaurants y de algunos hoteles; se oyen músicas al pasar, y á veces risas. El príncipe rema; la reina va al timón; el agua, al dejarse cortar por la quilla, canta bajito; huele intensamente á primavera.

EL PRÍNCIPE

¿En qué piensa Vuestra Majestad que va tan silenciosa?

ANISUYA

No pienso en nada.

— Es lo mejor.

— ¿Vuestra Alteza cree?

— Más que creer : estoy seguro de ello. El pensamiento no hace más que cortar el hilo de la vida.

— Más bien lo trenza.

— Desconfiemos de los trenzados, que suelen degenerar en laberintos : la vida es una cosa sencilla, tan sencilla como la felicidad, que consiste únicamente en dejarse vivir : yo no sé qué tienen las horas que siempre traen consigo un

perfume agradable : lo malo es que nosotros nos obstinamos en echarlas á perder pidiéndoles casi siempre un perfume distinto al que nos traen. Descontentadizos eternos, basta que en nuestro huerto se esté abriendo una rosa para que se nos antoje imaginar que toda nuestra dicha consistiría precisamente en que abriese un clavel. Triste regalo nos hizo la naturaleza con darnos esta facultad de complicar las cosas con la apreciación que hacemos de ellas.

— ¿Por qué me dice Vuestra Alteza eso?

— Porque Vuestra Majestad está pensativa, melancólica, como si echase de menos algo.

— No es que eche de menos : es que vine á buscar á esta tierra algo que no encuentro.

— ¿No lo dije? Y por eso Vuestra Majestad, fijos los ojos en lo que busca, no se digna mirar á lo que encuentra al paso. Y es casi un sacrilegio : porque hoy está la noche tibia, fragante, galante, propicia á los sueños, porque el río es como senda de cuento, porque dentro de esta barca va el corazón mecido en vaivén de cuna, porque del agua sube una leve canción, porque hay ojos que nos están mirando.

— ¿Dónde? ¿Cuáles?

— Á mí los vuestros, y á Vuestra Majestad los míos. Verdad es que la mirada no es igual, porque los vuestros miran con indiferencia y

los míos con admiración, con algo más que admiración. ¿Anisuya, allá en vuestro país, mejor en los reinos de vuestro espíritu, está permitido tener amor á los que os miran, y deciros el amor que sienten?

— No lo sé : nadie me habló de amor... de este amor, desde que nació.

— ¿Y vuestros oídos no estaban esperando que alguien les hablase?

— No se espera lo que no se conoce.

— Sois cruel. ¿Por qué no queréis entrar conmigo al encanto de esta noche plácida? ¿Acaso no me creéis digno de servirlos de acompañante?

— No es eso. Pero, ¿de qué nos serviría entrar en el encanto, como dice Vuestra Alteza? Si es encanto, y si es de la noche, con la noche se ha de disipar.

— Y aunque así fuese, le habríamos gozado.

— Pero tendríamos la tristeza de recordarle.

— ¡Tristeza un buen recuerdo ! Vuestra Majestad decididamente es enemiga de sí misma. ¿Tristeza recordar lo que nos hizo sonreír? No, sino agradecimiento sin límites é inagotable dulzura : cuando nos falta el goce actual, no hay como los panales del recuerdo. Créame vuestro escepticismo : tejamos recuerdos con horas gratas para encender las horas de desierto que han de llegarnos inevitablemente.

— Eso es lo único que á mí me asusta : el desierto, la soledad, y el pensar que es irremediable, porque Vuestra Alteza lo ha dicho, ¿de qué sirve que nos florezcan rosas cuando quisiéramos claveles? Toda la compañía del mundo no puede quitarnos la soledad de aquella que anhelamos.

— Bien se ve que Vuestra Majestad dejó en su país el compañero de destino que soñara.

— No por cierto : es que aún no ha salido del sueño, y le estoy esperando.

— ¿Sabe Vuestra Majestad que eso que acaba de decir es una crueldad insigne?

Anisuya se ríe para ocultar un poco de turbación : el príncipe es amable, y entre los ojos de ella y los de él bailan chispas que, en verdad, no se sabe si están en la mirada de él ó en la de ella. Sí que sería grato abandonarse á la sensación de caliente ternura que la noche enciende en el pecho; pero acaso es la noche, acaso es el río, acaso es la caricia de las plumas sobre los hombros... ¡ no, no, no !

El príncipe le bebe con los ojos los pensamientos.

— ¡ Anisuya, una hora, un instante siquiera, una palabra buena ! ¡ Que no nos separemos sin habernos dado mutuamente una limosna de emoción ! ¿Quiere Vuestra Alteza que dejemos

fórmulas vanas? De Majestad á Alteza no va gran cosa : llamémonos sencillamente de tú, y por nuestros nombres. ¿No somos casi hermanos en la jerarquía de la autoridad soberana? Seamos casi amantes un segundo : déjame la mano un instante para que crea yo que se me ha abierto el cielo, y baja tú del cielo donde se te encastilla el corazón, para vivir conmigo, no me atrevo á decir para soñar, puesto que tu sueño es enemigo de la maravillosa realidad de esta noche. ¡ Olvídala después, si crees que el recuerdo es cosa triste como aseguran algunos poetas que no han merecido tener alegrías que recordar ! ¡ Oh, quién sabe : puede que después de haber soñado á un tiempo, ni tú ni yo podamos ya olvidar esta hora, y entonces, ¿ dónde estaría el mal? ¿ Habrá algo mejor que no poder pararse á recordar porque el deseo, siempre renaciente, no deje espacio para el recuerdo? ¡ Responde, habla !

— Y si uno de los dos olvida...

— ¡ Cómo has dicho eso ! No tengas miedo : vamos á hacer un pacto con el Destino : á nosotros nos ha de atender, porque los dioses siempre fueron amigos de los reyes : unos por otros han vivido siempre. Vamos á pedirle que si uno de los dos se olvida de esta hora, el que recuerde eternamente sea yo. Ya ves si me obligo : á

sufrir, según tú aseguras, por toda una eternidad, con el recuerdo de un instante feliz á tu lado : para mí el recuerdo, para mí la constancia, para mí la tristeza si es que existe : quiéreme tú un instante y olvida después, olvida deprisa, olvida para siempre : yo siempre tendré que agradeceros á ti y al Destino la dulzura de poder recordar que hubo un momento en que me miraste... mírame, Anisuya, mírame, con esos ojos de reina, de niña, de mujer, de milagro, con esos ojos tuyos, que es decirlo todo...

— ¡ Ay de mí !

— ¡ Ay de nosotros ! No tengas miedo, no suspires... es decir, sí, suspira, si con el suspirar quieres decir que somos felices... ¿ Angustia ? No : eso no es más que promesa, promesa y deseo. ¡ Ay, manos morenas, chiquitas, sabrosas ! ¿ Sabes que te has traído en ellas toda la fragancia de tu reino ? ¡ Cómo deben ser las noches de tu tierra : más serenas que éstas, mucho más, y el cielo de terciopelo azul... ! En mi tierra son casi blancas, y á veces hace mucho frío, pero no importa, aunque á ti te dé miedo el frío, porque has de aprender, ¡ vida mía ! que de las cosas que dan mucho miedo saca el amor su más intensa dicha. ¿ Tú le tienes mucho miedo al frío ? Mejor, mucho mejor, porque cuando tengas mucho, mucho miedo, dejará

de ser reina, y serás lo que eres, una chiquilla mimosa, suave, pequeña, y sólo con tenerle, pedirás amparo, ¿y á quién lo has de pedir, y quién ha de saber que estás pidiéndolo, aunque no hagas sino sentirlo, sino quien esté á tu lado, cerca, cerca, como yo ahora sobre tu corazón.. sobre tu corazón, que es como un pájaro asustado... y que es mío...?

VI

Exposición Universal, Feria del Mundo, que dice Norte América. Día de inauguración. — El comercio disfrazado de festejo y la rapacidad de progreso. — Naves de hierro y de cristal, arquitecturas de cartón-piedra, monumentos históricos de mentirijillas. Barracas con pretensiones de cosa duradera y hospitalaria, y sobre las naves y las piedras fingidas y las barracas y los monumentos, las banderas de todos los colores que dicen que quieren decir patriotismo; sencillamente, y por esta vez competencia. Hay nación que presume en esta feria de haber llegado á la perfección suma en el arte noble de suprimir al prójimo con mayor rapidez. ¡Cómo relucen los bruñidos cañones!

Verdad es que también está aún oliendo á fresco el barniz que recubre las flamantes instalaciones de ambulancias : el pensamiento lógico no puede menos de meditar que, suprimidos

los primeros son completamente inútiles las segundas. ¿Pero qué sería de la civilización si no fueran adelantando las artes de hacer daño para que progresasen las de remediarlo? Siempre habrá que inventar un dolor nuevo para dar al alma esencialmente compasiva del hombre ocasión de una caridad nueva también. Pues qué, ¿habían de quedarse inéditos los tesoros de benevolencia que todavía duermen dentro de nuestros corazones? ¡No, humanos, no: abramos heridas para que los ojos las puedan llorar y las manos vendarlas con el más antiséptico de los algodones; porque de lo contrario, ¿para qué serviría la antisepsia? Esta es ley del progreso, que á su vez, como todos sabemos, es ley de la Historia...

El cortejo oficial va recorriendo las instalaciones. Anisuya, invitada — el paternal gobierno europeo ha pensado que la visita á la Exposición monstruo puede ser para ella buena lección de cosas, — mira y calla. — El ayudante piensa que aquellos ojos de terciopelo, á fuerza de ser maravillosos en sí mismos, han perdido el don de maravillarse. De hecho nunca se dió en reina de por estas tierras porte de más perfecta majestad. Desde que va vestida á usanza de Europa, como que hubiese perdido parte de aquella elasticidad medio de niña, medio de

gata. Sólo en la boca le quedan á instantes gestos pueriles, y en las manos cierto impulso mimoso también de niña que quiere aprender formas acariciando... ó destruyendo.

Pasadas y vistas las instalaciones de comercio, industria, artes y ciencias, llega el cortejo á la que puede llamarse « parte recreativa » de la exposición : es una pradera artificial, que, además, tiene la pretensión bucólica de representar una selva del trópico : para lo cual, la fantasía de un jardinero paisajista, ha puesto á contribución centenares de palmeras enanas, traídas directamente de las estufas belgas. Entre las palmeras hay extrañas barracas, que quieren también representar campamentos guerreros — fantasías de Capitán Mayne-Reid, — y que en realidad son cafés, cervecerías y teatrillos. En la más exótica de las tales barracas, hay un *lunch* para el elemento oficial : terminado el cual, en el fondo del bar se alza una cortina. Anisuya casi da un grito. En el escenario, porque la cortina ocultaba un escenario, bajo un toldo de vivos colores, que figura una tienda de campaña, aparecen gentes morenas como ella, con ojos negros como los suyos, con cabellos, también como ella, de un negro azul. Y van vestidas á modo que remotamente recuerda las vestiduras de ella, y de sus sacerdotes y de sus

ministros, cuando en la selva sagrada íbase á consultar la voluntad de los inmortales, hablando por la voz de las aguas y del fuego... Sí, son gentes, como las gentes de su reino, de otro país, pero de la misma raza : Anisuya, que es sabia en genealogías, conoce á aquellas gentes, aunque no las ha visto nunca. ¡ ya lo creo ! Hijas del sol, como ella, llevan en lo profundo del mirar la lumbre de los cielos que tantos años han sonreído sobre su cabeza... ¿Qué han venido á hacer á esta tierra gris?

Suena una extraña música, cuyo ritmo, para ella sola familiar, le hace saltar el corazón : y aquellas gentes que parecen guerreros y sacerdotes, comienzan una lenta pantomima, que á los europeos hace sonreír con misericordia. El espíritu de Anisuya se recoge casi devotamente : es una ceremonia religiosa, una imploración, el clamor de un pueblo á sus dioses para que le amparen en una guerra santa. Anisuya sigue los movimientos, escucha las palabras que á medias comprende y á medias adivina : es una lengua hermana de la suya, y se pregunta : ¿Por qué esta ceremonia? ¿Por qué esta invocación? ¡ Insensatos ! ¿Pensáis que han de oiros los dioses en medio de esta gente incrédula y desconocida para ellos? Los dioses oyen cuando se les habla de boca á boca dentro de la selva que es su

corazón, no á la sombra de estas palmas raquí-
ticas, bajo el azul pintado de estos cielos de
tela.

Terminada la pantomima guerrera, hay un
cambio de luz en la decoración : quiere ser de
noche : las bengalas dan un lívido azul osci-
lante : el coro de ministros y sacerdotes desapa-
rece : entra en escena una bellísima mujer :
Anisuya casi se reconoce en ella. ¿Es también
una reina? De hecho es una sacerdotisa... sí...
esa túnica, ese tocado... y luego esas genu-
flexiones, ese levantar los brazos al cielo, esa su-
prema invocación del gesto, esa inmovilidad,
esperando á que suene dentro del pecho la voz
imperiosa de los inmortales... Ahora se re-
tuerce, poseída del espíritu profético, ahora
clama por silencio y reposo. Que callen las
voces divinas, porque el cuerpo de la sacerdo-
tisa, al cabo, es un puñado de tierra y un ma-
nojo de heno y ha de deshacerse y consumirse
si el fuego de la inspiración inmortal no cede
en violencia... ; y no cede ! La mujer se agita
presa de incomparable angustia... enamorada...
iluminada, ¿quién sabe? Todo es uno, y el amor
ó la iluminación — amor de dioses — es tan
vio'ento, que al cabo cae en tierra, como ella,
Anisuya, la última noche de su selva, cuando el
aire, y las flores, y el agua y el sonar de las fron

das se hicieron veneno para guardarla... ¿Dónde estamos, mi alma, dónde estamos?

Suenan estrepitosos aplausos : la escena se inunda de cruda luz : la desmayada sacerdotisa se levanta y graciosamente, llevándose las manos al pecho, saluda al respetable público ; caen flores á las tablas... ¡ Es un espectáculo !

¡ Un espectáculo ! Y de tal modo queda complacido el respetable público, y tales son sus aplausos á la danzante ¡ que á danza profana han tomado estas gentes de Europa la religiosa ordenación de movimientos ! — que ella salta del tabladillo y viene á mezclarse con la concurrencia para recoger en toda intimidad las muestras de aprobación. Trae en la mano una escudilla, y van cayendo en ella monedas de oro, que la concurrencia es selecta y rumbosa. ¡ Un espectáculo ! Anisuya indignada sale al paso á la sacerdotisa : se hace un gran silencio. Tal furor se pinta en el airado rostro de la reina, que la danzante, al mirarla acercarse, deja caer la escudilla : rapaz, quiere bajarse á recoger las monedas, pero Anisuya, cogiéndola del brazo, la detiene :

— Mujer ó monstruo — dice, mordiendo las palabras llena de ira, — ¿quién te ha enseñado el secreto de esas invocaciones, y quién te ha dicho que la lengua en que se habla con los dio-

ses puede venderse por dinero para divertir á las gentes que no creen en ellos? ¿Dónde naciste, de qué entrañas de madre saliste al mundo, desdichada, y quién te ha traído á vender por un puñado de oro la gracia de tu cuerpo que es la lengua con que hablas á los inmortales? ¿Quién te aconsejó para que profanases tu alma y tu carne? Yo te maldigo, yo que, como tú, sé cómo hay que mirar al cielo para que el cielo responda á la apasionada pregunta del corazón; yo que soy como tú sacerdotisa, y más que tú, reina de un pueblo libre. ¿No ves que por dinero estás vendiendo al tuyo, porque, ¿cómo han de protegerte los dioses á quienes tienes misión de implorar por él y para él, si has echado á los perros la amistad que con ellos tenías? Ya no es tu invocación más que un gesto vacío; ya no es tu movimiento más que un pájaro mudo; ya el agua sobre la cual te inclines se enturbiará por no reflejar la infamia de tu rostro. ¡Vuelve á tu tierra, si es que ya no olvidaste el camino, desdichada, y purifica tu cuerpo vendido y tu alma negra! Y vosotros, ¿sabéis qué estáis haciendo al pagar con dinero lo que ha de ser amistad inefable y gracia gratuita entre el cielo y la tierra? ¡Mirando con curiosidad mundana y acaso con codicia de carne lo que sólo á los dioses va encaminado y por ellos se mueve, y en su

espíritu clama, y se agita, y sufre y desfallece !
¡ Salid todos, salid, dejadme á solas con esta
mujer, que he de acabar con ella !

La danzante grita despavorida : las uñas de Anisuya se clavan en su brazo como garras : la reina es como pantera pronta á devorar : blancos y agudos, los dientes se destacan de entre la carne roja de los labios : de los ojos parece caer fuego derretido sobre la piel morena, casi azul de pálida de las mejillas. La danzante cae á sus pies, gritando por misericordia : toda la concurrencia está muda y ha formado corro, vacilando entre la curiosidad y el espanto. Anisuya, asombrada del súbito silencio, mira en derredor : acaso sorprende una sonrisa en alguna boca, y comprende que ella también está sirviendo de espectáculo á la multitud necia é incomprendiva, porque, calmándose de pronto, se aparta con violencia de la danzante, que al perder su apoyo cae del todo al suelo, y sale fieramente sin aguardar á nadie y sin pronunciar más palabra : el príncipe extranjero, su amador de la barca, aplaude á su salida sonriendo, y grita : ¡ Brava, bravísima ! ¿ Se ha visto nunca indignación más maravillosamente expresada ? ¡ Aplaudamos, señores !

El ayudante, sin pronunciar palabra, sale á toda prisa detrás de la reina. Algunos de los con-

currentes acuden á levantar á la danzante : no es menester, que ya parece haber recobrado la serenidad, y anda arrastrándose entre las patas de mesas y sillas para recobrar las monedas que se le cayeran de la escudilla.

VII

Es de noche : Anisuya, desvelada de amor, no puede estarse quieta. Además, parécete que falta aire en la habitación. Siente una extraña angustia, con deseos de echarse al suelo, de gritar, de llorar, ¿por qué, por qué? El amor no está lejos : aun no hace muchas horas, en una fiesta, en un baile de corte, al separarse de ella le ha dicho una vez más las palabras inefables é inolvidables ; aún siente en la mano el calor de los labios que en la despedida oficial y correcta, delante de gente, ha sido emisario secreto de la hoguera interior. Anisuya ya no echa de menos su reino ni su selva. Apenas es reina ni sacerdotisa : palabras todo y todo sin sentido : la única verdad de la vida, quererse y dejarse querer. Él estará también pensado en ella : le ha dicho que las más de las noches, ya que los respetos sociales no le permiten verla de cerca — Anisuya vive guar-

dada por sus guerreros, voluntariamente guardada, pero esclava al fin, como toda reina — suele rondar por los jardines que hay bajo sus ventanas. ¿Será verdad? ¡ Si una sola vez le viera guardándola también, lejos de su persona y cerca de su sueño, velando por ella... Toda su gente debe estar dormida : puesto que la noche está tibia y obscura, ¡ si bajara al jardín ! ¡ Si le viera, sin que él pudiese adivinar que había venido á mirarle ! ¡ Una reina !... ¡ Qué importa !... ¡ Y si me le encuentro !... ¡ Todo será decir que nunca creí que viniera !... ¡ Mentira de amor, que él no creerá, pero que sin duda fingirá que cree ! ¡ Y si no está !... Aunque no esté esta noche, bien puede ser que haya venido otras, cuando yo no lo quise creer...

Cautelosamente, abre las puertas-ventanas del salón, sale al cierre de cristales, y se dispone á bajar al jardín : el corazón la quiere ahogar á latidos. ¿Estará y hacia dónde? La noche que dentro de las habitaciones pareciera tan tibia, al aire libre una frescura húmeda : Anisuya tiembla un poco y se queda inmóvil en la escalinata de mármol, apoyada en una de las columnas que sostienen la marquesina, con las manos muy apretadas al pecho para calmar las desatinadas palpitaciones...

¿Qué es eso? ¿Quién anda? Parece que se ha

oído un suspiro... ahora una palabra... sí, bajo la glorieta, ¡ es su voz, es su voz ! ¡ Pero hay otra que responde á la suya... voz de mujer !

Anisuya violentamente vuelve el interruptor de la luz y se enciende el deslustrado globo de la marquesina. ¡ Allí está el príncipe, su príncipe, su amor, hablando de amor, como tantas veces á ella le hablara, aunque con un poco menos de respeto, y en brazos de una de sus siervas. Anisuya da un espantoso grito : acude su escolta : el príncipe y la sierva se alzan despavoridos : — ¡ Matad á ese hombre ! — ruge la reina. — ¡ Matadle, esclavos, que sólo por mano de esclavos debe morir : matadle, me ha insultado, me ha engañado, ha hecho escarnio de mí ! ¡ Matadle, cobardes ! ¿ No os atrevéis, perros ? ¿ Ya se os entró en la sangre la ponzoña de la sangre de Europa ? ¡ Matadle, digo !

Los guerreros de Anisuya están mudos de espanto, pero no se mueven : es un príncipe, están en tierra extraña. La reina se retuerce las manos desatinadamente. Luego se deja caer sollozando sobre los escalones, y muerde la piedra : -- ¡ No hay quien le mate, no hay quien me vengue !

¡ Sí ! Alguien sale de entre las sombras : alguien que no habla : habla por él la hoja de un puñal que relampaguea un instante, y al

siguiente se ha hundido en el mismo corazón del príncipe : es el ayudante, que aunque nunca lo ha dicho, pasea los jardines de la reina, porque tampoco el amor le deja dormir...

La sierva da un grito : al oirlo, Anisuya se levanta : el traidor está muerto á sus pies. Sus ojos van á buscar al vengador, que la está mirando

— Tú, tú fuiste, ¿dónde estabas? No importa. Mañana mismo salgo para siempre de aquí : ¡ ven conmigo y serás en mi tierra primer ministro !

— No, amor mío — dice el matador, — no iré á tu reino, porque en el mío me fusilarán dentro de unas horas, pero muero contento porque, ¿de qué me sirve la vida si tú no quieres darte cuenta de que es solo tuya?

VIII

En la selva sagrada. Amanece. Armoniosa y melodiosamente van despertando con el día arroyos, fuentes, frondas, pájaros y fieras. Hay una gran paz clara y optimista : todo misterio parece haberse desvanecido en la rosada luz matutina. Ó los dioses no existen, ó se han hecho una sola substancia con la tierra, y, como la tierra, no tienen para el hombre sino complicidad misericordiosa. La mañana dice al alma : Eres libre é irresponsable, y todos tus deberes están en el deber único de la vida : respira intensamente este aire limpio que te damos en gracia, y alégrate de haber nacido : no oigas al corazón que siempre te atormenta, ó más bien que todo tu cuerpo sea corazón, y que la palpitación sea el ritmo universal de la tierra, matinal, glorioso, despreocupado : ama si quieres, déjate amar, y salta de gozo como recién nacido : no hay problemas, no hay dudas, no hay profundidad

inquietadora ni en el mundo ni en el alma. Ya lo ves : la luz mañanera penetra las frondas ; el verde de las hojas se hace transparente, casi luminoso ; el sol atraviesa el agua de las fuentes y baja hasta el lecho mismo de los arroyos, dorando la arena y las guijas : ¡ no hay misterio, no hay misterio, no hay misterio ! La naturaleza entera canta con voz pueril : sé tú también, alma, como niña ó como cordera. Todo es jugoso, sabroso y amable : todo se regocija mansamente : regocíjate tú como arroyo al sol, y canta como pájaro que acaba de despertar. ¡ Canta, porque como el pájaro, y como la fuente, y como la tierra que es tu madre y tu cuna, naces cada mañana á vida nueva, y debes agradecer en gozo la promesa que te trae cada nuevo día... Ayer, cuando cerraste los ojos, estaba sobre ti la pesadumbre del día vivido, del corazón cansado, de la desesperada esperanza que puso tristeza y ardor en tus ojos, á fuerza de mirar al camino con sol por donde había de venir lo esperado, lo siempre esperado ; y porque no llegó, te arrojaste al sueño como á una sepultura, y los párpados al cerrarse te parecieron plomo derretido. Ahora á la esperanza le han brotado flores, y las alas del corazón sienten el refrigerio del rocío. ¡ Vamos á esperar sin saber qué esperamos, y que por unas horas, todas las irrespon-

sables horas matutinas, nuestra esperanza sea una realidad ! ; Bendita la hora en que para dar vida al sueño no es menester cerrar los ojos !

Todo esto dice á coro la selva con sus mil voces : este es un salmo que compone para pacificar el agitado corazón de su sacerdotisa ; porque la reina ha regresado al reino, y la selva la ha sentido llegar.

Mas todas las palabras pacificadoras son eficaces cuando los ojos se han cerrado en la noche : entonces, al abrirlos de nuevo en la mañana, puede asomarse el alma á ellos como á ventanas que abren sobre un jardín desconocido. Pero, ¿y si los ojos no se cerraron? Entonces la frescura de la mañana es como el frío precursor de fiebre, y la boca está amarga, y la rosada luz parece lívida, y el perfume del aire, por demasiado fuerte para el cerebro debilitado, causa vértigos y apenas se puede sufrir, y como la esperanza no durmió, no despierta, y el más negro pesimismo es para el corazón desconsolado el pesimismo del amanecer, porque la pena dice : ¡ Un día más de arrastrar el tormento ! La selva puede ser optimista á cada amanecer, porque cada noche descansa y cae sobre ella el rocío del cielo ; y los pájaros no saben sufrir, porque todas las noches les encuentran dormidos, y las fuentes no duermen, dero el agua que va por el cauce es á cada

instante agua nueva y no sabe de penas antiguas...

Anisuya ha vuelto á su reino : le ha parecido el cielo más azul que cuando le dejó, pero ha traído la carne y el espíritu impregnados de niebla. Aquella civilización que fué á buscar no hace felices á las gentes : la ley no tiene nada que ver con la justicia : el amor, que es una maravillosa promesa, no sabe cumplir lo que promete, ó si lo cumple, lo cumple fuera del amado, en otras almas que tanto nos da que nos amen como que nos dejen de amar : hay quien nos hace morir de amor; hay quien de amor se muere por nosotros, pero no hay quien con nosotros muera...

Anisuya ha venido á la selva y medita : — Aquél á quien amé no me amaba, y el que murió por mí no supo hacerse amar... Puede que el sabio que me enseñó la lengua triste estuviese en lo cierto, y que lo único que en la vida valga la pena sea la ilusión del saber. Pero, no, no, ¿qué me importa á mí que todo lo que veo sea una ilusión ó una realidad; que el color no lo sea y esté en la luz; que el sonido no exista, puesto que yo, aunque se produzca, puedo dejar de oírle si tengo el alma ausente? ¿Que la estrella, pequeña como el diamante que llevo en el dedo, sea mucho

más grande que el sol, que al levantarse parece inundar de materia inflamada la tierra y el cielo; que ese rayo de luz que me manda aquella otra estrella tan roja no sea el mismo que ahora está brillando en la estrella misma, y que hayan transcurrido años y años antes de venir á buscarme; que el agua del mar no sea siempre el agua del mar, sino que, inquieta, ahora esté en las nubes, y luego en lo profundo de la tierra, y más tarde en la sangre misma que sale de mi corazón? Todo esto será verdad, pero, ¿á mí qué me importa? ¿Pueden acaso todas las verdades del universo juntas calmar el ansia de este cuerpo ó de este alma, que ya no sé dónde empieza ni acaba la carne ó el espíritu, ó hacerme sonreír ahora que me estoy muriendo de pena? ¡Verdades, verdades! ¡Que tengo alma, que no la tengo, que es mía, que no lo es, que es libre como el viento, y responsable, que siendo libre ha de dar cuenta de su voluntad á la voluntad de los dioses, que no hay dioses; que yo soy como el árbol y que con florecer en belleza cumplo mi destino; que el sacrificio es única ley del alma noble; que la vida en plena expansión de voluntad, en plena afirmación de dominio es única legisladora del alma fuerte! No me importa, no me importa: todo es igual, todo es inútil, todo es nada: la única verdad es que

sufro, que sufro desatinadamente, y que no quisiera sufrir... Pero si no sufriera es que habría olvidado los únicos momentos de mi vida que han valido la pena de vivirla, y tampoco los quiero olvidar, ¡ eso menos que nada ! ¡ Bendito puñal, bendita llaga, bendito el gusano que me roe la carne ! No puedo, no puedo con la inquietud... Me arden las manos, y cuando las junto para clamar al cielo, hallo que se enfriaron de golpe, y que tengo los dedos de hielo ; y los ojos me arden como si me hubiese pasado la vida llorando, ¡ y no puedo llorar !... Y mi tormento, el mayor, el más negro, es no haber agotado la felicidad cuando la creía tan cierta ; no haberme hundido de una vez para siempre en el goce de aquel bendito amor, que era mentira. ¡ No era mentira, puesto que yo creía en él ! ¡ Ha muerto... ha muerto... ! ¡ bien muerto está, puesto que mi voluntad le mató ! Pero, ¡ ay de mí ! que me he quedado sola... También el otro ha muerto ¡ bien muerto está también ! Matóle la ley de su tierra... no, no, también le ha muerto mi voluntad, también murió á mis manos... manos de reina con derecho á todos los castigos... no, manos de mujer, con derecho á todas las venganzas ; pero, ¡ ay de mí ! que después de haberme vengado, el corazón no descansa tampoco, y quisiera no haberme podido vengar...

Aquí estoy : triste, herida, despedazada la carne en todas las zarzas del camino. ¡ Aquí me tenéis, dioses, acordaos de que soy vuestra hija ! Aquí me tienes, selva, acuérdate de que nací en tu seno ; defiéndeme como otras veces, y háblame, habládme, decidme la verdad, pronunciad la palabra que aquieta, profetizadme mi destino. ¿ Acaso es la esperanza de volver á encontrar en ese más allá donde habitáis vosotros, inmortales, lo que la muerte me hizo perder ? Decidme, dioses míos, dime, tú, selva, cuya lengua aprendí desde niña, ¿ hay más allá ? Y en ese más allá ¿ existe la conciencia de las horas que aquí hemos vivido ? Y el dolor que sufrimos aquí abajo ¿ es garantía de que habrá un tiempo para ser felices... pero felices nosotros mismos, en nuestra carne propia, en nuestro corazón, y teniendo cerca los ojos muy amados, la boca que nos supo decir las palabras divinas, la que no supimos besar lo bastante para que jamás se pudiera apartar de la nuestra ? Dioses, ¿ está el amor más allá de la muerte ? Ó pasado este río de la vida, ¿ nos hemos de olvidar para siempre de á qué saben las aguas que un día tan breve nos apagaron la sed ? ¡ Selva, selva mía, habla á tu hija por el amor que siempre le tuviste ; vientos, suspirad vuestro oráculo ! ¡ Aguas, escribid en el cauce vuestra sentencia, inspirarme fragan-

120



cias para que sepa interpretar las voces...!

Así clama Anisuya, en la clara mañana, desolada como en la más negra de las noches. Así clama, y la selva no quiere responder... Acaso responde, pero ya ella no sabe comprender la voz : la sacerdotisa ha olvidado el culto : la hija perdió el camino del pecho de la madre : las fuentes están secas, la selva muda. Anisuya sigue clamando : la selva ruge, pero no responde : el viento se levanta y la tormenta arrecia en el corazón desconsolado. Anisuya tiene la obsesión del puñal... sí, es un puñal el que tiene clavado en el pecho, y una mano implacable se complace en removerle dentro de la herida. ¡ Un puñal ! Anisuya ha leído en los libros de Europa : « ¡ Cuando él mismo puede hacer su quietud con un alfiler desnudo ! »... Las palabras del príncipe de Dinamarca le atraviesan el cráneo de oído á oído. ¡ Con un alfiler... ! ¿ por qué no ? Aquí está la aguja que sujeta el azabache de sus cabellos : aquí está el corazón... ni sangre, ni lágrimas... la muerte silenciosa, y la quietud después... ¿ La quietud ? La selva lo sabrá, pero está muda.

[No quiere descubrir el secreto.

Ello es que la reina, con la aguja clavada en el pecho, dormida para siempre al amparo de su selva, **sonríe.**

ÉGLOGA

PERSONAJES

- CLARA (19 años).
DOÑA MARIANITA (58 ídem).
DOÑA LUISA (50 ídem).
PEPA (20 ídem).
CAMILA (50 ídem).
ANDREA (30 ídem).
CARMEN (19 ídem).
AURORA (17 ídem).
JUANITA (18 ídem).
ROSA.
DON EMILIO (50 años).
PABLO (24 ídem).
SEBASTIÁN (55 ídem).
JENARO (27 ídem).
EL MATADOR (30 ídem).
EL PREDICADOR (40 ídem).
EL MOZO DE ESTOQUES (25 ídem).
EL SACRISTÁN (30 ídem).
UN NIÑO (10 ídem).

ÉGLOGA

ACTO PRIMERO

La escena representa un huerto en un pueblo de Castilla. — Á la derecha la casa con puerta, ventanas, corredor y escalera. — Emparrado que forma un cobertizo por toda la fachada. — Enredaderas por las ventanas. — Bajo el emparrado, sillones de mimbre. — Pozo á la izquierda con polea y cubas. — Al fondo tapia de cerca con pedazos de vidrio en lo alto. — Un portón en la tapia que da á la calle, y que tiene el postigo abierto. Es verano y poco más de media tarde.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MARIANITA, CAMILA y PEPA

(Pepa está metiendo una jarra en la cuba del pozo y bajándola despacito. — Camila recogiendo ropa que estaba tendida en una cuerda. — Doña Marianita entra de la calle, doblando la mantilla.)

DOÑA MARIANITA, *entrando y dejándose caer en un sillón.*

¡Ay, Señor, qué pena! *(Se abanica.)* ¿Qué estás haciendo, Pepa?]

PEPA

Poner á refrescar la limonada, porque cuando vuelvan los de la caza van á traer una sed que ya, ya...

CAMILA

En media hora se me ha secado la ropa. ¡Vaya una tardecita de bochorno. ¡Si no vuelven con una insolación!...

DOÑA MARIANITA

Eso es lo que yo les he dicho esta mañana,

pero ese niño tiene una cabeza... (*Á Pepa que se ha echado á reir.*) ¿De qué te ríes?

PEPA

¡Ja, ja! De nada, señora. ¡Ay, el niño! ¡Ja, ja, ja!

DOÑA MARIANITA

¿De qué te ríes? (*Con enfado.*)

PEPA

De que estoy pensando que si se me suelta la cuerda, se queda... el niño sin limonada. ¡Angelito! ¡Ja, ja, ja!

(*Dentro se oye cantar á Rosa.*)

ROSA

Anoche fuí á Capuchinos,
á rezarle al Cristo un credo.
Por decir : ¡Creo en Dios Padre!
dije : ¡Creo en el que quiero!

DOÑA MARIANITA

¡Rosa!

ROSA

¡Señora!

DOÑA MARIANITA

¿Qué haces?

ROSA

Coser y cantar.

DOÑA MARIANITA

¡Ay, Señor, qué pena!

PEPA

Pero, señora ¿por qué suspira usted? ¿Se le ha muerto á usted alguien de la familia?

DOÑA MARIANITA

¡Ay, Pepa! Á todas las horas del día se está muriendo alguien en el mundo.

PEPA

Pues ¡eche usted suspiros, si va usted á suspirar por todos! ¡Alegría por todo el cuerpo!
¡Para lo que va una á vivir en el mundo!

DOÑA MARIANITA

¡Tú estás loca!... Y ya te he dicho setenta veces, que no me gusta verte tan despechugada.
¡Súbete ese cuello, y bájate esas mangas!

PEPA

¡ Ay, señora, si hace un calor !

DOÑA MARIANITA

¡ Que te subas el cuello, te digo ! Y si no te conviene, te marchas. ¡ Habráse visto ! Esta es una casa decente, seria...

PEPA

Ya, ya...

DOÑA MARIANITA

¿ Qué estás diciendo ahí ?

PEPA

Yo no digo nada.

DOÑA MARIANITA

Lo diré yo.

PEPA

Lo dice quien lo dice... y motivos tendrán para decirlo... digo yo...

DOÑA MARIANITA

¡ Ay, Señor ! Este niño me va á quitar la vida !

ROSA, *dentro.*

Cuando yo esté en la agonía
 siéntate á mi cabecera,
 fija tu vista en la mía,
 y puede que no me muera !

DOÑA MARIANITA

¡ Rosa !

ROSA

¡ Señora !

DOÑA MARIANITA

¡ No cantes, hija, que me pones nerviosa !

ROSA

¡ Ay, señora !

DOÑA MARIANITA

¡ Ay, Señor, qué pena ! (*Se levanta y entra en la casa.*)

ESCENA II

PEPA y CAMILA

PEPA

Dice que el niño le va á quitar la vida... Pues ya se podía haber muerto hace rato, porque con los años que lleva el pobrecito haciendo de las suyas... Le digo á usted que hay hombres...

CAMILA

¡ Sí, sí, el mejor, para tapadera de un horno !

PEPA

Por supuesto, que la culpa la tienen las mujeres... es lo que yo digo. Lo que es á mí ya podía venirme con pamplinas. Y que me lo decía todo el mundo : — No entres á servir en casa de doña Marianita, porque el don Emilio... Y aquí me tiene usted. Una semana llevo y como si llevara un siglo. Es lo que yo digo...

CAMILA

No digas tanto, que se te va á secar la lengua.

PEPA

¿Es que usted se figura?...

CAMILA

¡Ay, hija, yo no me figuro nada! ¡Allá tú!

PEPA

¿Ha visto usted á la Paca la Rubia?

CAMILA

¿Ha estado aquí?

PEPA

Vino á medio día. Á pedir, como siempre, y con el chico de la mano. ¡ Se necesita poca lacha! Y que dicen que es el vivo retrato del... niño á los seis años.

CAMILA

Eso dicen.

PEPA

Eso usted lo sabrá mejor que nadie.

CAMILA

¿Yo?

PEPA

Naturalmente.

CAMILA

Pues te equivocas.

PEPA

Claro, ya no se acuerda usted..

CAMILA

Ni tengo motivos de acordarme... porque cuando el don Emilio tenía seis años, no había yo nacido ni por lo más remoto.

PEPA

Pues ¿cuántos años tiene usted?

CAMILA

La mitad y otros tantos, ¡ea!

ESCENA III

Dichos y ANDREA que aparece por el portón.

ANDREA

¿Se puede?

PEPA

¡Anda, la otra! Por lo visto hoy es día de jubileo

CAMILA

Adelante.

ANDREA

Buenas tardes, Camila y la compañía.

PEPA

Buenas tardes.

ANDREA

¿Se puede ver á doña Marianita?

CAMILA

¿Qué le trae á usted por aquí?

ANDREA

Calamidades, hija, calamidades, como siempre : que aquel bendito de mi marido está en la cama con los dolores, que el chico está echando los dientes, que á la chica la tengo con el sarampión, que á mí no me sale casa para asistir.

PEPA

¡Sí que son ustedes una familia calamitosa!

CAMILA

Tú, Pepa, avisa á la señora. (*Sale Pepa.*) Me parece que no va usted á sacar mucho, porque hoy ya hemos tenido visita.

ANDREA

¿Ha estado aquí la Paca la Rubia?

CAMILA

La Paca la Rubia, sí señora, y ya sabe usted que el que da primero da dos veces...

ANDREA

Para todo hace falta suerte en este mundo...

CAMILA

Ahí está la señora. (*Sale.*)

ESCENA IV

ANDREA y DOÑA MARIANITA

ANDREA

¡Ay, doña Marianita de mi alma!

DOÑA MARIANITA

¡Válgame Dios, mujer! ¿Otra vez aquí?

ANDREA

¡Si hace ya más de un mes que no vengo, doña Marianita!

DOÑA MARIANITA

Bueno, bueno, ¿qué quieres?

ANDREA

¡Ay, doña Marianita, no se ponga usted así!

DOÑA MARIANITA

¿Qué te pasa?

ANDREA

¡Que no sale una de calamidades, doña Marianita! Que aquel bendito de mi marido está en la cama con los dolores, que al chico...

DOÑA MARIANITA

Pues hija, hoy no te puedo dar nada.

ANDREA

Que el chico está echando los dientes.

DOÑA MARIANITA

Lo siento mucho... digo, me alegro tanto, pero...

ANDREA

Que á la chica la tengo con el sarampión...

DOÑA MARIANITA

Hija, todo sea por Dios.

ANDREA

Esto es lo que saca una con ser prudente... Si viniera una como vienen otras, escandalizando, á pedir lo suyo. Pero una es como es, y después que suceden las cosas...

DOÑA MARIANITA

¿ Tengo yo la culpa de que hayan sucedido?

ANDREA

La culpa no la tiene nadie, pero una es la que paga la pena. ¡ Como no viene una á escandalizar !

DOÑA MARIANITA

Hija, no sé qué más escándalo quieres.

ANDREA

¡ Es que á mí me oyen, vaya si me oyen !

DOÑA MARIANITA

¡ Bendito sea Dios ! Entra, entra en la cocina, y que te den lo que necesites : caldo, pan, lo que quieras. ¡ Camila !

ANDREA

Si tuviera usted algo de ropa vieja.

DOÑA MARIANITA

Entra, entra. ¡ Camila !

ANDREA

Unos pantalones, para aquel bendito que está...

DOÑA MARIANITA

Ya, ya lo sé. En la cama con los dolores.

ANDREA

Unos zapatos para la chica...

DOÑA MARIANITA

Entra, te digo. ¡ Camila ! Y que tenga yo que

sufrir esto. ¡ Este niño me va á quitar la vida!
¡ Ay Señor, qué pena! (*Entran las dos en la casa.*)

ROSA, *dentro.*

No me mires, que me matas
con ese mirar tan triste,
porque se me representa
el mal pago que me diste.

ESCENA V

*Dichos, DON EMILIO, JENARO y DON
SEBASTIÁN*

(Mientras canta Rosa la copla anterior, entran de la calle don Emilio, don Sebastián y Jenaro. Vienen de caza, con escopetas, morrales, varios perros. Traen sombreros anchos y los pañuelos blancos atados al cuello para atajar el sudor. Hacen bastante ruido al entrar.)

SEBASTIÁN

¡ Les digo á ustedes que de primera!

JENARO

¡No tanto, no tanto!

SEBASTIÁN

¡Que no tanto! Vamos á ver, Emilio. La molinera, ¿es guapa ó no es guapa?

EMILIO

Se deja mirar.

SEBASTIÁN

Le digo á usted que desde que el molino es molino no ha habido molinera como esta... y eso que el tal molino, es molino de historia. ¿Digo bien, Emilio?

EMILIO

Dices bien, Sebastián.

SEBASTIÁN

Es que aquí el señor...

JENARO

Es que aquí el señor es hombre de buen gusto y no se inflama á humo de pajas.

SEBASTIÁN

¡Costalito de paja es la niña, ¿eh, Emilio?

EMILIO

Ya he dicho que se deja mirar.

SEBASTIÁN

Y la hemos mirado, ¿sí ó no?

JENARO

Dale, hombre ¿quiere usted suprimir el plural?

SEBASTIÁN

Hablo por Emilio y por mí. ¿Es cierto ó no es cierto?

EMILIO

Todo hombre que se respeta está obligado á mirar... bueno... digamos á mirar... lo más de cerca posible á toda mujer que se le ponga á tiro.

SEBASTIÁN

Á toda mujer bonita.

EMILIO

Es que si no es bonita, no es mujer.

JENARO

Distingo : hay fealdades muy interesantes.

EMILIO

Eso se lo ha dicho á usted una fea.

SEBASTIÁN

¡Bravo, bravo!

JENARO

Si hubiera por ahí un vasito de algo...

EMILIO

Tiene usted razón. ¡Camila, Camila! (*Sale Pepa, y haciendo muchas monerías, se acerca á don Emilio, que no le hace caso. Don Sebastián lo observa y se disgusta al ver que su amigo no repara en la doméstica.*)

PEPA

¿Manda algo el señorito?

125



EMILIO

Que saquen limonada.

SEBASTIÁN

Nada. ¡Hum! malo. Otro costalito de paja ¿eh?

JENARO

¡ Hermosa bestia! No conocía yo á esta fórmula.

EMILIO

La tenemos en casa hace ocho días.

PEPA, *haciendo monerías para sacar la cuba del pozo.*

¡ Cómo pesa esta maldita cuba!

JENARO

¿Quiere usted que le ayude, prenda?

PEPA, *secamente.*

Gracias.

JENARO

Hace usted mal en despreciar mi auxilio. Usted no sabe la fuerza que puede haber en el

cuerpo flaco de un profesor de Filología comparada.

PEPA

Le advierto á usted que conmigo poquitas bromas.

SEBASTIÁN

¡ Ay, qué cuerpo, qué cuerpo ! ¿ Sabes á quién se parece toda ? Á aquella de Logroño... la del 92. ¿ Te acuerdas ? ¡ Y que no estaba chaladita la niña !

EMILIO

¡ Qué se ha de parecer !

SEBASTIÁN

Te digo que sí, hombre. ¡ Si me acordaré yo ! Ojos negros, boca chiquita... por más que para boca chiquita, aquella de Valencia... la del 87. ¿ Te acuerdas ?

EMILIO

Camila, vasos. (*Saca la jarra del pozo, Camila sale trayendo una bandeja con vasos, y la deja en el poyo de la ventana, retirándose inmediatamente.*)

ROSA, *dentro*.

Si la mar fuera de tinta
y el cielo de papel doble,
no se podría escribir
lo falsos que son los hombres.

JENARO, *mirando á la ventana*.

¡ Tiene usted razón, niña !

EMILIO

¿ Ya está cantando esa chicharra ?

JENARO

No es maleja la voz.

SEBASTIÁN

Para voz, la de aquella de Málaga... ¿ te acuerdas ? la del 94... Aquello eran jipíos... ¡ y que no la volvimos pronto loca !

JENARO

Pero ¿ cuánto le paga usted á este hombre por cacarearle las conquistas ?

SEBASTIÁN

Oiga usted, oiga usted...

PEPA, á don Emilio, repitiendo las monerías, que también esta vez son infructuosas, con gran desesperación, no sólo de la moza, sino de Sebastián.

Fresca como la nieve, señorito.

SEBASTIÁN

¡ Hum ! ¡ Nada... malo !

JENARO

Á ver si se pierde por aquí un vasito.

PEPA

Pues no tiene usted poca prisa. (*Da un vaso á Jenaro.*)

JENARO

Gracias, Lucrecia.

PEPA

Me llamo Pepa.

JENARO

Es lo mismo.

PEPA, *desabrida.*

Es que conmigo...

JENARO

Poquitas bromas. No se enfade usted, niña
Yo no tengo la culpa (*Señalando á don Emilio*)
de que no esté el horno para bollos.

PEPA

¡Bah! (*Da un respingo.*)

JENARO, á don Emilio.

Hombre irresistible, ¿quiere usted hacernos el
favor de darle un abrazo á su doméstica?

PEPA

¡Qué gracioso! (*Rabiosa.*)

JENARO

Sea usted un poco más agradecida. Yo no
puedo hacer más.

PEPA

¡Váyase usted á paseo! (*Entra en la casa.*)

JENARO

¡Está muy bien educadita!

SEBASTIÁN, *á don Emilio, que se ríe.*

Pero, hombre, ¿qué te pasa?

EMILIO

¡ Á mí ! ¿ Por qué ?

SEBASTIÁN

¿ Estás enfermo ?

EMILIO

¡ Yo !

SEBASTIÁN

Mírame bien... no, en la cara no se nota nada.

EMILIO

¿ Pero qué demonios quieres que se me note ?

SEBASTIÁN

Emilio, Emilio, esto no puede seguir así.

EMILIO

No te entiendo.

SEBASTIÁN

¿ Cuántos años tienes ?

EMILIO

Los que quiero tener. Mejor dicho, los que quiera que tenga la mujer que me guste.

SEBASTIÁN

¡ Ahí duele !

EMILIO

¿Dónde?

SEBASTIÁN

Á ti ya no te gustan las mujeres

EMILIO

¡ Sebastián, me insultas !

SEBASTIÁN

¿Qué te siguen gustando las mujeres, dices?

EMILIO

¡ Más que nunca !

SEBASTIÁN

Entonces ¿cómo no le has dicho esta tarde á la molinera : ¡ Buenos ojos tienes !

EMILIO

¡ Ahí verás tú !

SEBASTIÁN

¿Cómo ayer á la puerta del casino no volviste la cara cuando pasó la médica, que está de rechupete?

EMILIO

Cosas de la vida.

SEBASTIÁN

¿Cómo no has reparado en esta niña, más fresca que una raja de sandía, con dos ojos como dos moras?

JENARO

¡ Socorro, socorro !

SEBASTIÁN

No es natural, no es natural, y no es natural... y no paso por ello, ea !

EMILIO

No te enfades, hombre ; dentro de pocos días... puede que mañana, te daré una explicación satisfactoria...

SEBASTIÁN

¿Hay moros en la costa?

EMILIO

Hay moros en la costa.

SEBASTIÁN

¿Bonita?

EMILIO

Como un clavel.

SEBASTIÁN

¿Joven?

EMILIO

Diez y ocho años.

SEBASTIÁN

¡Bravo! ¿Morena? ¿Alta? ¿Rubia? ¿Con ojos negros? ¡Ajajá! (*Se frota las manos con satisfacción.*) Bien, hombre, bien; te devuelvo la fama...

JENARO

¡Si yo tuviera un amigo así, mañana mismo me iba á la Cartuja!

EMILIO

No te alegres mucho, porque todavía ..

SEBASTIÁN

¿No te gusta del todo?

EMILIO

¡ Y un poco más !

SEBASTIÁN

Entonces... tú dirás lo que falta.

EMILIO

Ella es la que tiene que decir.

SEBASTIÁN

¡ Ella ! No faltaría más...

JENARO

Mire usted que las hay muy caprichosas.

SEBASTIÁN

Con éste no hay caprichitos que valgan. ¡ A ver qué más va á pedir ella ! Un hombre guapo, buen mozo, joven...

JENARO

¡ Ejem !

SEBASTIÁN

¡ Joven, sí, señor !

JENARO

Los hay un poco más, mi querido amigo.

SEBASTIÁN

¿Usted, por ejemplo?

JENARO

Si á usted le parece demasiada presunción...

SEBASTIÁN

Los jóvenes de ahora no valen ustedes para nada.

JENARO

Cualquier noche de estas le voy á convidar á usted á una juerguecita...

SEBASTIÁN

No iré.

JENARO

Hará usted muy bien, porque iba usted á

lamentar muchísimo los veinticinco años que me lleva.

SEBASTIÁN

¡ Monsergas ! Para gustarle de veras á una mujer hay que haber cumplido los cuarenta, ¿no es verdad, Emilio?

JENARO

Si ella no ha cumplido los treinta...

EMILIO

Es que si ha cumplido los treinta, cruz y raya.

JENARO

Las hay de treinta y cinco que quitan el sentido.

ESCENA VI

Dichos y DOÑA LUISA

DOÑA LUISA, *desde la puerta.*

¿Se puede entrar?

SEBASTIÁN

¡ Doña Luisa !

JENARO

¡ La boticaria !

EMILIO

¡ Nos hemos lucido ! Adelante, señora.

SEBASTIÁN

Treinta y cinco, hace quince, y con peluca.
¿ Le apetece á usted ?

JENARO

¡ Hombre, la peluca no es lo peor que tiene !

DOÑA LUISA, *con melindre.*

Buenas tardes, señores.

EMILIO

Muy buenas, doña Luisa.

DOÑA LUISA

¡ Ay, doña Luisa ! ¡ Qué respetuoso está el
tiempo !

EMILIO

Siempre, señora, con usted, siempre.

DOÑA LUISA

¿Está usted seguro de que siempre?

EMILIO

Por lo menos, hace ya muchísimos años.

DOÑA LUISA

¡Ay, Emilio!

EMILIO

¡Señora!

JENARO

¿No queda por ahí un poquito de limonada?

(Jenaro y Don Sebastian se dirigen hacia el fondo riéndose.)

EMILIO, *con terror.*

Pero ¿se van ustedes?

SEBASTIÁN

Volvemos, volvemos.

EMILIO

Yo me voy con ustedes. Si quiere usted pasar, mi hermana debe estar ahí dentro.

DOÑA LUISA

¡ Qué ingratos son los hombres !

EMILIO

Digo que si quiere usted pasar... mi hermana...

DOÑA LUISA

Gracias. No tengo prisa.

EMILIO

Yo sí.

DOÑA LUISA

No será tanta. Hágame usted un ratito de compañía. (*Él pasea muy nervioso.*) ¡ Qué hermosa está la parra !

EMILIO

Muy hermosa.

DOÑA LUISA

¿ Se acuerda usted cuantísimas uvas se cogieron aquí hace diez años ?

EMILIO

No, señora.

DOÑA LUISA

¡ Diez años nada más ! ¡ Cómo olvidan los hombres !

EMILIO

¡ Y cómo recuerdan las mujeres !

DOÑA LUISA

¡ Ay, amigo mío ! El recuerdo es el único bien que queda á nuestra edad.

EMILIO

Á la de usted, puede.

DOÑA LUISA

Hace diez años, me llevaba usted cinco.

EMILIO

Pues ahora me lleva usted veinte.

DOÑA LUISA

¡ Ay !

EMILIO

¿ Quiere usted hacerme el favor de no suspirar ?

DOÑA LUISA

¿Por qué?

EMILIO

Porque me pone usted en ridículo.

DOÑA LUISA

No veo la causa.

EMILIO

¿Cuánto tiempo hace que no se mira usted al espejo?

DOÑA LUISA

El corazón no se arruga nunca.

EMILIO

Pero la cara sí.

DOÑA LUISA

¡ Es usted un ser materialista !

EMILIO

Á mucha honra.

DOÑA LUISA

No se puede hablar con usted.

EMILIO

Por mí, no hablemos.

DOÑA LUISA

¡ Y pensar que hace diez veranos esta misma parra !...

EMILIO

Sí, tuvo tantas uvas.

DOÑA LUISA

¡ Tantas !

EMILIO

Pues figúrese usted cómo estarían á estas fechas, si no nos las hubiéramos comido á tiempo !

DOÑA LUISA

Usted no agradece lo bien que le supieron.

EMILIO

Sí, señora, muchísimo ; pero no me las puedo volver á comer.

DOÑA LUISA

Porque están verdes, ¿eh?

EMILIO

¡ Porque no las hay !

DOÑA LUISA

¡ Es usted un insolente !

EMILIO

Y usted una...

DOÑA LUISA

Vieja, ¿verdad?... Una vieja. ¡ Diga usted la palabra !

EMILIO

¡ Señora, no me saque usted de quicio !

DOÑA LUISA

Dígala usted, hombre, dígala usted !

ESCENA VII

Dichos y DOÑA MARIANITA, después ANDREA

DOÑA MARIANITA, *entrando.*

¿Qué pasa? ¿Quién disputa? ¡ Ah ! es usted, Luisa ! Creí que no estabas en casa, niño.

EMILIO

Ya me marchó.

DOÑA LUISA

Por mí no se vaya usted. ¡Qué mal genio va echando este hombre á la vejez!

DOÑA MARIANITA

¿Quiere usted pasar un ratito?

DOÑA LUISA

No, gracias. Me marchó. Venía á verla á usted; pero me encontré á este hombre en el camino...

EMILIO

¡Cosas de la fatalidad!

DOÑA LUISA

...y se nos pasó el tiempo recordando ¡ay! Los años no pasan en balde; ¿verdad, Marianita?

EMILIO

¡Qué han de pasar!

DOÑA MARIANITA

¡ No me hable usted, Luisa, no me hable usted !
¡ Ay, Señor, qué pena !

(Sale Andrea, llevando un puchero, un pan, un lío grande de ropa usada. Al ver á don Emilio, quiere pasar de largo y dice un « ¡ buenas tardes ! » con ganas de que no la oigan.)

DOÑA MARIANITA

Buenas tardes.

EMILIO

Adiós, buena pieza ; ¿ dónde vas tan de prisa ?

DOÑA LUISA

¡ Otra víctima !

EMILIO

Acércate.

ANDREA

Muy buenas tardes, señorito. *(Acercándose y sonriendo con sorna.)*

EMILIO

Bien cargada vas.

ANDREA

Un poco de caldo, señorito, para aquel infeliz de mi marido, que está el pobre...

EMILIO

En la taberna, jugando á las cartas. Ahora mismo acabo de verle. Corre, corre, llévale el caldito, que el tute debilita mucho, y puede que se te desmaye.

ANDREA

¡Qué cosas tiene el señorito !

EMILIO

Eres una esposa modelo.

ANDREA

Se hace lo que se puede, señorito.

DOÑA MARIANITA, *enfadada*.

¿Te vas ó no te vas?

ANDREA

Ya me voy, doña Marianita, y muchísimas gracias por todo.

DOÑA MARIANITA

Anda, anda.

EMILIO

Memorias al enfermo.

ANDREA

Se agradecen.

DOÑA LUISA

, Qué descaro !

DOÑA MARIANITA

¡ Ay, Señor, qué pena !

EMILIO

Hormiguita como esta no la hay en el pueblo.
(*Sale Andrea.*) ¡ Y que está de buen ver !

DOÑA LUISA, *muy escandalizada.*

¡ Emilio !

EMILIO

¡ Señora !

DOÑA LUISA

Hay cosas que no pueden oirse con paciencia.
Hasta la vista ! (*Sale.*)

DOÑA MARIANITA

¡ Ay, Señor, qué pena !

ESCENA VIII

DON EMILIO y DOÑA MARIANITA

EMILIO

¿ Por qué suspira mi señora hermana ?

DOÑA MARIANITA, *muy indignada.*

Porque esto no puede seguir así, niño. Estás siendo el escándalo del pueblo.

EMILIO

No lo creas : ya está acostumbrado.

DOÑA MARIANITA

¡ No te rías, niño !

EMILIO

No me río, Mariana. Riñe, riñeme.

DOÑA MARIANITA

¡ Para el caso que haces !... Esta casa parece un jubileo, el Señor me perdone la comparación. Aquí no hacen más que venir... desgraciadas á pedir... vea usted... lo que dicen que es suyo... caldo, pan, dinero, ropa, zapatos para los chiquillos, que dicen : ¡ Válgame Dios !...

EMILIO

Que dicen que son míos ¿verdad?

DOÑA MARIANITA

¡ Ay, niño, niño !

EMILIO

No te apures, mujer ; la paternidad es un hermoso privilegio.

DOÑA MARIANITA

¡ Es que son muchos, niño !

EMILIO

Siempre se exagera.

DOÑA MARIANITA

Me amargan la vida, te digo que me amargan

la vida. Esta mañana la Paca la Rubia, ahora la otra... piden, escandalizan, hay que darles... nos arruinan, me matan, te digo que me matan. Mira, niño, tienes que corregirte, que entrar en razón. Los pocos años lo disculpan todo; pero tú ya vas estando en edad de comprender ciertas cosas...

EMILIO

¿Me vas á llamar viejo, como la boticaria?

DOÑA MARIANITA

¡ Ay, si todas fueran como la pobre Luisa !

EMILIO

¡ No por Dios !

DOÑA MARIANITA

Siquiera esa no pide.

EMILIO

¡ Pero recuerda !

DOÑA MARIANITA

¡ Ay, Señor, qué pena ! (*Llora desoladamente.*)

EMILIO

Vamos, Marianita. (*Con mucha zalamería.*)

No te aflijas así. Después de todo ¿qué? Que me gustan un poco las mujeres...

DOÑA MARIANITA

¡ Un mucho !

EMILIO

Bueno, concedamos que me gustan... muchísimo. Ya ves tú qué pecado tan raro. ¡ Lo inmoral sería que no me gustasen !

DOÑA MARIANITA

¡ Niño !

EMILIO

Sí, señora. Me gustan, me gustan ; pero ¿ quién tiene la culpa de que me gusten ? ¡ Ellas ! ¡ Es decir, vosotras ! Sí, señora, sí. Acuérdesse usted de sus tiempos... ahí á la vuelta de la esquina, que aún no hace tantos años. ¿ Á cuántos hombres les han quitado el sueño esos ojos negros y esos andares de gran duquesa ? Usted, sí, señora, usted. ¡ Poco orgullosa que iba mi hermanita pisando corazones por esas calles de Dios !...

DOÑA MARIANITA, *sonriendo.*

¡ Qué loco estás !

EMILIO

Que se lo pregunten á mi cuñadito ¿eh?
¡ Hombre feliz !

DOÑA MARIANITA

¡ Poco le duró al pobre la felicidad !

EMILIO

¡ Como que se murió de gusto ! Porque así son ustedes las mujeres. Á matar hombres, ó con hiel ó con miel. Y nosotros, palomos infelices, ¿ qué hemos de hacer, sino ir detrás de ustedes ? Ponedle pleito á la Divina Providencia que os hizo de almíbar y nos dió vocación de moscas ! (*Doña Marianita vuelve á sonreír.*) ¡ Ya se ríe, ya se ríe mi señora doña Marianita ! ¡ Y que no está guapa cuando se pone alegre !... Si el que tuvo y retuvo... No hay que darle vueltas : la mujer para el hombre, y lo demás son pamplinas. ¿ Hacemos las paces ? Un abrazo. (*La abraza.*) ¿ Dónde está tu hija ?

DOÑA MARIANITA

¿ Clara ? Se fué á la era con las amigas. Se muere por trillar, y hoy es último día.

ESCENA IX

Dichos, DON SEBASTIÁN y JENARO

SEBASTIÁN, *asomando con precaución*.

¿Se marchó? Mi señora doña Marianita.

JENARO

Á los pies de usted.

SEBASTIÁN

¿Cómo está usted?

DOÑA MARIANITA

Como siempre : peleando con este niño.

EMILIO

No haga usted caso. Celitos de hermana mimosa.

SEBASTIÁN, *conciliador*.

Vamos, doña Marianita...

DOÑA MARIANITA

Quite usted de ahí. Usted es quien me le echa

á perder. ¡ A sus años de usted ! Parece mentira.

JENARO

Tiene usted razón, señora. Estos viejos son nauseabundos.

DOÑA MARIANITA.

¡ Ay, Jenaro, si todos fueran como usted ! Usted me comprende.

JENARO

Sí, señora : yo tengo la desgracia de comprender á casi todo el mundo. Hasta á mí mismo, muchos días, que es lo más triste del caso.

(Da media vuelta, y se encuentra con Clara, que viene de la calle, muy risueña, con un sombrero de paja y un gran ramo de amapolas en la mano.)

ESCENA X

Dichos y CLARA

JENARO

¡Salve, Clarita !

CLARA

Buenas tardes, Jenaro.

JENARO

Buena siestecita se ha dormido hoy ¿eh?...

CLARA

¿En qué se me conoce?

JENARO

En los ojos.

CLARA

Pues me he lavado muy bien la cara.

JENARO

Pues se le ha quedado á usted el sueño dentro.

CLARA

Sí, ¿eh? Pues ya hace rato que me desperté.

JENARO

¿Con quién ha soñado usted?

CLARA

Con nadie.

JENARO

¿De veras?

CLARA

¿Con quién quiere usted que sueñe?

JENARO

Conmigo.

CLARA

¡Ay, no, que me iba á dar dolor de cabeza.

JENARO

¿Por qué?

CLARA

Por que tendría que soñar en griego.

JENARO

¿Quiere usted que le diga en castellano cuatro cositas... trascendentales?

CLARA

¡Ay, no, no, no, que me dan mucho miedo.
(Echa á correr y se acerca al grupo.) Buenas tardes, madre. Buenas tardes, señores.

JENARO

¡ Oh, fémina !

SEBASTIÁN

¡ Adiós, pimpollo ! Amapolitas ¿eh?

CLARA

Ya ve usted, amapolitas. (*Se ríe.*)

DOÑA MARIANITA

¿De qué te ríes?

CLARA

De que estoy contenta.

DOÑA MARIANITA

Lo que estás es sofocadísima, ya se ve; habrás estado corriendo como una loca por esos campos.

CLARA

Sí que he corrido, pero no me riña usted, madre; para eso es el campo, para correr. ¡ Qué calor !

SEBASTIÁN

¿Quiere usted un vasito de limonada?

CLARA

¿Limonada? Agua fresca (*Coge el botijo que está colgado bajo la parra, y bebe á chorro.*)

JENARO

¡ Á eso se llama beber con garbo !

CLARA

Á esto se llama beber con sed. (*Bebe más.*)

DOÑA MARIANITA

No bebas más, niña, que te va á hacer daño.

CLARA

El agua se ha hecho para beberla, madre.

DOÑA MARIANITA

Espera á que se te pase el sofoco.

CLARA

Entonces se me pasa también la sed. ¡ Ay, qué bien sabe el agua en verano !

JENARO

Es usted un epicúreo, Clarita.

CLARA

E-pi-cu-reo? ¿Eso es griego?

JENARO

Es verdad.

CLARA

Pues yo no lo entiendo.

JENARO

Y las verdades se han hecho para entenderlas, ¿no es eso? Tiene usted razón.

CLARA

Más vale así. ¿Han cazado ustedes mucho?... ¡Qué serio está mi tío! Ya sé por qué. Me he encontrado por ahí á una señora. (*Imita el modo de andar de doña Luisa.*) Que de seguro volvía de visitarle á usted.

DOÑA MARIANITA

¡ Clara ! Ya sabes que no me gusta que hables de lo que no te importa.

CLARA

¡ Ay, madre. (*Se ríe.*)

DOÑA MARIANITA

¡ No te rías !

CLARA

Bueno... Pues en la era me ha salido un novio.

DOÑA MARIANITA

¡ Clara !

CLARA

No se asuste usted, madre, que era muy feo y le he dicho que no. (*Se ríe.*)

DOÑA MARIANITA

¡ Ay, hija, me sacas de quicio con esa risa sin motivo ni fundamento !

EMILIO

Mujer, si está contenta.

DOÑA MARIANITA

¡ Ya llorarás, ya llorarás !...

CLARA

Pues déjeme usted reír ahora que tengo ganas. (*Se ríe.*)

DOÑA MARIANITA

¡ Ay, Señor, qué pena !

SEBASTIÁN, *Dan las siete en un reloj de torre.*

¡ Las siete ya !

JENARO

Es verdad. ¡ Cómo se ha pasado la tarde !

SEBASTIÁN

Yo voy hacia mi casa, que me estará esperando la cena.

JENARO

Y yo. Buenas tardes, doña Marianita.

DOÑA MARIANITA

Si quieren ustedes cenar con nosotros.

JENARO

Gracias.

SEBASTIÁN

Adiós, pimpollo.

CLARA

Adiós.

JENARO

Hasta mañana. (*Acercándose á Clara.*) Y á ver si esta noche tengo más suerte.

CLARA

¡Qué!

JENARO

Que á ver si se acuerda usted de soñar conmigo.

CLARA

Aguarde usted que haga un nudo en el pañuelo. (*Saca el pañuelo y anuda una punta.*) Ya no se me olvida. Vaya usted tranquilo. (*Se ríe.*) (*Salen los dos, y don Emilio, que los acompaña, se queda un momento en la puerta, hablando con don Sebastián.*)

CLARA

¡Madre, tengo un hambre!

DOÑA MARIANITA

Voy á ver qué tal anda la cena. ¿Entras?

CLARA

No, me quedo á tomar un poquito el fresco. (*Se sienta en la mecedora, cierra los ojos y se mece.*)

SEBASTIÁN, *á don Emilio, en la puerta.*

Bueno, ¿y quién es ella?

EMILIO

¿Ella?

SEBASTIÁN

Sí hombre, la actual.

EMILIO

Ahí la tienes.

SEBASTIÁN

¡ Clara !

EMILIO

Sí ¿qué?

SEBASTIÁN

La hija de tu hermana. ¡ Imposible !

EMILIO

Con pedir dispensa.

SEBASTIÁN

¡ Boda !

EMILIO

Boda... la última aventura, pero de primera.

SEBASTIÁN

Y ella, ¿qué dice?

EMILIO

Ella no sabe nada.

SEBASTIÁN

¡ Chico, eres un coloso !

EMILIO

Chist. Hasta mañana.

SEBASTIÁN

Hasta mañana. (*Se va, frotándose las manos de gusto.*)

ROSA, *dentro.*

Suspiros que de mí salen
y otros que de ti saldrán,
si en el camino se encuentran
qué de cosas se dirán !

(*Obscurece. Sale Camila y recoge los vasos. Se oye pasar un rebaño, y la voz del pastor que grita :
¡ Pinta ! ¡ Cenceña ! Vuelve don Emilio.*)

ESCENA XI

DON EMILIO y CLARA

CLARA, *meciéndose.*

¡Ay!

EMILIO

¿Estás triste, chiquilla?

CLARA

¡Yo!

EMILIO

Como suspirabas.

CLARA

Ha sido sin querer. Estaba pensando.

EMILIO

¿En qué?

CLARA

En nada.

EMILIO

Algo es algo.

CLARA

¿Á usted no le divierte pensar en nada? Á mí muchísimo.

EMILIO

No te entiendo.

CLARA

Pues es bien fácil... Figúrese usted que á la hora de siesta, por ejemplo, se sienta usted aquí en una mecedora, debajo de la parra. (*Don Emilio se sienta.*) Usted venga mecerse y pensar en nada... Todo está calladito, calladito; es decir, calladito del todo, no, porque pían los pájaros... y usted, venga mecerse y pensar en nada... Corre un airecito fresco, fresco, y las hojas de la parra hacen ¡uh! ¡uh! ¡uh!... y usted venga mecerse...

EMILIO

¡Quiá!

CLARA

¿Por qué no?

EMILIO

Porque ya me he dormido.

CLARA

¡Ja, ja, ja! Tiene gracia. Á mí no me gusta dormir más que de noche. Eso sí, de un tirón. ¡Qué bien sabe la cama cuando se tiene sueño! Mire usted que cuando se despierta uno á media noche, y oye, ¡tan! ¡tan! ¡tan! las tres, y piensa: ¡Qué gusto, lo que me queda por dormir todavía! Á mí no hay cosa en este mundo que me quite el sueño.

EMILIO

¿Ni el novio?

CLARA

¿Qué novio?

EMILIO

Ése que te ha salido en la era.

CLARA

¡Ja, ja, ja! Eso lo he dicho por hacer rabiar á mi madre.

EMILIO

Si no es ése, será otro.

CLARA

Será, será. Claro que será... con el tiempo y un palito. Pero no corre prisa.

EMILIO

De veras, de veras ¿no corre prisa?...

CLARA

Hace cuatro meses que me he puesto de largo...

EMILIO

Y en esos cuatro meses ¿no has pensado nunca en un novio?

CLARA

Como pensar...

EMILIO

¿Á ratos perdidos?

CLARA

Eso es. Á ratos perdidos...

EMILIO

¿Cuando está una pensando en nada?

CLARA

Puede que cuando está una pensando en nada.

EMILIO

Por pensar en algo...

CLARA

Eso es, por pensar en algo.

EMILIO

Y, vamos á ver. Así, cuando piensas en él, por pensar en algo... ¿cómo te le figuras?

CLARA

No me le figuro.

EMILIO

¡Cómo que no! Entonces ¿qué haces?

CLARA

¡Toma! Pienso así, hacia dentro, y digo : ¿Dónde estará en este momento el hombre con quien me tengo que casar? Porque él en algún sitio tiene que estar, si no me quedo para vestir imágenes, ¡qué Dios no lo permita!

EMILIO

¡Qué Dios no lo permita!

CLARA

¡Ja, ja, ja!

EMILIO

¿De qué te ríes?

CLARA

De eso. ¿Qué estará haciendo ahora mismito el hombre que ha de ser mi marido? ¿Estará á caballo corre que te corre por una carretera?

EMILIO

¡Me parece que no!

CLARA

¿Estará leyendo en un libro muy grande?

EMILIO

¡Qué ha de estar, mujer!

CLARA

¿Estará bailando con otra?

EMILIO]

¡ Menos !

CLARA

¡ Usted que sabe !

EMILIO

Puede que lo sepa.

CLARA

¿ Es que le ha dicho á usted alguien que me quiere ?

EMILIO

Puede que sí.

CLARA

¿ Y me quiere mucho ?

EMILIO

¡ Muchísimo !

CLARA

¿ Es guapo ?

EMILIO

Regular.

CLARA

¿ Joven ?

EMILIO

Joven, precisamente... según lo que se encuentra por joven.

CLARA

¡ Viejo ! ¡ Adiós mi dinero ! ¿ Don Sebastián ? ...
¿ No ? ¡ Ay qué peso se me ha quitado de encima !
(Pausa.)

EMILIO, *acercándose á ella.*

¡ Clara !

CLARA

¡ Qué ! (*Sorprendida por la entonación de él.*)

EMILIO

Óyeme... ¿ De veras, de veras no quieres á nadie ?

CLARA

¡ Ay, no lo sé ! ¿ Por qué me lo pregunta usted así tan de repente ? No, no, no quiero á nadie...

EMILIO

¿ De veras ? (*Le coge la mano.*)

CLARA

Á nadie, ni quiero querer, ¡ ea !

EMILIO

¿Á que acierto yo por qué se ha puesto seria esta niña bonita?

CLARA

Yo no me he puesto seria.

EMILIO

Sí, señora; pero no importa, porque cuanto más seria se pone más bonita está.

CLARA

Si se va usted á burlar.

EMILIO

No me burlo. Se ha puesto seria, porque ha adivinado, así, de repente, lo que le iba á decir este viejo.

CLARA

¿Yo?

EMILIO

¿Yo? Sí, grandísima hipócrita. Este viejo... en fin, no tan viejo, que está completamente chiflado por los ojos de mi señora doña Clara.

CLARA

¡Tío!

EMILIO

¿Sobrina?

CLARA

Bueno, gracias á que se está usted riendo de mí.

EMILIO

¡Riéndome de ti, cuando te digo que te quiero!

CLARA

Por eso mismo.

EMILIO

¡Ah, por eso!

CLARA

Claro. Usted no me puede querer á mí.

EMILIO

¿Por qué?

CLARA

Porque quiere usted á otras.

EMILIO

¿Quién te ha dicho á ti eso?

CLARA

Todo el mundo.

EMILIO

Pues todo el mundo se equivoca.

CLARA

¡ Pues no se equivoca, porque lo sé yo !

EMILIO

¡ Ah, lo sabes tú !

CLARA

Que se lo pregunten á doña Luisa, y á la Paca la Rubia, y á la Andrea, y á la otra molinera que hubo... y á don Sebastián que se las sabe todas de memoria !

EMILIO

¡ Pero, niña, eso es historia antigua !

CLARA

¡ Lo mismo da !

EMILIO

¡ Qué ha de dar lo mismo ! En amor como diría Jenaro, el ayer no existe.

CLARA

El ayer, no; pero doña Luisa, sí.

EMILIO

¡Te quiero, chiquilla, te quiero!

CLARA

Y la Paca la Rubia.

EMILIO

Te quiero á ti sola.

CLARA

Y la Andrea.

EMILIO

¡Te quiero más que á mi vida!

CLARA

Y la otra molinera que hubo...

EMILIO

Y te querré hasta que me muera y un poquito después, y con toda mi alma, y con todo mi cuerpo. ¿Que he querido á otras? Peor para mí, que hasta que te he querido á ti, no he hecho

más que perder el tiempo miserablemente, y mejor para ti!

CLARA

¿Mejor para mí?

EMILIO

Para ti, sí señora. Porque la mujer que es el último amor de un hombre, es el amor de todos sus amores, y se lleva lo mejor de la vida. Déjate querer. Ya ves con qué poco me contento. ¡Déjate querer y verás lo que vale la vida! Tener un hombre vencido, esclavo tuyo, para lo que quieras, para que se muera por ti, para que se deje matar, para tirarse á un pozo si tú se lo mandas, para darse de trastazos con el primero que pase por la calle si á ti te divierte... ¿Por que te has puesto seria? Ríete.

CLARA

Ahora no tengo gana de reirme.

EMILIO

¿Te has enfadado?

CLARA

No.

EMILIO

¿Estás triste?

CLARA

No.

EMILIO

¿Pues qué te pasa?

CLARA

No lo sé.

EMILIO

Yo, sí : que me quieres... ¿verdad?

CLARA

No sé... me parece que quiero... querer á alguien... pero no sé á quien...

EMILIO

¡ Á mí ! Ya lo verás. *(Con un poco de emoción.)*

CLARA

¡ Mi madre !

ESCENA XII

Dichos, DOÑA MARIANITA y después PABLO

(Doña Marianita atraviesa el huerto corriendo.)

EMILIO

¿Dónde vas tan de prisa, Mariana?

CLARA

¿Dónde va usted, madre?

DOÑA MARIANITA

¡Dejadme, dejadme!...

EMILIO

¿Qué pasa?

CLARA

¿Qué hay?

DOÑA MARIANITA

¡Que llega, que llega... le he visto desde la ventana... es él, de seguro... Camila también le ha conocido... más alto, más buen mozo!

PABLO, *desde la puerta.*

¿Se puede?

DOÑA MARIANITA

Adelante.

PABLO

¡Tía!

DOÑA MARIANITA

¡Pablo!... después de tantos años de esperar, hijo! (*Vuelve á abrazarle.*) ¡Sin avisar!

PABLO

¡Tío, aquí me tiene usted!

EMILIO

Ya, ya te veo... ¿Á qué vienes?

PABLO

¡Toma!... Á verles á ustedes y á las fiestas del pueblo... cinco años invitándome ustedes, y cinco años sin dejarme venir los pícaros estudios... bueno, sí, los estudios.

EMILIO

¿Y ya has terminado la carrera?

PABLO

Sí, tío, en Junio.

EMILIO

Ya, ya.

PABLO

¡Caramba! Qué niña más...

EMILIO

...Bonita, ¿verdad? (*á Clara.*) Acércate; tu primo Pablo... tu prima Clara.

PABLO

¡Clara! ¡Pero si está desconocida! Eres una real moza, señora prima.

EMILIO

Te gusta ¿eh?... muy simpático ¿no? ¿Se puede saber si has venido á caballo, corre que te corre, por la carretera?

PABLO

Á caballo, sí, desde la estación. ¿Por qué?

EMILIO

Por nada. (*Clara se echa á reir.*) ¡Ríete, ríete, que el caso tiene gracia!

CAMILA

La cena está en la mesa, señora.

DOÑA MARIANITA

¡ Adentro, adentro, que traerás un hambre !

PABLO

De lobo, tía. (*Pasan.*) ¡ Vaya unos ojos retrecheros que tiene mi señora prima !

EMILIO

¡ Á buena hora se le ha ocurrido al ganso de mi sobrinito terminar la carrera !

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La escena, el mismo huerto del primer acto. — Al levantarse el telón, CLARA, JUANITA, CARMEN y AURORA están en el corredor adornándolo con farolillos, percalinas, cadenas de papel y ramas verdes. — Alborotan y se mueven mucho. — JENARO y PABLO, en sendas mecedoras, se mecen y fuman debajo de la parra. — DOÑA MARIANITA entra y sale.

ESCENA PRIMERA

CLARA, JUANITA, CARMEN, AURORA, DOÑA MARIANITA, JENARO, PABLO, CAMILA, PEPA; *después* DON EMILIO, DON SEBASTIÁN, DON BALTASAR.

DOÑA MARIANITA

¿Acabáis, niñas?

CARMEN

Sí, doña Marianita, ya falta poco.

CLARA

Ya estamos terminando, madre.

DOÑA MARIANITA

Es que ya son las tres, y á las cinco y media empieza la corrida, y os tenéis que vestir, y estáis ahí tomando un calorazo.

PEPA, *desde la puerta de la casa.*

¡ Señora !

DOÑA MARIANITA

¿Qué pasa?

PEPA

¿Que cuántos cubiertos se ponen en la mesa grande?

DOÑA MARIANITA

Los de todos los años. Vaya una pregunta.

PEPA

Es que ha dicho el señorito Emilio que vienen á cenar también el predicador, y los dos toreros,

y el maestro de la banda de música... ¡ y tantos no caben !

DOÑA MARIANITA

¡ Ay Señor, allá voy... !

UN NIÑO, *entrando de la calle.*

¡ Señora !

DOÑA MARIANITA

¡ Qué hay !

NIÑO

Que dice el tahonero que no van á poder estar los cochinitos para las ocho en punto, porque tiene muchas cazuelas... ya se ve, como es la función y luego hay baile, todo el mundo quiere el asado para la misma hora...

DOÑA MARIANITA

¡ Válgame Dios ! Anda, dile... no, no ; ahora voy yo dentro de un momento.

CAMILA, *por la ventana.*

¡ Señora !

DOÑA MARIANITA

¡ Otra vez ! ¿ Qué quieres ?

CAMILA

Las llaves de la cueva, para subir el vino.

DOÑA MARIANITA

¿Las llaves? (*Buscándose por todos los bolsillos.*) ¿Dónde he puesto yo las llaves? ¡Ay, Señor! ¡Clarita!

CLARA

¡Madre!

DOÑA MARIANITA

¿Tienes tú las llaves?

CLARA

¿Las llaves? (*Repítese la busca por todos los bolsillos.*) No, señora.

DOÑA MARIANITA

¡Con qué tranquilidad lo dices!

CLARA

¡Madre!

DOÑA MARIANITA

Pues tú las has tenido esta mañana...

CLARA

Sí, sí... deben estar puestas en el armario... no, en el cajón de arriba de la cómoda... nada, que no me acuerdo.

DOÑA MARIANITA

¡ Ah, hija, qué cabeza tienes tan destornillada !

PEPA, *desde la puerta.*

¡ Señora !

DOÑA MARIANITA

¡ Allá voy ! ¡ Ay, Señor, qué pena ! (*Entra en la casa.*)

AURORA

¡ Ay !

JENARO

¿ Qué pasa ?

AURORA

Que me he cogido un dedo con el martillo. Ya podían ustedes subir á ayudarnos.

JENARO

¡ Imposible ! estamos por la vida contemplativa.

CARMEN

Lo que están ustedes es un buen par de maulas.

JENARO

¡Qué desagradecidas son las mujeres! (*Se levanta y se acerca á la escalera mirando hacia arriba. Aurora se recoge cuidadosamente las faldas.*) ¿No les basta á ustedes que las admiremos con este fervor que nos quita hasta el movimiento?

AURORA

Sí, sí, fervor...

JENARO

Yo, positivamente, cuando la miro á usted, estoy como en misa.

CARMEN

¡Ay, ay, ay!

JENARO

¡Ay, ay, ay!

JUANITA, *acercándose también á la barandilla.*

¿Á suspirar tocan? ¡Ay, ay, ay!

JENARO

Usted no sabe suspirar, Juanita.

JUANITA

¿Por qué?

JENARO

Porque no tiene usted corazón.

JUANITA

¡Ja, ja, ja! Más que usted.

JENARO

Lo dudo; el mío es inmenso como el mar.

CARMEN, *cantando sin acercarse.*

Dicen que la mar es grande
Y caben muchos navíos...

JENARO

Muchísimos, y una fragata real á toda vela,
que es usted.

CARMEN, *acercándose á la barandilla.*

¡Ay, qué risa!

CLARA

No hagas caso á Jenaro, Carmen, que sabe más que Lepe.

JENARO

Niña, niña, ya que usted no me quiere, no les quite usted á otras la voluntad.

AURORA

Qué callado está tu primo, Clara.

CLARA

Estará dormido. Á los señoritos de Madrid les da mucho sueño el campo. (*Acercándose á la barandilla.*) ¿Duermes?

PABLO

No, señora, no duermo.

CARMEN

Estará enamorado...

PABLO

Me estoy enamorando ahora mismo.

JUANITA

Sí, sí, al pueblo va á venirse á enamorar un madrileño... Con el sin fin de mujeres que habrá en Madrid.

PABLO

Si que hay bastantes...

AURORA

¡ Y con lo guapas que deben de ser !...

PABLO

Sí que lo son.

CARMEN

¡ Y con la maña que tendrán para engatusar á los hombres !...

PABLO

Sí que la tienen, sí.

CARMEN

Ya lo ve usted.

PABLO

¡ Ay ! ya lo veo.

CLARA

¡Ay! Por lo visto, la tarde está de suspiros.

PABLO

¿Tú no suspiras nunca, señora prima?

CLARA

No tengo tiempo.

PABLO

Eso será; porque lo que es motivos no te deben faltar.

CLARA

¡Á mí! ¿Motivos? ¿Cuáles?

PABLO

Baja aquí un momentito, y te los diré al oído.

CLARA

¿Nada menos que al oído?

PABLO

Nada menos. Es un secreto.

CLARA

Casi me vas entrando en curiosidad. (*Empieza á bajar con monería.*)

PABLO

Baja, baja... (*Ella se detiene á mitad de la escalera.*) Un poquito más... Así. (*Desde el último peldaño alarga ella la cabeza : él se acerca y le canta al oído.*)

La que se casa con viejo
tiene penitencia entera...

CLARA, dando un respingo.

¡ Vete á paseo !

PABLO, á voz en grito.

De día cruz y calvario
y de noche calavera.

CLARA

¡ Estúpido, necio, mamarracho ! (*Muy furiosa.*)

PABLO

Duele la verdad, duele. ¡ Ajajáy, qué regalo !

CLARA

¡Ajajáy, qué gracia! (*Desde abajo.*) Vaya, niñas, andando, se acabó el palique. Yo me voy á vestir. Hasta luego.

CARMEN

¡Mujer, qué prisas!

CLARA

Es ya muy tarde. Adiós.

AURORA

Adiós.

JUANITA

Hasta luego.

JENARO

Clarita, no se vaya austed así, sin decirme nada.

CLARA

¡Qué quiere usted que le diga!

JENARO

Siquiera buenas tardes.

CLARA

¡ Buenas tardes !... *(Al ir á entrar en la casa, Pablo se le pone delante, sin dejarla pasar.)*

PABLO

¿ Te has enfadado ? *(Ella no responde.)* ¡ Ay qué ceño tan retesimpático ! *(Ella hace un gesto de malhumor.)* ¿ Hacemos las paces ?... ¡ Cómo ha de ser ! *(Apartándose para dejarla pasar, y haciéndole una gran reverencia.)* ¡ Á los pies de usted, señora doña Clara ! *(Mirándola de arriba abajo, mientras desaparece.)* ¡ Ay, mi tío ! *(Volviéndose á Jenaro.)* Vamos á ver, Jenaro, usted, que es medio filósofo, ¿ qué me dice usted de este caso ?

JENARO

¡ Lamentable, amigo, lamentable ! pero tiene sus precedentes en todas las literaturas. ¡ El viejo y la niña ! Don Juan hace conquistas, aunque esté con un pie en la sepultura. Las mujeres son soñadoras y materialistas. Suspiran por el príncipe encantado, y se casan prosaicamente con el que más se arrima. Por lo cual, todo el que hace madrigales, pierde el tiempo lamentablemente. Créame usted, los sueños no les sirven á ellas más que para abrirles el ape-

tito... Once hijos tuvo Laura, á compás de las rimas de Petrarca... ¡Once!... vástagos legítimos de su señor esposo, que de seguro no distinguía un soneto de una redondilla. (*Las tres muchachas, que han bajado la escalera, se han acercado á Jenaro, y han estado oyéndole con gran atención, se echan á reir.*) ¡Ja, ja, ja!

JENARO

En vista de lo cual, amigo... (*Volviéndose hacia las muchachas é intentando abrazar á una de ellas.*) ¡Abracemos!

PABLO, repitiendo rápidamente el movimiento.
¡Abracemos!

LAS MUCHACHAS

¡Ay, ay, ay! (*Echan á correr; ellos las persiguen riendo, y ellas tropiezan en la puerta con don Emilio, que entra seguido de don Sebastián, y que, abriendo los brazos para detenerlas, las abraza en grupo.*)

EMILIO

¡Abracemos!

SEBASTIÁN, frotándose las manos de gusto.

¡Más vale llegar á tiempo, que rondar un año!

JENARO, *malhumorado.*

Pero qué suerte tiene usted, hombre.

EMILIO

Regular... (*Coge á las tres muchachas de la mano, y las trae en racimo al centro de la escena.*)
Y vamos á ver, niñas, ¿puede saberse por qué huían ustedes de mi casa con tanta precipitación?

CARMEN, *mirando de reojo á Jenaro, y esforzándose por contener la risa.*

¡Buena está su casa de usted!

AURORA, *mirando de reojo á Pablo y también con ganas de reir.*

¡Sí, sí... buena!

EMILIO

¿Quién les ha faltado á ustedes al respeto? Estos jóvenes, ¿eh?

JENARO

Me parece que no han sido precisamente los jóvenes...

EMILIO

¡Silencio! Aquí no habla más que la parte ofendida. ¿Les perdonamos? ¿Tenemos en cuenta lo irresistible de la tentación? ¡Ay, qué ojos! ¿Les dejamos marchar sin castigo?... ¡Vaya una boquita de misericordia! ¿Les dejamos, nena?... El que calla otorga. (*Volviéndose á Jenaro y Pablo.*) Ya lo oyen ustedes, perdonados... y á casita, á casita!

JENARO

Agradeciendo... y á la recíproca.

PABLO

Muchas gracias, tío.

EMILIO

Á casita, á casita...

JENARO, á *Carmen*.

Esta noche, en el baile, me las paga usted todas juntas!

CARMEN

¡Yo!

JENARO

¡Usted!

EMILIO, *acercándose.*

¿Qué es eso de amenazar en mi presencia á una señorita?

JENARO

Ya me voy, hombre, no tenga usted tanta prisa! ¿Viene usted, Pablo?

PABLO

No : voy á dar una vuelta por el huerto.

178

JENARO

Desconfíe usted de los madrigales.

PABLO

¡ Descuide usted !

(Saludándose con un gesto de amistosa inteligencia, salen uno por la puerta de la calle, y el otro por detrás de la casa.)

CARMEN

Nosotras también nos vamos.

EMILIO

¡ Cómo se entiende ! ¿ Dónde van ustedes ?

AURORA

¿A ponernos guapitas para la corrida.

EMILIO

¿Todavía más?

CARMEN

¡Ay! todo es poco. Están los tiempos muy malos.

AURORA

¡Malísimos!

EMILIO

Pero si deben ustedes tener los adoradores á docenas.

CARMEN

¡Ay, á docenas!

AURORA

Con uno bueno por barba nos contentaríamos.

EMILIO

¿Así estamos?

AURORA

¡Así!

EMILIO

Pero, ¿en qué están pensando los señoritos de este pueblo?

CARMEN

¡ Eso digo yo !

EMILIO

Y Juanita, ¿qué dice?

JUANITA

Yo no digo nada.

EMILIO

Así me gustan á mí las niñas, modositas...

CARMEN

Sí, fiese usted de esa, que las mata callando.

JUANITA

¡ Ay, hija, ¡ no sé por qué dices eso !

EMILIO

No hay que enfadarse, niña... ¿Apostamos algo á que ésta tiene novio?

JUANITA

¿Yo? ¡Ni ganas!

AURORA

Lo que es eso de ganas...

JUANITA

¡Ay, hija...!

CARMEN

Vaya, aquí estamos perdiendo el tiempo.

EMILIO

No tanto como á usted se le figura.

CARMEN

¡Ay, que no !...

EMILIO

Hay aquí mucho corazón.

AURORA

Pero repartido entre todas, íbamos á tocar á muy poco. Vaya, hasta la vista.

CARMEM

Adiós, señores.

JUANITA

Adiós, don Emilio, y la compañía.

EMILIO

Adiós, niñas... y á ver lo que se hace por ahí...

CARMEN

No hay cuidado.

AURORA

Lo que es como no caiga por la feria algún forastero de buen corazón... (*Salen : al pasar, don Sebastián, que, mudo toda la escena, la ha llenado con una expresiva pantomima de satisfacción, excitado por la galantaría triunfal de su ídolo, intenta pasar la mano por la cara á Juanita, que da un respingo, muy indignada.*)

JUANITA

¡ Mira el viejo éste !

EMILIO

Sebastián, Sebastián, formalidad... (*Se despide de las niñas desde la puerta, mirándolas marchar y haciendo gestos de cómica aflicción y resignación.*)

EMILIO

Buenas muchachas ¿eh?

SEBASTIÁN

Sí; pero ¿y la otra?

EMILIO

Buena también, gracias á Dios.

SEBASTIÁN

Buena... sí,.. buena, pero ¿qué más?

EMILIO

¿Qué más?

SEBASTIÁN

Sí, ¿qué más? ¿qué pasa?

EMILIO

No pasa nada.

SEBASTIÁN, *muy afligido.*

Emilio, ¿ya no tienes confianza conmigo?

EMILIO

¡Sebastián, no seas majadero!

SEBASTIÁN

Cuenta, cuenta...

EMILIO

¡ Si no hay nada que contar, hombre !

SEBASTIÁN

¡ Con qué tranquilidad lo dices !

EMILIO

¡ Qué haremos con afligirnos !

SEBASTIÁN, *vacilando como si fuera á decir
una blasfemia.*

¿ De modo que... tu sobrina... Clara... no... no
te... quiere?

EMILIO

Yo no he dicho eso.

SEBASTIÁN

¡ Ah ! vamos... cuenta, cuenta.

EMILIO

Silencio, que viene.

SEBASTIÁN

¡¡Ella!! ¿Me marchó? ¡No me marchó!
(Queda á la expectativa, relamiéndose. Clara sale de la casa, y atravesando muy de prisa el jardín, intenta salir por la puerta que da á la calle.)

CLARA

Buenas tardes. Adiós.

EMILIO

Eh, niña, niña... (Deteniéndola.)

CLARA

Voy con mucha prisa...

EMILIO

Pero, oye...

CLARA

Muchísima... figúrese usted que el tahonero dice que no puede tener los cochinillos para las ocho. Un horror. Hasta luego...

EMILIO

Pero, escucha...

CLARA

Figúrese usted cómo está mi madre... Vuelvo en seguida. Adiós. Adiós, don Sebastián. (*Sale corriendo.*)

EMILIO

¿No preguntabas lo que pasa? Pues eso es lo que pasa.

SEBASTIÁN

No comprendo.

EMILIO

Sí, hombre; que siempre tiene mucha prisa... que nos queremos mucho, ¡mucho!... pero que como son las fiestas... que hay que arreglar la casa... que viene la modista... que hay que ir á la novena... que llegan las amigas.. ¡un jaleo! (*Imitando á Clara.*) ¡Un horror!... No hay tiempo para nada... Sí, sí, en seguida vuelvo, vuelvo en seguida... pero hace tres días que nos adoramos, y hace tres días que ya está volviendo y que no acaba nunca de volver. Total, que en setenta y dos horas no he podido decirla setenta y dos palabras. Eso es todo. ¿Estás ya satisfecho?

SEBASTIÁN, *con terror.*

¡ Emilio !

EMILIO, *con mal humor.*

¡ Sebastián !

SEBASTIÁN

Y ¿ qué vas á hacer ?

EMILIO

Esperar á que vuelva. ¡ Lo que es de esta no se escapa ! (*Entra un chiquillo apresuradamente.*)

UN MUCHACHO

Don Emilio, don Emilio...

EMILIO

¿ Qué ocurre ?

MUCHACHO

Que vaya usted corriendo al Ayuntamiento... que van á repartir los cetros para la procesión...

EMILIO

Que los repartan.

MUCHACHO

Es que si no está el mayordomo allí no puede ser.

EMILIO

Pues que se lo cuenten al mayordomo.

MUCHACHO

Es que el mayordomo es usted.

EMILIO

Di que ahora voy... dentro de un rato.

MUCHACHO

Es que están esperando los hermanos...

EMILIO

¡¡ Fraternidad !! ¡ Allá voy ! (*Va á salir y se cruza con Clara que vuelve.*)

CLARA

Adiós, tío.

EMILIO

Oye, oye...

CLARA

Tengo mucha prisa.

EMILIO

Yo también... pero escucha... Esta tarde, antes de la corrida, tenemos que hablar... mucho...

CLARA

Cuando usted quiera, tío.

EMILIO

¡ No me llames tío !

CLARA

Cuando usted quiera.

EMILIO

¡ No me digas de usted !

CLARA, *con esfuerzo.*

Cuando... quieras.

NIÑO

¿Viene usted, don Emilio?

EMILIO

Ya voy, ya voy... ¿Lo oyes? Antes de la corrida...

CLARA

Cuando usted quiera sí... cuando us... cuando quieras. Adiós.

(Sale don Emilio, seguido de don Sebastián. Clara se detiene un momento y suspira.)

CLARA

¡ Ay, señor !

(Luego se dispone á entrar en la casa, pero Pablo, que ha estado al acecho, sale y le corta el paso.)

ESCENA II

CLARA y PABLO

PABLO

Adiós, Clara.

CLARA, *queriendo pasar de largo.*

Adiós... tengo mucha prisa.

PABLO

Pero tú siempre tienes mucha prisa.

CLARA

Muchísima... Déjame pasar.

PABLO

No puede ser. Tengo que decirte una cosa.

CLARA

Ya me la dirás luego.

PABLO

Tiene que ser ahora mismito.

CLARA

¿Tan importante es?

PABLO

¡Importantísima.

CLARA

Bueno, dila y acaba.

PABLO

¿Sigues tan enfadada conmigo como antes?

CLARA

No

PABLO

¿Te has contentado ya?

CLARA

Sí.

PABLO

¿Palabra?

CLARA

Palabra. (*Quiere pasar.*)

PABLO

Espera, espera, que tengo que decirte otra cosa.

CLARA

¿Tan importante como esa?

PABLO

Mucho más importante.

CLARA

Á ver.

PABLO

Que te quiero.

CLARA

¿De veras?

PABLO

¡ Como un loco, como un salvaje, como un desdichado !

CLARA

Hasta luego. (*Quiere pasar*).

PABLO

Espera, espera...

CLARA

¿Otra cosita?

PABLO

Otra cosita.

CLARA

¿Todavía más importante?

PABLO

Todavía más importante.

CLARA

Acaba.

PABLO

Que tú... tú me quieres á mí.

CLARA

¡¡ Yo !!

PABLO

¡ Tú !

CLARA

Bueno. Memorias. (*Va á salir.*)

PABLO

Esa, esa es la prueba. ¡ Te marchas porque tienes miedo

CLARA

¿ Á ti, verdad ?

PABLO

O á ti misma : es igual.

CLARA

¡ Ah, sí ! (*Se sienta resueltamente en una mecedora.*)

PABLO

¿ Qué haces ?

CLARA

Sentarme aquí para ver si me come el lobo.

PABLO

Así me gustan á mí las mujeres. ¡ Valientes !

CLARA

Sí ¿eh? Pues yo tengo más valor que el Cid.

PABLO

Sí que es verdad ; ¡ mira que á los diez y nueve años...

CLARA

Diez y ocho y dos meses.

PABLO

Mira que á los diez y ocho años y dos meses, con esa cara, con esos ojos, con ese cuerpo, con esas manos, con esos pies...

CLARA

Si empiezas á decir tonterías, me voy.

PABLO

¿ Te vas? ¡ Como si no te hubieses quedado ahí por el gusto de oírlas !

CLARA, *dudando entre ofenderse y reírse.*

¡ Qué poca aprensión tienes... !

PABLO

¡ Gracias ! Como íbamos diciendo, valor se necesita para casarse con quien te vas á casar, teniendo todas esas cositas... ¡ ejem ! que hemos dicho que tienes, y... ¡ ejem ! teniéndome á mí, por añadidura.

CLARA

¡ Ya pareció aquello !

PABLO

Naturalmente.

CLARA

Pues, hijo mío, cada uno tiene sus gustos.

PABLO

Me irás á decir á mí que te gusta el tío..

CLARA

Claro que sí.

PABLO

Mucho, ¿ verdad ?

CLARA

Muchísimo.

PABLO

Que sea enhorabuena.

CLARA

Gracias. (*Pausa.*)

PABLO

Te gustará por joven... á no ser que te guste por viejo... Sí, es una probabilidad como otra cualquiera de quedarte pronto viuda.

CLARA

Para casarme contigo, ¿verdad?

PABLO

¿Después del tío? ¡Quíá! Te ibas á quedar muy mal enseñada.

CLARA

¡ Insolente !

PABLO

Lo que tú habrás dicho... Esto de ser la única... de que este buen señor ¡ á sus años ! ¡ no haya querido á nadie más que á mí, ¡ ya es algo !

CLARA

¡ Ay, hijo ; has de saber que la mujer que es el último amor de un hombre es el amor de todos sus amores, y se lleva lo mejor de su vida.

PABLO

¿ Sí ? Vea usted qué cosas tan profundas se les ocurren ahora á las niñas de diez y ocho años y dos meses. (*Pausa.*) En serio ; Clarita : eso que vas á hacer es una locura. Te lo digo porque te quiero para mí, pero lo mismo te lo diría aunque no te quisiese... aunque fueses mi hermana. ¿ Has pensado en la vida que te aguarda ? Dentro de tres ó cuatro años, cuando estés más bonita y con más ganas de reir que nunca, enfermera perpetua junto al sillón de un viejo... muy simpático... pero muy catarroso, y que no tiene derecho á ese sacrificio. ¡ La juventud es para la juventud !... y aquí tienes la mía, con una gana de reir que asusta y un hambre de quererte que tira de espaldas... ¡ ah ! y con cuerda para un cuarto de siglo por lo menos.

CLARA

Por lo menos.

PABLO

¿Te enfadas?

CLARA

No me enfado. Te agradezco la buena intención; pero, hijo mío, las cosas son como han de ser... y la felicidad tiene muchos caminos.

PABLO

No tiene más que uno : quererse de veras, con alegría, con ilusiones que puedan ser esperanzas para los dos á un tiempo, con muchos años por delante, como me puedes querer tú á mí, como te quiero yo á ti, criatura.

CLARA, *un poco conmovida, pero echándolo á broma por testarudez.*

Sí, que tú á mí me querrás mucho.

PABLO

No te lo puedes tú figurar.

CLARA

Amor de verano...

PABLO

Ponme á prueba, y verás.

CLARA

¡ Á prueba ! ¿ Te tirabas tú á un pozo por mi cariño ?

PABLO

¡ Si no estabas tú dentro, no !

CLARA

¡ ¡ Ah !! ¿ Eras capaz de darte de trastazos con el primer hombre que pase por la calle ?

PABLO

Si te hubiera ofendido, sí.

CLARA

No, no, sin ofensa. Sólo por divertirme...

PABLO

Un poquito raro es el capricho, pero...

CLARA

No hay pero que valga : ¿ sí ó no ?

PABLO

Bueno, pues sí.

CLARA

Bueno, pues sí. (*Muy excitada, y sin saber lo que se dice.*) ¡Ay, amigo! No somos aquí tan tontas como parece... ¡Amor, amor, amor!... Qué poco cuesta decir palabras, pero luego... ¡Ay Señor!... ¡Ay Señor, qué pena! como dice mi madre... ¡Sí, más vale reirse, más vale reirse! (*Se ha ido excitando poco á poco, y rompe en una risa nerviosa, que acaba en llanto.*)

PABLO, *muy asustado.*

¡Clara!

CLARA

¡Ja, ja, ja, ja!

PABLO

¿Qué te pasa? Me asustas. ¿Lloras?

CLARA

Bueno está lo bueno. No lloro, no. Me río, ¿no ves que me río?... ¿Por qué me miras con esos ojos? (*Calmándose y quedándose muy seria.*) Ya no me río, ea.

PABLO

Clara, no te echés á perder la vida, y no me la

amargues á mí para siempre. Dicen que eso del amor, así de golpe es una simpleza. No sé los demás. Yo, desde que te vi la otra tarde... al llegar, te quiero definitivamente... así, como lo oyes. Y, no te ofendas, que no es por presunción : estoy casi seguro de que á ti te sucede poco más ó menos lo mismo...

CLARA

No sé qué motivos te he dado para que creas eso.

PABLO

Ninguno. Eres una muchacha formal, prudente, desdeñosa...

CLARA

Ya ves.

PABLO

Pero el cariño es como el vino añejo : salta á los ojos.

CLARA

No, no...

PABLO

¡ Mira que es cosa buena la vida ! ¡ Vaya un caminito para ir los dos del brazo ! Y vaya un par de peregrinos por esas carreteras de Dios. ¡ Y

que no nos íbamos á reir con ganas ! ; Y que no íbamos á correr y á bailar hasta que nos cayésemos de viejos ! ; Y que no vas á estar tú poco bonita de vieja !, con esos rizos negros, blancos, y con una papalina de encaje, y con unos lentes.. y haciendo media.

CLARA

¡ Ja, ja, ja !

PABLO

¡ Así me gusta á mí; que te rías.

CLARA, *rehaciéndose.*

Si no me río.

PABLO

Pues no te has de reir. Anda. (*Le ofrece el brazo.*) Que está esperando el tren... dame el brazo, y en marcha. ¿Nos vamos?

CLARA

Quita, quita; estás loco.

PABLO

¿Otra vez?

CLARA

Otra vez y siempre. Yo no tengo más que una palabra, y si te has figurado otra cosa, has hecho muy mal.

PABLO, *desolado.*

¡ Clara !

CLARA

Muy mal... y ya que ha salido la conversación, te aconsejo, ó te pido, que hagas el favor de no molestarme más con estas cosas. Tú mismo lo has dicho : yo soy una muchacha seria, y no me gustan las tonterías.

PABLO

¿ Eso es todo ?

CLARA

Todo. Adiós.

PABLO

Buenas tardes. Ya sé lo que me toca hacer.

CLARA, *volviéndose vivamente.*

¿ Qué ?

PABLO

Es cosa mía.

CLARA

¡ Ah ! creí...

PABLO

No, señora.

CLARA

Me alegro. Buenas tardes. (*Salen cada uno por su lado. La escena queda un momento sola.*)

ESCENA III

El PREDICADOR, el MATADOR DE TOROS, el SACRISTÁN y el MOZO DE ESTOQUES; después DOÑA LUISA, DON EMILIO, DOÑA MARIANITA y CLARA.

(Se ve asomar al Predicador á la puerta de la calle; mira bien la casa, y entra seguido del Sacristán, que lleva la bolsa de seda roja. Apenas ha entrado, aparece el Matador seguido del Mozo de estoques, que lleva el hatillo; repiten la pantomima en la puerta, y entran también.)

SACRISTÁN

¡ Ave María purísima.

MOZO DE ESTOQUES

¡ Á la pá é Dios !

PREDICADOR

Llama al aldabón. (*El Sacristán llama : nadie responde.*)

SACRISTÁN

Nada, que no contestan.

MOZO

Ni pío. (*Da vueltas y palmadas.*)

PREDICADOR

Ya saldrán : deja eso ahí en una silla, y te puedes marchar.

SACRISTÁN

Está bien, don Cirilo ; si necesita usted algo, ya lo sabe usted, ahí estoy á la vuelta, con el demandadero de las Clarisas.

PREDICADOR

Está bien.

MOZO

¿ Me las piro ?

MATADOR

Píratelas. — Deja eso por cualquier parte, y dentro de media hora aquí, para que vayamos á vestirme.

MOZO

Está bien. Si se te ofrece algo, ya lo sabes; ahí á la vuelta, con los compañeros, en la taberna de Pelos Rufos.

MATADOR

Andando.

(Salen á un tiempo el Sacristán y el Mozo de estoques : se miran con recelo. El Sacristán se adelanta con cierta prisa. El torero le mira despreciativamente, y escupe por el colmillo.)

MATADOR

Pos señó : esto parece una casa embrujá... con perdón sea dicho, señor cura...

PREDICADOR

Sí que es raro que no salga nadie.

MATADOR

Más valdrá sentarse. *(Se sienta.)*

PREDICADOR

Tiene usted razón. (*Se sienta. Pausa.*) Buena tarde les hace á ustedes para la corrida.

MATADOR

No sé qué le diga á usted. Hay por ayí unas nubes de viento que puede que nos hagan la pascua... con perdón sea dicho, señor cura...

PREDICADOR

Mucho tiempo hace que no nos encontrábamos.

MATADOR

Desde la fiesta del Cristo en Villavieja, pá Septiembre hace un año.

PREDICADOR

Sí que es verdad. Por cierto que el mes pasado, en la del Carmen, que prediqué como todos los años, me chocó que no estuviera usted en la Nava.

MATADOR

¡ Calle usted ! Si han llevao al Chano, un maleta indecente, con perdón sea dicho. Ya no

valen ná las fiestas de la Nava : es como la feria de Villanueva. ¿Á que este año no le han llamao á usted tampoco? Desde que han prohibido el juego, está to eso perdió...

PREDICADOR

Sí que es verdad.

MATADOR

En fin, la Virgen Santísima nos dé una hora güena, porque lo que es en este pueblo, me gusta quedar como es debío... ya va pá cinco años que venimos, ¿no?

PREDICADOR

Cinco años, sí.

MATADOR

Ya sé que esta mañana ha estao usted güeno. No es que yo haya oído el sermón, porque la iglesia pa mí tié mala pata, con perdón sea dicho, señor cura... pero me lo ha contaó quien ha estao ayí y lo entiende. No sé qué dice que había dicho usted de Santiago bendito... de los pececiyos de la mar, y el escuo de España... en fin, cosa fina. A ve si yo no me queo atrás esta tarde, que tó podría ser con esas nubesiyas.

PREDICADOR

¿No le parece á usted que podemos volver á llamar?

MATADOR

Sí, porque el don Emilio dijo que venía en seguida... pero ya, ya... (*Se levanta y se acerca á la puerta á tiempo que entra doña Luisa muy compuesta.*)

DOÑA LUISA

¿Se puede pasar? (*Viendo al torero y al cura.*)
¡Ay, don Cirilo, usted por aquí. ¿Cómo está usted? ¡Cuántísimo me alegro de verle! (*Le besa la mano, con muchos extremos, fingiendo que no ve al torero.*)

PREDICADOR

¡Adiós, doña Luisa!

MATADOR

¡Buenas tardes, señora!

DOÑA LUISA, *desdeñosa.*

Muy buenas. (*Hablando con el cura.*) ¿Ha visto usted ya á Emilio?

PREDICADOR

No hemos tenido todavía el gusto de ver á nadie.

MATADOR

Á la cuenta, en esta casa debe de haber faye-sío toa la familia.

DOÑA LUISA

¡Jesús qué atrocidad! (*Dirigiéndose siempre al cura.*) ¿No han llamado ustedes?

MATADOR

¡Que si no hemos yamao! Gracias á que aquí el señor cura y yo nos hemos estao ayudando á bien morir uno á otro, y viceversa.

DOÑA LUISA

¡Ay, no gaste usted bromas con la muerte!

MATADOR

¿Le tiene usted miedo á morirse?

DOÑA LUISA

¿Y usted no?

MATADOR

Á mí entoavía me quedan muchos años por delante.

DOÑA LUISA

¡ Sólo á usted ! Me gusta.

MATADOR

Es un decir, porque con el pícaro oficio que uno tiene no pué uno responder de ná... pero, por ley natural, usted tiene que ir pa lante, con perdón sea dicho, un poquiyo más antes que un servidor.

DOÑA LUISA

¡ Grosero !

MATADOR

Aquí el señor cura nos enterrará á todos, porque pa él es el mundo.

DOÑA LUISA

¡ Se quiere usted callar !

MATADOR

¡ Punto en boca ! (*El cura se ríe silenciosamente.*)

DOÑA LUISA

¿De qué se ríe usted?

PREDICADOR

Yo, señora.

DOÑA LUISA

Sí, sí, bueno es usted también, á pesar de los hábitos.

PREDICADOR

¡Señora!

DOÑA LUISA, *acercándose mucho.*

¡ Nos conocemos, nos conocemos ! ¿Qué tal esa guitarra? No se ruborice usted que el cantar peteneras no es ningún pecado. ¡ Y que usted las canta con una expresión !...

PREDICADOR

¡ Las cantaba, señora, las cantaba ! ¡ Flaquezas de los pocos años !

DOÑA LUISA

¡ Ay, cómo me emocionan á mí las peteneras !
Aquella de

Si el amor que he puesto en ti
tan firme y tan verdadero...

MATADOR

Pos no digamos ná de aqueya :

En el cementerio entré,
y dije al sepulturero...

DOÑA LUISA, *tapándose los oídos.*

¡ Pero este hombre quiere acabar conmigo !
¡ Ay, ya está aquí Emilio !

MATADOR

¡ Ja, ja, ja.

DOÑA LUISA, *acercándose con apresuramiento
á don Emilio, que entra.*

¡ Pero cómo sabe este hombre hacerse esperar !

EMILIO

¿ Todavía no se ha muerto usted, señora?

MATADOR

¡ Ja, ja, ja !

EMILIO

¡ Estos aquí ahora ! Buenas tardes, señores.

PREDICADOR

Buenas tardes.

MATADOR

Muy buenas.

EMILIO

¡ Pero cómo no han llamado ustedes ! Ustedes dispensen... estas mujeres están locas... Mariana, Mariana... pasen ustedes y refrescarán... Mariana.

MARIANA, *saliendo muy apurada.*

Ya voy, niño; ¿qué pasa?

EMILIO

¿Dónde estáis metidas? Estos señores llamando hace una hora...

DOÑA MARIANITA

Por Dios, niño... ¡ Ay, señor, qué trastorno ! ustedes dispensen. Pase usted, don Cirilo... Pase usted don... señor...

MATADOR

Vicente Sánchez para servir á usted, alia el Seboyero.

DOÑA MARIANITA

Pase usted, señor Cebollero, pase usted...

EMILIO

¿Y tu hija?

DOÑA MARIANITA

¿Clara? No lo sé. (*Sale Clara.*) Ahí la tienes.

EMILIO

¿Dónde vas?

CLARA

Ahí, al huerto á cortar unos claveles.

EMILIO

Espérame, que salgo en seguida. ¿Qué te pasa?

CLARA

¿Á mí? Nada.

EMILIO

¿Estás triste?

CLARA

¿Yo? No.

PEPA, *desde la ventana.*

¡Señora!

DOÑA MARIANITA

¡Qué!

PEPA

¿Que cuántas jícaras de arroz se sacan?

DOÑA MARIANITA

Allá voy. Emilio, estos señores

EMILIO

Voy, voy... Salgo ahora mismo.

CAMILA

¡Señora!

DOÑA MARIANITA

¡Ay, Santiago bendito! ¡Esto sí que es ganar el infierno con trabajo!

(Entran todos, menos Clara que se queda en el huerto y se dispone á cortar unos claveles.)

ESCENA IV

CLARA y PABLO

(Pablo sale con el saco de viaje en la mano y un abrigo al brazo. Finge querer pasar sin que

le vea Clara, pero en realidad hace cuanto puede por llamarle la atención. Ella se vuelve, y se le queda mirando con asombro.)

CLARA

¿A dónde vas con ese saco?

PABLO

Á la estación.

CLARA

¿Á qué?

PABLO

Á tomar el tren.

CLARA

El tren, ¿para dónde?

PABLO

Para Madrid.

CLARA

¡Te vas á Madrid!

PABLO

Sí; aquí ya no tengo que hacer nada.

CLARA

¡ Ah !

PABLO

¿Es esa toda la despedida que se te ocurre?

CLARA

Que lleves buen viaje.

PABLO

Gracias.

CLARA

Y que te diviertas mucho.

PABLO

Procuraré.

CLARA

En Madrid no debe de ser difícil...

PABLO

¿Divertirse? Facilísimo, teniendo humor... y pesetas.

CLARA

Lo que es humor no te faltará á ti...

PABLO

Esperémoslo. (*Le da la mano.*) Adiós, primita. Buena suerte, felicidad inacabable, amor perfecto, media docena de hijos y pocos catarros conyugales que cuidar. Avísame el día de la boda, para decirle adiós definitivamente á tu recuerdo y enviarte un regalito de buen gusto. ¿Quieres llamar á tu madre y á tu futuro esposo?

CLARA

¿Para qué?

PABLO

¡Toma! Para decirles que me marcho. ¿Quieres que desaparezca como un prófugo ó como un desesperado á la romántica?... ¿Te da cierto temblorcillo entre miedo y gusto pensar que ahora me voy, y que acaso mañana me encuentren en el río, ahogado por tus lindos ojos?

CLARA

¡Jesús!

PABLO

No, no; no te asustes. Me voy con pena, con muchísima pena, tanto por ti como por mí...

pero me voy... ya ves... á la estación, sencillamente... con mi saco de mano, y no hay pistola dentro, te lo juro.

CLARA

Más vale así.

PABLO

Más vale así... ¿Llamas?

CLARA

Ya voy. No tienes poca prisa.

PABLO

Es que (*Saca el reloj.*) dentro de media hora se va el tren.

CLARA

Á la noche hay otro.

PABLO

Pero este es el exprés.

CLARA

Y va más de prisa ¿verdad?

PABLO

Claro va más de prisa. Llego á Madrid á las

nueve, y esta misma noche puedo estar á las once en el Kursaal.

CLARA

¿Qué es eso?

PABLO

Un salón concierto.

CLARA

¿De música?

PABLO

Y de baile.

CLARA

¡ Ah ! Te gusta bailar...

PABLO

No; ver bailar.

CLARA

¡ Ya ! Es baile para ver.

PABLO

Justo. Para ver.

CLARA

¿Y vas todas las noches?

PABLO

Casi todas.

CLARA

¿Y son... bonitas las... mujeres que bailan?

PABLO

Bonitas y alegres.

CLARA

¡ Ah ! (*Él saca el reloj, y no dice nada.*) Ya voy, ya voy. (*Sin darle importancia.*) ¿Por qué no te quedas á la corrida?

PABLO

No me interesa el Cebollero.

CLARA

Pues mata muy bien.

PABLO

Es posible.

CLARA

¿Te quedas?

PABLO

Me voy. Llama á tu madre.

CLARA

Yo no la llamo. Para que se figure que es cosa mía, y me armen un escándalo... Entra tú, que ahí están en la sala con el predicador y el torero. (*Él, dócilmente, se dirige hacia la casa.*) ¡ ah! (*él se vuelve*) y no les digas que has hablado conmigo. (*Él sigue andando.*) ¡ Oye! (*Él se vuelve.*) ¡ Y si yo... no, nada! (*Él vuelve á echar á andar.*) ¡ Menudo caramillo me van á levantar á mí con este viajecito!... ¡ Pablo!

PABLO, *acercándose.*

¡ Qué qué hay!

CLARA, *entre dientes.*

¡ No quiero que te vayas!

PABLO, *tirando el saco y cogiéndola las manos.*

¡ Al fin!

CLARA

¡ No me mires! ¡ Déjame!

PABLO

¿Te habías tú llegado á figurar que iba yo á marcharme... dejándote aquí? ¡ Ó los dos, ó ninguno !

CLARA

¡ Ah ! ¿ Era mentira ?

PABLO

Pero ahora es verdad que me quedo, y que te quiero, y que me quieres. ¿ Verdad que me quieres ? ¡ Dime que me quieres !

CLARA

No lo sé...

PABLO

Me parece que sí.

CLARA

Puede. (*Sonriendo.*)

PABLO

¡ Bendita sea tu boca ! Eres la mujer más buena del mundo, y yo el hombre más contento de la tierra. Mírame. Vamos á ser más felices, más felices, más felices...

CLARA

Que un final de un cuento. ¡ Ay, el tío !

PABLO

¿Dónde?

CLARA

No, no ; si es que me acuerdo. ¿Qué va á decir ahora? Porque él me quiere mucho, no creas, y esto es portarse muy mal con él... pero muy mal.

PABLO

Déjalo de mi cuenta. Yo le explicaré...

CLARA

No, no ; tengo que decírselo yo.

PABLO

¿Te atreves?

CLARA

¡ Ya lo creo ! Además, es mi obligación... él siempre se ha portado muy bien conmigo...

PABLO

Como quieras.

CLARA

Diciéndoselo yo... con cariño... le hará mejor efecto.

PABLO

Lo dudo.

CLARA

Sí, sí, en cuanto le vea. Ahora, dentro de un rato. ¡No faltaba más!

EMILIO, *dentro.*

¡Clara, Clara!

PABLO

Ahí le tienes.

CLARA, *echándose á temblar.*

¡Ay, Jesús, ay, Jesús!

PABLO

¿Qué te pasa?

EMILIO, *en la puerta.*

¡Clara!

CLARA

¡Ay, Señor mío!

PABLO

Pero, ¿y aquel valor?

CLARA

Díselo tú, díselo tú... Yo no me atrevo.
(*Escapa á correr, y tropieza con don Emilio en la puerta.*)

ESCENA V

EMILIO y PABLO; *después* CLARA

EMILIO

¡Clara!... ¿Qué le pasa á esa loca?

PABLO

Nada, tío... que le estaba esperando á usted para decirle una cosa, y al verle á usted llegar le ha entrado miedo.

EMILIO

¿Miedo á mí ó á lo que tenía que decirme?

PABLO

Puede que á las dos cosas.

EMILIO

¿Y te ha encargado á ti de la embajada?

PABLO

Á mí.

EMILIO

Me la figuro.

PABLO

Más vale; porque así me ahorra usted el disgusto de dársela.

EMILIO

¿Y si yo tengo gusto en oirla?

PABLO

Como usted quiera.

EMILIO

Empieza... ¡y acaba!

PABLO

Clara y yo nos queremos... y hemos decidido...

EMILIO

Casaros, ¿verdad?

PABLO

Justo, casarnos.

EMILIO

¡ Señor sobrino : eres un canalla !

PABLO

¡ Tío !

EMILIO

Sí; porque cuando llegaste á esta casa te enteraste de sobra de que Clara, de que... en fin, de que la quiero.

PABLO

También la quiero yo.

EMILIO

¡ Esa no es disculpa !

PABLO

Pues es la única que tengo.

EMILIO

¡ Pues, hijo mío, por la puerta se va á la calle, y por la calle á la estación, de modo que andandito !

PABLO

Sí, señor; con ella.

EMILIO

¡ Con ella !

PABLO

Con ella.

EMILIO

Mientras yo viva, no será verdad.

PABLO

Permítame usted que le diga que en eso no es usted quien tiene que decidir.

EMILIO

Eres tú, ¿verdad?

PABLO

Tampoco : es ella.

EMILIO

¡ Dale con ella !

PABLO

¡ No se enfade usted, tío !

EMILIO

Bailaré de contento, si te parece. Tiene gracia el niño... Vine, vi y vencí. ¡Canastos con el don Juan Tenorio!

PABLO

Tío, si ya no tiene remedio...

EMILIO

No ¿verdad? Pasión irresistible... y de golpe y porrazo, como un tabardillo. Claro está, la niña es apetitosa y luego el gustazo de jugársela al viejo. Miel sobre hojuelas.

PABLO

¡Tío, si no es eso!

EMILIO

¿No? pues tú dirás.

PABLO

Si usted me deja.

EMILIO

Habla, habla. Por muchas retóricas que digas no ha de cambiar el caso.

PABLO

Es que...

EMILIO

Sí sí, que la niña tenía unas ganas rabiosas de novio... que no había en el pueblo ningún hombre posible, que se aburría mucho, y que para matar el aburrimiento, bueno es el tío. Que llegó el sobrino, que encontró el horno á temple, que convenció á la niña de que el tío era demasiado viejo. ¡Magnífico! Pero, hijo mío, no cantes victoria. Amor de niña, agua en cesta. Puede que esta noche en el baile, se presente un tercero en discordia y la convenza de que tú eres demasiado joven. ¡Romeros somos, que camino andamos! Adiós. (*Va hacia la casa.*)

PABLO

¡Tío!

EMILIO

¿Qué pasa?

PABLO

No se vaya usted así, ofendido conmigo.

EMILIO

¡Ah, vamos! Todavía tengo que quedar fina-

mente, que darte el parabién, ¿no es eso lo que quieres?

PABLO

Quiero que usted me oiga.

EMILIO

Es verdad, no se te vaya á indigestar el discursito que tienes preparado. Desahoga, hijo mío...

PABLO

La cosa es un poco violenta para todos, pero no tenemos la culpa ninguno. Usted la quiere á ella. Es muy natural.

EMILIO

Vaya, vaya.

PABLO

Ella también le quiere á usted muchísimo...

EMILIO

Tantas gracias.

PABLO

Le quiere á usted muchísimo, pero de otro modo.

EMILIO

Comprendo. ¡ Como á un padre ! Efecto dramático un poco gastado, pero que todavía conmueve al burgués sensible. ¿ Qué más ?

PABLO

Que cuando usted la habló... ella es muy inocente.

EMILIO

No tanto como á ti se te figura.

PABLO

Y tomando cariño por cariño, creyó pagarle á usted de buena ley... luego, las circunstancias...

EMILIO

Las circunstancias ¿ eh ? ¿ Eres determinista como Jenaro ?

PABLO

Soy un hombre que le estima á usted mucho, que siente darle á usted este disgusto, que le pide á usted todos los perdones posibles, pero que está todo lo enamorado que un hombre puede estar.

EMILIO

¡Que aproveche! ¿Has terminado ya?

PABLO

Ya.

EMILIO

Pues ahora empiezo yo. Como tú dices, el lance es muy desagradable para mí... pero como no tiene remedio, más vale quedar en postura gallarda. Renuncio, pues, á la mano de doña Leonor, y me consuelo recordando que, después de todo, he sido su primer amor, y la he preparado admirablemente para el segundo. Su primer amor... porque, sobrino mío, no hay que darle vueltas, la primera vez que ha temblado al oír que un hombre le decía. « ¡Te quiero! » se lo estaba diciendo yo. Y ese primer temblor de los diez y ocho años, ya ves tú, una cosa tan pequeña y tan leve, deja señal para toda la vida. Te lo digo yo, que entiendo de temblores. Valiente consuelo, ¿verdad? Ya ves tú, á mí me da mucho gusto pensar que en todos los besos que te dé á ti estará el sabor de ese que á mí no me ha dado. Cada uno es feliz á su modo. Además, le viene de casta la maestría en el arte de amar : por parte de madre, me tiene á mí, y

su padre, si no se muere á tiempo, me quita la fama; no te digo más. Serás un marido afortunado, y yo así lo deseo. Puede que me hayas hecho un favor. Dices que Clara es muy inocente; acaso seas tú más inocente que ella. En fin, si con todo su candor me ha jugado esta buena partida, figúrate si llegas á venir unos meses más tarde, cuando ya el matrimonio ¡ conmigo ! la hubiese hecho perder la inocencia. ¿Por qué pones esa cara tan tétrica? Todo esto ha sido broma. Llámala, llámala, que la quiero dar la enhorabuena, no tengas miedo; de todo corazón.

PABLO

¡ Clara, Clara ! (*Clara se asoma á la ventana y al ver á su tío, la cierra de golpe, dando un grito.*)

CLARA

¿Qué hay?

EMILIO

Baje usted, baje usted, señora mía...

CLARA

¡ Ay !

EMILIO

Existe la conciencia. ¡Quién lo diría! Vuélvela á llamar.

PABLO

¡Clara, Clara!

CLARA

¿Qué quieres?

PABLO

¡Baja! (*Clara desaparece. Los dos hombres, sin pronunciar palabra, pasean. Ella aparece en la puerta, y se queda sin atreverse á adelantar.*)

EMILIO

Acércate, que tengo que decirte cuatro cosas.

CLARA

¡Tío!

EMILIO

¡Tío! Has hecho bien... si él te gustaba más; pero no has sido franca, y en eso has hecho mal.

CLARA

¡Tío!

EMILIO

Sé muy feliz, y se acabó la historia.

CLARA

¿Está usted enfadado?

EMILIO

No por cierto.

CLARA

¡Qué bueno es usted!

EMILIO

¿Verdad? Ya está ese corazón compasivo pensando en alegrarme la vejez...

CLARA

¡Yo!

EMILIO

Sí, señora. Soñando con traerme los nenes para que me consuelen con sus risas. No, sobrina, no. Casaos de prisa y marchaos prontito, que yo aquí me quedo con mis recuerdos.

PABLO, *á Clara*

¡Mañana mismo nos vamos de aquí!

CLARA, á Pablo.

¡ Qué tonto eres ! (*Acercándose á don Emilio muy cariñosa.*) ¡ Tío !

EMILIO

¡ Dejarme en paz ! (*Ellos salen despacio por el fondo : él se sienta un instante y medita.*) Pues señor : ¿ He perdido la vida tirándola con rumbo á los cuatro vientos ? Puede que sí y puede que no : porque si me quedan unos cuantos días de vejez solitaria... ¡ ay, qué bien me han sabido mis treinta y cinco años de juventud en buena compañía !

ESCENA VI

DOÑA MARIANITA y DON EMILIO

DOÑA MARIANITA, *apareciendo en la puerta de la casa.*

¡ Emilio, Emilio, que te están esperando estos señores !

EMILIO, *levantándose.*

Voy, mujer, voy. (*Se dirige á la casa : doña*

Marianita le mira con asombro, cuando pasa á su lado, porque anda despacio con aire de viejo.)

DOÑA MARIANITA

¿Qué te pasa, niño? ¿Estás malo? ¿Qué tienes?

EMILIO

Casi nada... Tengo... que tengo cincuenta años y hasta hace media hora no lo he sabido! ¡Juventud, divino tesoro!... (*Entra en la casa. Doña Marianita se le queda mirando.*)

TELÓN

CUENTO DE LABIOS EN FLOR

PERSONAJES

BLANCA.

ROSALINA.

PABLO.

UN PASTOR.

UN BOYERO.

LAVANDERAS.

CUENTO DE LABIOS EN FLOR

JORNADA PRIMERA

Sobre el río, bermejo atardecer de verano. El cauce es hondo; el agua va entre peñas, cantos pulidos, arenas limpias; las peñas son negras y están vestidas de musgo; en las grietas hay rosales silvestres, zarzas, clavellinas, matas de beleño; á la orilla del agua, juncos y hierba loca; entre los juncos, ranas que saltan y se zambullen con leve chapoteo; entre las zarzas, pájaros. Como es el cauce pedregoso, el agua salta, canta, se quiebra, y hace espuma, y sobre la espuma se deslía la luz del sol poniente. Hay un remanso; el agua en él se aquieta, se hace profunda, se desparrama lentamente, un poco estremecida, sobre la arena rubia de las márgenes; más allá de la arena hay peñones cortados á pico, color de ocre sangriento, que se

van poco á poco desmoronando. Sobre el agua tranquila, la luz espejea en anchas refulgencias cobrizas. Junto al remanso están las lavanderas : de rodillas en tierra, golpean los lienzos sobre las piedras chatas, y salta el agua en gotas, y cae de nuevo al río con claro son de charla y de risa : ellas también charlan ríen y cantan.

Blanca y Rosalina van bajando por el pedregal. Blanca tiene el cabello color de mies madura á mediodía : el cabello de Rosalina es negro azul ; pero las dos tienen los labios en flor, y el mirar de sus ojos es luz de fiesta y de caricia. Viene con ellas una cordera de égloga, en cuya lana blanca hay cabos rubios como de seda. Caminan despacio, dejándose acariciar por el aire y por la música del río, y van parándose á mirar la felpa de los musgos, que tiene profundos matices verdes y rojos, con recamados de oro y púrpura.

Las lavanderas cantan :

Como el agua del río
 Son mis amores,
 Como el agua del río...
 Canta y no llores...
 Como el agua que pasa
 Son mis amores.

BLANCA

Me gustaría ir vestida de musgo.

ROSALINA

Á mí de sol.

BLANCA

El musgo se parece al sol... Mira cuántas hebras color de luz. ¡Qué suave es!

ROSALINA

Y qué bien huele : á fresco y á tierra. Dan ganas de morderle. ¿Te gusta á ti el olor á tierra?

BLANCA

Sí. Cuando en verano cae un chaparrón.

ROSALINA

Y cuando están cavando un huerto y sale la tierra negra y jugosa.

BLANCA

Y cuando es otoño, y se amontonan las hojas en el suelo, y llueve un poco, y empieza á hacer frío.

ROSALINA

Qué triste es el frío... Á mí me da miedo el invierno, como una cosa mala.

BLANCA

Pero en invierno, dentro de casa, junto á la lumbre, parece que se quiere uno más. ¿Te acuerdas de la lumbre, de noche, con la cocina á oscuras, las llamas grandes y el ruido de las chispas, y cómo relucen en los dorados de la espetera y en los ojos del gato, que está acurrucado en un rincón?

ROSALINA

Mejor que la lumbre en el hogar, es el sol en Agosto á medio día. ¿Has visto los geráneos rojos del jardín, y las amapolas en el trigo, y el cielo azul, azul, y el aire que está lleno de burbujas de oro que van subiendo, subiendo y temblando como humo de incienso? ¡ Y el sol en el agua !

BLANCA

Me gusta la luna en los árboles.

ROSALINA

Me gusta oír cantar á las cigarras, y ver volar la paja menuda cuando están aventando la mies en las eras.

BLANCA

Algunas noches la luna tiene un cerco de color de arco iris muy pálido, como una perla.

ROSALINA

Algunos días hay tanta luz de sol, que no se ve el sol en el cielo : parece que está en todas partes, en el aire, en la tierra; yo cierro los ojos y sigo viendo por dentro la luz, y entonces estoy loca de luz, y tengo deseos de cantar, y abrazo los árboles, y quisiera ser pájaro, y le mando en el vuelo de los pájaros besos al sol, y te quiero más que á mi vida.

BLANCA

Yo te quiero siempre más que á mi vida.

ROSALINA

Y yo á ti; pero en estos días de verano te quiero como si cantara. ¡ Qué alegre es quererse ! Si nunca hiciese frío ni lloviese, podría uno andar siempre por esos mundos, comiendo cerezas y moras, bebiendo agua clara, durmiendo á campo abierto sobre la hierba seca, debajo del cielo, diciéndose á gritos en el aire : ¡ te quiero ! ¡ te quiero ! En las casas siempre hay que hablar

quedito, porque siempre hay alguien que está durmiendo ó que tiene pena, ó que ya es muy viejo y se asusta de oír. Dentro de las paredes se muere la alegría, porque es una amapola, porque es un río al sol, porque es una cigarra y una alondra. ¿En qué estás pensando?

BLANCA, *abrazando á Rosalina, y hablándole en voz baja, al oído.*

Yo daría mi alma por ti, y quisiera tener toda la tristeza del mundo para que tú pudieras reírte siempre.

ROSALINA

¡Ay, no! Porque si tú estuvieras triste, yo no podría volverme á reír.

BLANCA

¡Qué buena eres!

ROSALINA

¿Verdad? Mírame. No pongas esos ojos de santa. Ríete, criatura; así, más fuerte. ¡Qué felices somos! Oye, cuando seamos viejecitas, cuánto nos vamos á querer... á tu gusto, junto á la lumbre; porque entonces hasta el sol de Agosto nos dará frío. Aquí, cordera.

(Han llegado al río y han de atravesarle: hay

de trecho en trecho piedras puestas allí para que sirvan de pasaderas. Blanca y Rosalina se descalzan : luego Rosalina levanta en brazos á la cordera, que se acurruca como un niño.)

LAS LAVANDERAS

Á paseo ¿eh?

BLANCA

Vamos á que paste la cordera.

LAS LAVANDERAS

Para vosotros es la vida.

ROSALINA

¿Está fría el agua?

(El agua está tibia : sobre las piedras chatas se desliza callando : los pies desnudos se posan en las piedras, y el agua salta lamiendo los pies. Al blando cosquilleo, las niñas se ríen, y prolongan el paso del río, por sentir la caricia entre los dedos, sobre el empeine, bajo la planta.)

(El cielo va empalideciendo, porque ya el sol se hunde : sobre las peñas está ardiendo la puesta del sol, y ellas se recortan profundamente violetas, fileteadas en lo alto de luz : á media vertiente hay un huerto, y en el huerto guindos y chopos : los

últimos rayos de sol, llegando de soslayo, doran y acarminan los troncos, y el suelo bajo ellos, con fulgor de fantasmagoría. Es dulcemente triste mirar cómo el fulgor se va apagando en cada tronco, y cómo luego se refugia en las ramas, y salta luego al aire, y allí se pierde en la desgarradora melancolía crepuscular. También se han apagado los filetes de luz de las peñas. Á oriente, hay en el cielo tenue matiz verdoso : el azul caldeado del aire se enfría en gris. Una brisa leve se alza del río, y el ramaje profundo de los chopos comienza á gemir. Se oyen las voces de las lavanderas, á un tiempo agudas y lejanas, en el silencio que está naciendo; y se oye el agua, que sigue pasando, y una algarabía de pájaros, que entre las ramas de los guindos pían desafortadamente y revolotean antes de quedarse dormidos.)

(Blanca y Rosalina se han sentado en la linde del huerto. La cordera, pacienzudamente, paca un poco más lejos.)

BLANCA

¡Qué silencio !

ROSALINA

¡ Y qué fresquito sube del agua !

BLANCA

El suelo está caliente todavía, y el tronco de este árbol también.

ROSALINA

¡Qué gresca traen armada esos pájaros! Buena merienda se están dando de guindas. ¡Quién fuera pájaro!

BLANCA

¿Por las guindas?

ROSALINA

Por todo.

PABLO, *saliendo de entre los árboles del huerto.*

Buenas tardes.

BLANCA Y ROSALINA

¿Quién es?

PABLO

No os asustéis. Soy yo.

BLANCA

¿Cómo te llamas?

PABLO

Pablo.

ROSALINA

¿De dónde vienes?

BLANCA

¿Qué hacías aquí?

PABLO

He venido á pintar.

BLANCA

¡ A pintar ! ¿Qué pintas?

PABLO

¡ Qué sé yo ! El cielo, los árboles, las niñas bonitas que están debajo de los árboles.

BLANCA

Las niñas bonitas... (*Se ríe.*)

ROSALINA

Como Blanca.

PABLO

¿Quién es Blanca?

ROSALINA

Yo soy Rosalina.

PABLO

Como Rosalina y como Blanca. (*Ellas se ríen.*
Pausa.)

BLANCA

Nosotras nos vamos.

PABLO

¿Dónde?

ROSALINA

Al pueblo : ya va á anochecer.

BLANCA

Están tocando á la oración.

PABLO

Yo voy con vosotras.

JORNADA SEGUNDA

En el huerto, bajo los guindos, muy de mañana.

ROSALINA

¿Hay que estarse quieta?

PABLO

Sí, hay que estarse quieta. Un momento más. Así. Basta.

ROSALINA

Á ver... ¡ Qué triste estoy !

PABLO

Ya te pondré la alegría en los ojos.

ROSALINA

¿En los ojos está la alegría?

PABLO

La tuya sí.

ROSALINA

Será porque me gusta todo lo que veo. ¿Y con qué color se pinta la alegría?

PABLO

Con el alma. ¿Por qué te ríes?

ROSALINA

Porque no entiendo lo que dices.

PABLO

¿Y eso te hace reír?

ROSALINA

¿Quieres que lllore?

PABLO

No, no; tú no puedes llorar.

ROSALINA

¿Por qué?

PABLO

Porque has nacido para reír.

ROSALINA

Pues, ya ves, he llorado.

PABLO

¿Tú?

ROSALINA

Yo.

PABLO

¿Muchas veces?

ROSALINA

Muchas no; pero he llorado.

PABLO

Cuéntame eso.

ROSALINA

¿Qué?

PABLO

Lo que te ha hecho llorar.

ROSALINA

Eran cosas mías.

PABLO

Por eso me importan.

ROSALINA

Un día, cuando era muy pequeña, lloré de contenta porque mi madre me dió muchos besos. ¿Te ríes?

PABLO

No. ¿Qué más?

ROSALINA

Otra vez fué por Blanca.

PABLO

Por tu hermana.

ROSALINA

Pero ella no tuvo la culpa. Se puso mala, muy malita, no creas : el médico dijo que se iba á morir : á mí no me dejaban entrar á verla, y yo me iba á llorar y á dar besos á la puerta del cuarto. Otra vez fué en la iglesia, el día del Corpus, cuando entraba la procesión : ¡ qué sol hacía y qué buen olor ! ¿Te gusta la música?

PABLO

¿Por qué me lo preguntas?

ROSALINA

Porque me acuerdo del son del órgano aquella mañana.

PABLO

¿Y no has llorado nunca más?

ROSALINA

Muchas veces; pero ya no me acuerdo.

(Pausa. Los pájaros gorjean en los guindos : el sol va subiendo lenta y gozosamente.)

PABLO

Y por mí ¿llorarías?

ROSALINA

¿Por ti?

PABLO

Si yo me fuése, si no volviera nunca...

ROSALINA

¿Te quieres marchar?

PABLO

Si yo estuviese muy malo, como Blanca.

ROSALINA

Tú no me quieres como Blanca.

PABLO

Y tú ¿cómo me quieres á mí?

ROSALINA

¿Yo?

PABLO

Sí, tú.

ROSALINA

¡Quién sabe eso!

PABLO

Lo sabe el corazón.

ROSALINA

¿Qué corazón?

PABLO

El tuyo. ¿Quieres que se lo preguntemos?

(Rosalina sonríe y abre mucho los ojos, un poco intrigada. Pablo se acerca á ella y apoya la cabeza en su pecho.)

ROSALINA

¿Qué haces?

PABLO

Ya verás. Corazón alegre de Rosalina ¿cuánto cariño tienes para mí?

ROSALINA

¡Qué tonto eres! (*Pausa.*) ¿Contesta? ¿No? Me alegro.

PABLO

Se lo preguntaremos á tus ojos. Mírame, así, muy fijo... no los cierres, chiquilla.

ROSALINA

¿Qué?

PABLO

Tienes los ojos más bonitos del mundo : negros, negros, con chispas doradas, con toda la alegría de la tierra dentro. Ojos de Rosalina, ojos de luz, ojos de estrella en noche de verano. ¿Me quiere Rosalina?

ROSALINA

¿Qué?

PABLO

No contestan.

ROSALINA, *riendo.*

No lo sabe nadie, nadie.

PABLO

Yo sí lo sé. (*La besa en la boca.*) Dicen que sí, labios de flor, labios de guinda... ¿Dónde vas?

ROSALINA

Déjame.

PABLO

¿Te has enfadado?

ROSALINA

No; déjame.

PABLO

¿Te quieres ir?

ROSALINA

Voy á buscar á Blanca.

(*Blanca viene de lo alto del peñascal, con la cordera : trae un puñado de flores azules.*)

BLANCA

Aquí están las flores para el cuadro : las he cogido en aquel huerto de más arriba : están regando, y hace un fresquito... Y hay una zarza con muchas moras.

PABLO

¿Dónde vas, Rosalina?

ROSALINA

Á buscar esas moras que dice Blanca.

(Se aleja muy despacio, cuesta arriba : pasa bajo la sombra de los árboles, luego echa á correr : en lo más alto de las peñas se queda inmóvil, como una aparición, envuelta en el sol mañanero, bajo el cielo claro : echa á andar de nuevo y desaparece : poco después, se la oye cantar.)

BLANCA

¿Dónde quieres que me ponga las flores?

PABLO

En el pelo. No, así, desparramadas en la falda.
Á trabajar.

BLANCA

¿Saldré muy bien?

PABLO

Muy bien.

BLANCA

¿Por qué se ha marchado Rosalina?

PABLO

Se enfadó conmigo.

BLANCA

¿Contigo? No. Te quiere mucho.

PABLO

¿Te lo ha dicho á ti?

BLANCA

Pero yo lo sé.

PABLO

Tú lo sabes todo.

BLANCA

¿Yo lo sé todo?

PABLO

Tienes unos ojos tranquilos y profundos, que parecen irse posando sobre las cosas y sobre las almas, para pedirles su secreto : y luego, también son compasivos tus ojos.

BLANCA

No entiendo eso que dices.

PABLO

Quiero decir que vas acariciando cuando miras.

BLANCA

¿Á quién?

PABLO

Á todo.

BLANCA

Es que todo da gusto mirarlo. Ya ves, el cielo azul tan hondo, y el verde de la hierba, y el de las hojas recién nacidas, y las flores, y el agua, y los pájaros, y el musgo tan suave... Las cosas son las que acarician los ojos, como tú dices.

PABLO

No : eso lo dices tú.

BLANCA

Por las noches, cuando no hay luna, ¿no te parece que salen unos rayos de las estrellas, y que van bajando, bajando por el aire, y que se paran sobre los ojos para acariciarlos también, y entonces dan deseos de suspirar con una pena tan suavecita como la luz de las estrellas? Qué hermoso es el cielo ¿verdad?

PABLO

¿Qué sueñas tú cuando estás mirándole?

BLANCA

¿Soñar? Si estoy despierta...

PABLO

Despierto se sueña mejor, porque se sueña lo que se desea. ¿No has pensado nunca, mirando á los luceros, que alguien pudiera quererte mucho?

BLANCA

Alguien... ¿quién?

PABLO

Un rey, como á las pastoras de los cuentos de hadas. Un príncipe valiente venido de lejos.

BLANCA

Eso no pasa más que en los cuentos. Las pastoras de cuento son muy bonitas.

PABLO

Tú lo eres más. Tienes como ellas los rizados de oro, los ojos azules y el corazón amante.

BLANCA

Pero no hay príncipes.

PABLO

Pero hay enamorados.

BLANCA

¿En qué se conoce á un enamorado?

PABLO

En la alegría que se siente al verle llegar.

BLANCA

¿Alegría?

PABLO

Alegría triste, con lágrimas de gozo, calor del corazón, ansia de los ojos por mirarse en los ojos...

BLANCA

¿Dónde vas?

PABLO

Fiebre en los labios, por otros labios que se acercan. (*La besa.*) ¿Por qué lloras? Perdóname, perdóname... Mírame con tus ojos azules: no estés triste, no llores... ¿Me perdonas?

BLANCA

¿Dónde está Rosalina?

PABLO

Dime que me perdonas.

BLANCA

Si ya no lloro...

ROSALINA, *apareciendo en lo alto del peñascal.*

Venid, venid pronto; traigo una cesta llena de moras. Ahí va una, otra, otra; á ver si las cogéis en el aire... con la boca. ¡Qué cara se te ha puesto! Lávate, hombre, lávate en el río... así, de cabeza... Hasta el agua se ríe al verte tan lleno de sangre. (*Se ríe.*) Sangre de moras.

BLANCA

¿Estás contenta?

ROSALINA

¿Y tú? *(Se abrazan.)*

PABLO

¡Cómo os queréis!...

BLANCA

Porque somos hermanas. Si Rosalina tuviese pena, yo me moriría.

ROSALINA

Si alguien hiciese sufrir á Blanca, le mataría yo. ¡Ay! que se nos escapa la cordera.

(La cordera corre, subiendo la pendiente: los tres corren tras ella; á su paso se desprenden las piedras menudas, que, rebotando, rebotando, caen en el río y alborotan el agua con salpicaduras ruidosas; las ranas, asustadas: se zambullen. La cordera sigue corriendo; llega á lo alto de las peñas, sube, baja, entra en los huertos; allí se detiene socarronamente, mordisquea el trébol que ha nacido á la orilla de un regato, y se deja prender. Blanca la riñe blandamente, como á una cria-

tura. Luego se paran á descansar. Rosalina trae una hoja de col, que está llena de agua de rocío, y los tres beben; luego la cordera se come la verde y plateada copa, y ellos siguen riendo y charlando, mientras empieza á picar el sol, porque se acerca el medio día.)

JORNADA TERCERA

Acaba de ponerse el sol. Sobre la peña Mariola está el pastor vigilando al rebaño. Tiene una cayada y una honda : el perro dormita á sus pies; las cabras son rojas ó grises; pacen tranquilamente, tintineando las esquilas. Algún cabritillo emprende una carrera loca; se empina luego sobre una piedra, juntando las patas en un milagro de equilibrio. La peña es gris, moteada de musgo renegrido. Cerca, brota del suelo un manantial; el agua, borboteando levemente, se desparrama sobre fresco tapiz de berros y alfalfa; luego, jugango á que es un río, se forja un cauce entre piedras menudas y matas de hierba, y se va, murmurante y culebreante, á campo traviesa.

Blanca y Rosalina han venido á sentarse junto al pastor, que es viejo. La cordera pace entre las cabras.

ROSALINA

¿Se acabó el cuento, abuelo?

310





EL PASTOR

Se acabó el cuento.

BLANCA

¿Dices que murió Lucecita?

EL PASTOR

Como todos hemos de morir.

BLANCA

¿Y el rey, que tanto la quería?

EL PASTOR

El rey quiso morirse también de pena, pero no pudo; negra como la noche fué su tristeza, y su llanto amargo como el agua del mar. Iba por los bosques llamando á su muerta, y las fieras se espantaban de oírle. Mandó que se arrancaran todas las flores de todos los jardines de sus reinos, y que callaran todas las músicas, y que dejaran de correr las fuentes: y al amanecer injuriaba al sol, y al anocheecer insultaba á la luna, porque lucían después que Lucecita había muerto: y á su corazón mismo llamábale villano y mal nacido, porque al morir ella no había dejado de latir.

ROSALINA

¿Y qué sucedió luego?

EL PASTOR

Luego pasaron días, vinieron otros, y el rey se consoló.

BLANCA Y ROSALINA

¡ Se consoló !

EL PASTOR

Eso dice el cuento.

ROSALINA

Los cuentos son mentira.

EL PASTOR

Pero en la vida pasa como en los cuentos.

BLANCA

Si el rey se hubiese muerto, Lucecita no le hubiera olvidado ¿verdad, Rosalina?

ROSALINA

No le hubiera olvidado.

(El hilo de agua del manantial, corriendo,

corriendo, se trueca en arroyo : con clara voz va cantando su gozo : halla luego unas piedras; tuerce el camino : luego un despeñadero; da un salto; allí hay espumas, ruidos, risas del agua; y hay también un molino, cuyas ruedas se mueven con despacio traqueteo, como un corazón.)

BLANCA

¿En qué se conoce el amor, abuelo?

EL PASTOR

¿El amor?

BLANCA

Sí : figúrate un cuento. Hay alguien que dice : « Tus ojos acarician cuando miran. » ¿Qué quiere decir eso?

EL PASTOR

Eso quiere decir que quien lo dice está enamorado de aquellos ojos.

BLANCA

¿De veras?

EL PASTOR

De veras.

ROSALINA

Y cuando alguien pregunta : « ¿Llorarías por mí? » y luego dice : « Cuéntame el secreto de tu corazón? »

EL PASTOR

Quien eso dice ama á aquel corazón cuyo secreto pide.

ROSALINA

¿De veras?

EL PASOR

De veras.

BLANCA

Abuelo : ¿y un beso es pecado?

ROSALINA

Sí, abuelo : ¿un beso es pecado?

EL PASTOR

Un beso no es pecado : es amor.

BLANCA Y ROSALINA

¿De veras?

EL PASTOR

De veras.

BLANCA, *aparte*.

Me quiere.

ROSALINA, *aparte*.

Me quiere.

(La luz se cierne en violeta y plata : va á nacer la luna. Las cabras han dejado de pacer, y se agrupan en torno del pastor.

ROSALINA

Vámonos, Blanca.

BLANCA

Adiós, abuelo.

(El pastor llama á la cabra pinta : ordéñala en un vaso, que es un cuerno hueco. Rebosante, ofrécele á las niñas, que golosean la tibia espuma y beben despacio : luego se alejan. El aire está templado, y la noche empieza á cantar : cuatro chopos, que hacen un ramo solitario en medio del campo, mecen sus copas con ruido suave. Obscurece. Entre la hierba brillan los gusanos de luz. Blanca y Rosalina prenden algunos en sus cabellos.)

ROSALINA

¡Cómo ha anochecido!

BLANCA

Y estamos todavía muy lejos del pueblo.

ROSALINA

Saldremos al camino.

BLANCA

Esta cordera ya no quiere andar.

(En las cunetas cantan las cigarras, y más allá los grillos. Se oye lejana la voz de un cuco. Luego viene en el aire el son de un cantar lento, de un paso tardo y un rechinar de ruedas. Llega una carreta tirada por bueyes, cargada de hierba. Es el boyero el que viene cantando.)

ROSALINA

Buen hombre, ¿nos dejas subir á la carreta?

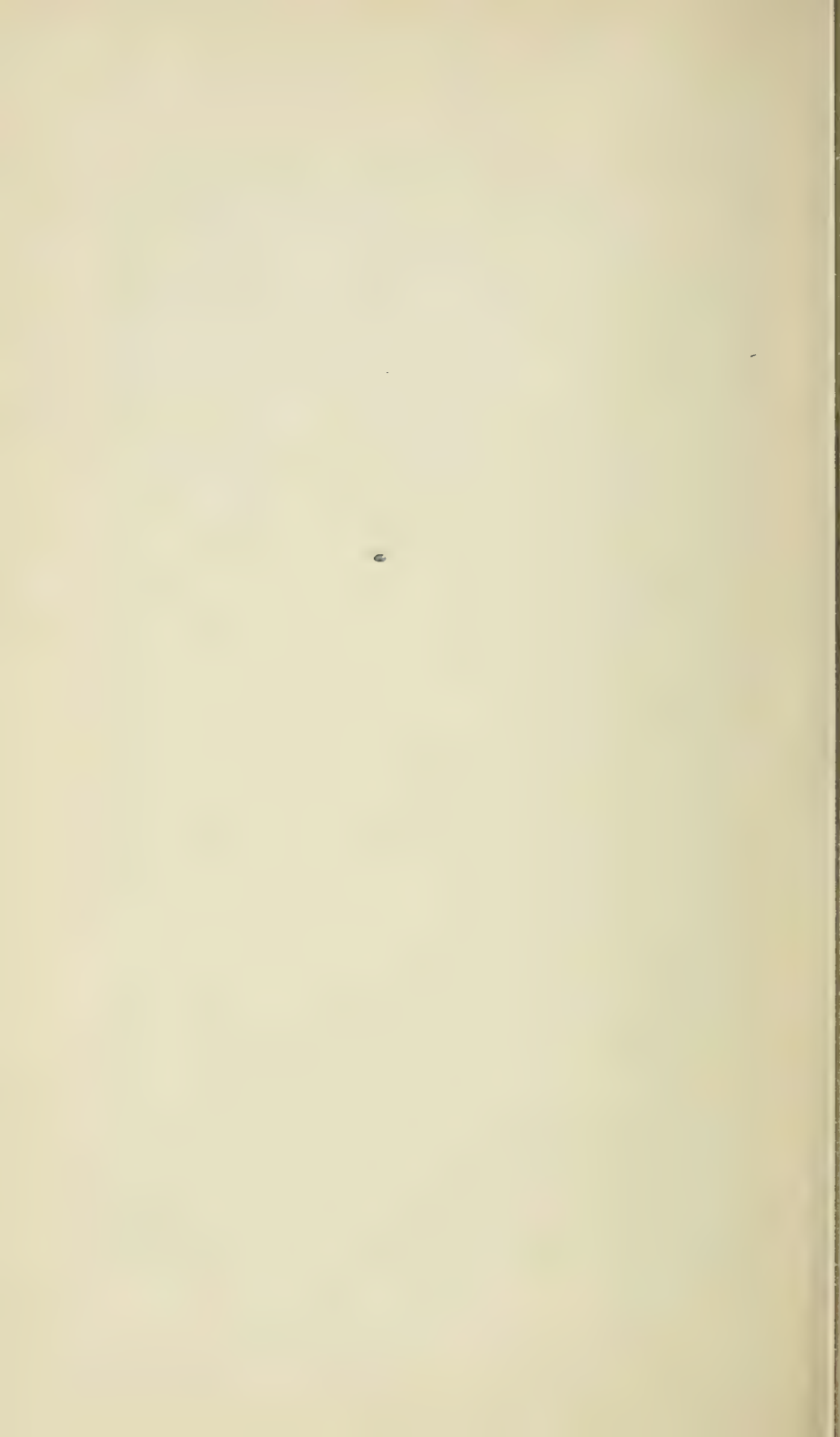
EL BOYERO

¿Quiénes sois?

ROSALINA

Somos del pueblo y se nos hizo de noche en el campo.





BLANCA

Estamos muy cansadas.

EL BOYERO

Subid; pero de prisa.

(Blanca y Rosina trepan prontamente á lo alto del carro. Sobre el fragante montón de hierba se tienden cara al cielo. La cordera se acurruca á sus pies. El boyero torna á su cantar, y la carreta prosigue su marcha. La mullida balumba cabecea, y las niñas dejan mecer á su vaivén el cuerpo y el alma. Ya ha nacido la luna; pero está detrás de la sierra y aun no se la ve: las crestas de los montes están envueltas en su luz nacarina: las estrellas se van quedando pálidas.)

ROSALINA

Blanca, ¿te has dormido? ¿En qué vas pensando?

BLANCA

En nada, ¿y tú?

(La luna surge de la sierra: á un lado y otro del camino los campos se inundan en su luz. Se oye el relinchar de los potros, que están en un cercado.)

ROSALINA

Óyeme, Blanca. Cuando yo volví esta mañana al huerto, tú estabas llorando.

BLANCA

No, no.

ROSALINA

Dime por qué llorabas.

BLANCA

¿Por qué te marchaste cuando yo llegué? Ibas triste.

ROSALINA

No, no.

BLANCA

Si tú me dijeras la verdad, Rosalina.

ROSALINA

¿La verdad?

BLANCA

Tú quieres á Pablo.

ROSALINA

Yo te quiero á ti. Y anoche he soñado que tú le querías. ¿Es verdad?

BLANCA

No, no, Rosalina. Yo quiero que él te quiera si tú le quieres.

ROSALINA

Blanca, tú eres como mi corazón: tú debes ser siempre buena conmigo: tú no debes llorar sin que yo sepa por qué lloras, y ahora tienes los ojos llenos de lágrimas.

BLANCA

Es que me relucen con la luz de la luna, No; es que estoy contenta de llorar; contenta, contenta. Dime en qué estás pensando, Rosalina.

ROSALINA, *aparte*

Blanca le quiere.

BLANCA

Rosalina, ¿por qué no te ríes? ¿Quieres que cantemos?

(*Cantan: la voz de Rosalina se quiebra.*)

BLANCA

¿Qué tienes Rosalina? ¿Estás llorando?

ROSALINA

Es que el fresquito de la noche me enturbia la voz.

BLANCA, *aparte.*

Rosalina le quiere.

(Pasan junto á la fuente : se oye el ruido del agua. Unos novios charlan á su compás.)

EL BOYERO

Ya hemos llegado al pueblo.

BLANCA y ROSALINA, *saltando á tierra.*

Muchas gracias, buen hombre.

(Se alejan : las calles del pueblo están silenciosas y blancas de luna.)

JORNADA CUARTA

Es medio día. El río salta desde las peñas al arenal, y forma dos cascadas y dos senos profundos. Allí, en las márgenes como playas, no hay juncos, sino arenas: las rocas se levantan en acantilado. Aguas, rocas, arena, todo resfulge bajo la luz de oro: en las cascadas la espuma se irisa y diamantea: no hay sombras, y el sonar del río marca la intensidad del solemne silencio meridiano.

Blanca y Rosalina vienen atravesando el arenal. Llegadas á la orilla, buscan refugio entre las grietas del acantilado, y lentamente se desnudan; recogen sus cabellos en alto.

ROSALINA

Como cae el sol: debe estar el agua más caliente...

BLANCA

Yo quisiera vivir en el agua.

ROSALINA

En el agua de este río, que es como de cristal.

BLANCA

Hoy tomamos el baño muy largo, muy largo : mira, yo me quedo en este remanso y tú te vas al otro.

ROSALINA

Y jugamos á ser las reinas del río. Yo canto desde allí y tú me respondes. Vamos á tirarnos desde esa piedra.

BLANCA

Dame la mano. En el nombre del padre... ¡ Ay, qué gusto ! ¿Dónde estás, Rosalina?

ROSALINA

En mi remanso. Voy á ponerme debajo de la cascada. ¡ Canta !

BLANCA

Ya voy.

ROSALINA

¿Dónde estás?

BLANCA, *aparte*.

Yo debo morirme, porque ella le quiere y él me quiere á mí. Canta tú, Rosalina. (*Se sumerge bajo la cascada.*)

ROSALINA

¿Qué estás haciendo, Blanca? (*Aparte.*) Yo debo morir puesto que ella le quiere y él me quiere, y si yo viviera, ella lloraría por mí. (*Se sumerge bajo la otra cascada.*)

(*Luego el río se apodera de los cuerpos, que ya no tienen alma, y los arrastra corriente abajo; y son como azucenas del río las niñas muertas. Un instante las deja reposar sobre una isla de arena, dorada á fuego por el sol : después vuelve á tomarlas en sus brazos de agua, y las canta y las mece : pasan por las orillas floridas, pasan junto á las verdes mimbreras, pasan bajo la sombra de unos sauces, cara al cielo, como sobre la hierba en el carro.*)

PABLO, *desde lo alto de las peñas*.

Blanca, Rosalina : venid. ¿Dónde estáis?

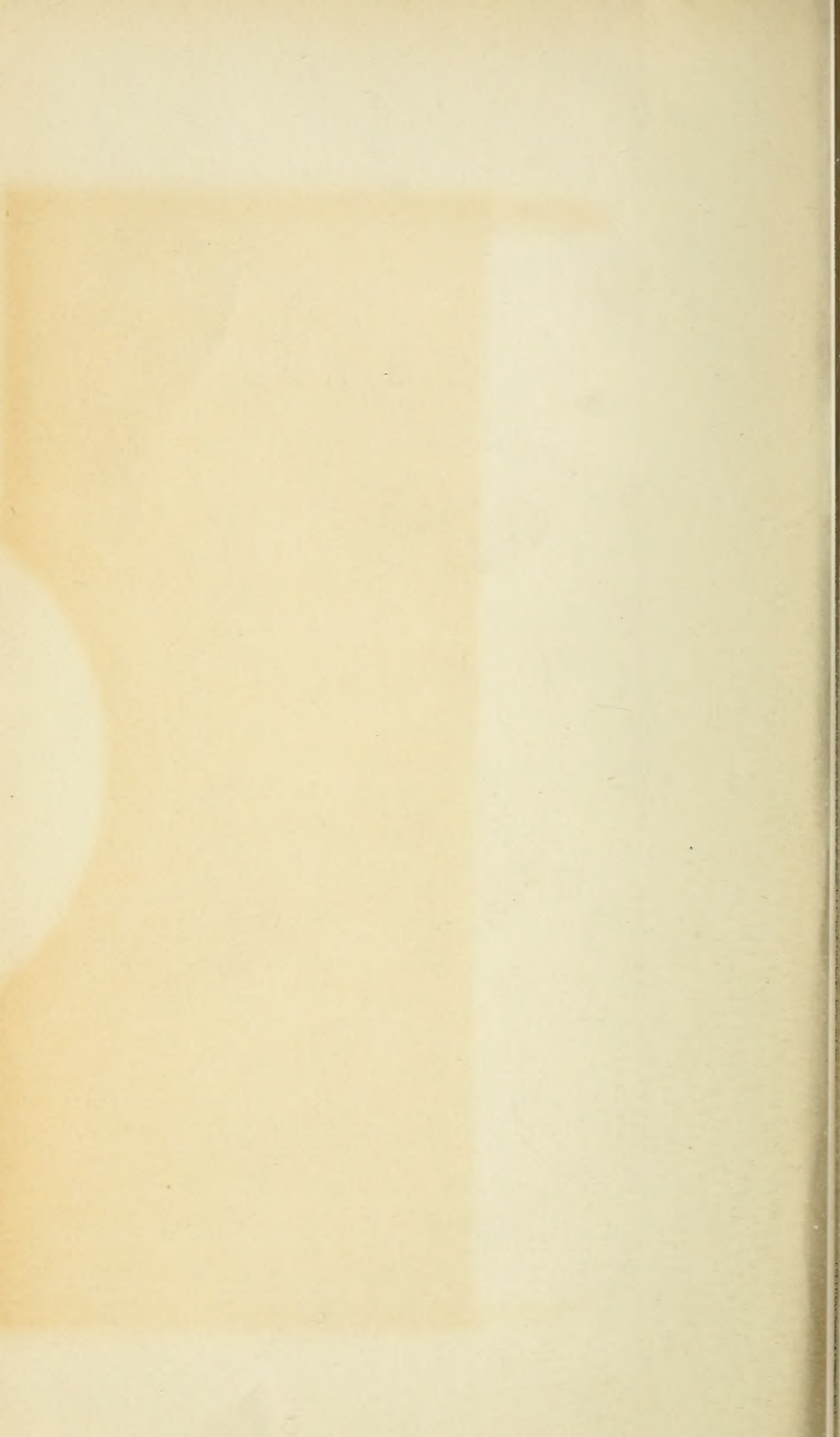
(*El río lo sabe, donde están.*)

333

ÍNDICE

Pasión lunática	I
La selva muda.	53
Égloga	133
Cuento de labios en flor	291





BINDING LIST JAN 15 1939

**University of Toronto
Library**

**DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET**

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

